





Alexander Search

AUTORES CELEBRES

—

ESPRONCEDA

ES PROPIEDAD

IMPRESA PARTICULAR DE
«LA ÚLTIMA MODA», 1906.

Autores célebres.

ESPRONCEDA

por

ANTONIO CORTÓN



CASA EDITORIAL
Velázquez, 42, hotel.
MADRID



CAPITULO PRIMERO

Dónde y cuándo nació.

Durante algún tiempo los escritores españoles—no muchos, por desgracia—que han narrado la vida de Espronceda, se han encontrado en frente de la misma dificultad: no podían precisar exactamente la fecha en que nació. Acerca de este punto importantísimo, los biógrafos del poeta se muestran discordes entre sí: si alguno de ellos afirmó en redondo que Espronceda nació *el 10 de Marzo de 1810*, otros, en cambio, más prudentes, omiten en la fecha el mes y el día y á reserva de equivocarse en el año. Y mientras uno nos señala como fecha del nacimiento la de *principios de 1810*, otro, haciéndola retroceder, nos deja en la absoluta libertad de elegir el día tan venturoso para las letras españolas en *la primavera*—por de contado «hermosa», aunque no consta que lo fuese—*del año de 1809*.

El discutido padre Blanco, en su *Literatura española en el siglo XIX*, al hablar de Espronceda,

á quien consagra todo un capítulo, nos dice que nació en 1810, y si fué en primavera ó en verano ó en otoño ó invierno, averígüelo otro... Pero este historiador, en cambio, sabe proceder con rectitud: los años que quita por un lado, los añade por otro. Según él, Espronceda falleció en 1843, cuando ya hacía un año que el poeta dormía el sueño eterno en su nicho de San Nicolás...

Esto es grano de anís si se compara con la encantadora «bonhomie» de aquel buen señor Ferrer del Río, amigo inseparable de Espronceda, y que en 1846, estando aún calientes sus despojos, señalaba así su nacimiento: «Corría á la sazón el año de 1810, y era la estación de los céfiros y las flores». Con estas flores y estos céfiros, salían de los pasos más difíciles los escritores de aquel tiempo. Con estas flores y estos céfiros de la primera biografía de José de Espronceda (1) se formaron después las «primaveras» en cuyo marco ha sido puesta la cuna del cantor. Basta esto, sin duda, para no dar crédito infalible á todo lo que acerca de Espronceda han dicho sus contemporáneos. Contando lo que han creído ver, los publicistas más sinceros sólo consiguen expresar aquello que han sentido, y la biografía de un personaje, escrita por alguien que le conoció personalmente, no tiene, no puede tener nunca verdad objetiva. Y así

(1) Esta biografía fué escrita en 1846 por D. Antonio Ferrer del Río para la *Galería de la literatura española*, y se reprodujo en la edición de las *Poesías* de Espronceda, publicada en 1857.—*N. del A.*

lo demuestra el ya citado D. Antonio Ferrer, pasando «con la celeridad posible» por los sucesos que más caracterizan la vida de Espronceda, «temerosos—dice—de que se apodere de nuestra alma la amargura y de que el llanto anuble la luz de nuestros ojos». Y así, el sensible D. Antonio, ahora con el cuento de las lágrimas, como antes con el de los céfiros, siempre nos deja en la ignorancia de la vida y milagros de Espronceda.

Con respecto al lugar dónde nació, no hay dudas de ninguna especie. Nació en Almendralejo de los Barros, en la parte de Extremadura que había de ser años después la provincia de Badajoz, y de la cual, como de Cáceres, la otra mitad de la región, habían surgido en otro tiempo los aventureros legendarios con traza de bandidos que dieron á España la posesión del Nuevo Mundo.

Almendralejo de los Barros, cuna por azar de Espronceda, era cuando éste nació uno de los ríncones más feraces de la región de Extremadura. A cincuenta kilómetros de la capital de la provincia, la entonces villa, —hoy ciudad, con sus 12.000 habitantes, su estación de ferrocarril en la línea de Mérida á Sevilla y su importancia electoral como cabecera de un distrito que el caciquismo explota,—había sido fundada en 1228 por un grupo de labradores de Mérida, en un almendral, del que tomó su nombre.

En la población así nacida de Mérida, la histórica—la que en otras calendas fué «Emérita-Augusta—á vuelta de cinco ó seis centurias, vino

al mundo el poeta, que ni siquiera dejó en ella su fe de bautismo. Espronceda, en sus obras, no mentó nunca á Almendralejo. Y Almendralejo,



CASA DONDE NACIÓ ESPRONCEDA

por su parte, ignoró durante mucho tiempo, que en una casa, que aún existe, de la Plaza Mayor, nació el extremeño más famoso después de Cortés y de Pizarro. Actualmente esa plaza ostenta el

nombre del poeta, como tal vez alguna otra luzca el de cualquier politiquillo nacional ó local; pero el busto aquel con que soñaba el pobre poeta, cuando decía entre bromas:

«Espero que mi busto adorne un día
algún salón, café ó peluquería.»

ese no está le fijo en la plaza de Espronceda. Almendralejo no sintió entusiasmo alguno por su hijo... Ni aún le envió, cumpliendo su deber de patria chica hacia el que honró á la grande, al Congreso de la Nación. Cuando Espronceda, en 1842, el año mismo de su muerte, fué diputado, lo fué por Almería. Sería interesante descubrir el nombre del Fulano que en aquella sazón representaba á Almendralejo.

Que aquella villa fué la cuna del inmortal poeta, es indiscutible. No obstante, los vecinos de la población, interrogados más de una vez por los varios biógrafos del cantor de Teresa sobre la fecha en que nació, no han podido suministrar á la historia de la literatura el dato que se les pedía; y de ahí el estrecho en que se han visto escritores bien intencionados, comenzando por Ferrer del Río y por Roca de Togores (marqués de Molins) y acabando por Rodríguez-Solís —de quien es la obra más reciente que sobre Espronceda se ha editado— para afirmar de modo exacto cuando nació el poeta.

Aún en nuestros mismos días, el inteligente cura párroco de la ciudad de Almendralejo, D. Ramón Alarcón, escribía á un literato de Madrid que ha-

bía solicitado de él la fe de bautismo del autor de la elegía *A la patria*: «Espronceda nació aquí; pero no fué bautizado en el pueblo; no consta, por tanto, en ningún documento la fecha de su nacimiento, y no he podido averiguar en donde fué bautizado, punto obscuro de su vida, que me gustaría ver aclarado».

El buen sacerdote, que no oculta su interés por el hombre que escribió *A Jarifa en una orgía* y que sólo creyó—si no mentían sus versos—«en la paz de los sepulcros», ignoraba al escribir su carta que el referido «punto obscuro» ya había sido aclarado. Un escritor notable, amante de las glorias extremeñas, D. Nicolás Díaz Pérez, á quien desvelaba este negocio, tan traído y llevado, de la fe de bautismo de Espronceda, recordando que el padre del poeta fué militar, había tenido la corazonada de ir á buscar el documento en el archivo del Vicariato general castrense. Y allí estaba, en efecto, la partida bautismal de José de Espronceda.

El Sr. Díaz Pérez, feliz con su hallazgo, dió publicidad al documento en un número del Boletín de la Sociedad *Unión ibero-americana*. De entonces acá, puede asegurarse á ciencia cierta que José de Espronceda, bautizado á 25 de Marzo de 1808 en la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Purificación, de la villa de Almendralejo, había nacido á las seis y media del propio día, y recibió los nombres de José Ignacio Javier Oriol Encarnación. Según el mismo documento, era hijo legítimo del teniente coronel D. Juan de Espronceda,

sargento mayor del regimiento de caballería de Borbón, natural de los Barrios, en el campode Gíbraltar, y de doña María del Cármen Delgado y Lara, natural de Pinos del Valle, en el arzobispado de Granada. La partida, que lleva la firma de Juan Antonio Jordán, cura párroco castrense del regimiento de caballería de Borbón, cita como abuelos paternos del bautizado al coronel D. Diego de Espronceda, natural de Tafalla de Navarra y á doña Agustina Fernández Pimentel, natural de Ceuta; nombra como abuelos maternos á D. José Delgado y á doña Teresa Lara, naturales de Pinos del Valle, y como padrino al vizconde de Solina, brigadier de los reales ejércitos y coronel del citado regimiento de caballería de Borbón.

No existía á la sazón el registro civil municipal, y las notas del párroco castrense, dictadas en Almendralejo por el teniente coronel del regimiento de Borbón, bastan para poner en claro la fecha que no conocían los primeros biógrafos. Espronceda nació en Almendralejo el día VEINTICINCO DE MARZO DE 1808.

¡Epoca aciaga y azarosa!... Había estallado dos días antes el motín de Aranjuez, que produjo la abdicación del rey Carlos IV. El poeta satánico y rebelde, el soldado de las revoluciones, el defensor de los derechos del pensamiento libre, entraba en la vida al mismo tiempo que el odioso Fernando, en medio del entusiasmo vergonzoso de una nación envilecida, entraba en la villa de Madrid, ya ocupada desde la víspera por los soldados de Murat...



CAPITULO II

La madre.

El nombre de la madre de Espronceda debe encabezar la biografía del poeta español que reflejó en su alma todos los afanes é inquietudes del tormentoso siglo XIX.

No es realmente su musa; es sin duda, algo más; es el angel guardián que extiende sus alas protectoras sobre la vida del poeta, sobre su infancia frágil, sobre su ardiente juventud, presa de la pasión y del delirio. Sin sus consejos, sin su guía, sin la autoridad, áspera á veces, de esa mujer, á quien el vulgo llame tal vez prosáica, ¿qué hubiera sido de Espronceda y qué de sus anhelos de victoria?

Doña Carmen Delgado y Lara, madre de Espronceda, era natural de un pueblo humilde del Reino de Granada, patria también de sus antecesores. Lugareña bien acomodada, de claro entendimiento, dotada de un sentido práctico, real-

mente asombroso, la naturaleza y la fortuna le dieron aquellas condiciones que había menester para consagrarse á mantener, en su hijo adorado, bien que sin lograrlo á veces, el perfecto equilibrio entre el sentimiento y la razón.

Muy niña aún contrajo matrimonio con don Juan de Espronceda y Fernández Pimentel, un militar de noble estirpe, entusiasta por su profesión que era también la de su padre, y que él de buen grado hubiese visto continuada en el niño precóz, á quien los versos habían de apartar resueltamente de la carrera de las armas.

Sin embargo, el poeta, hubo de mostrar más tarde, lo mismo en su vida que en su obra, de quiénes descendía; lo que en la madre fué sentido práctico, honradez, rectitud, fué en el hijo entusiasmo por los ideales de justicia; lo que en el padre era adhesión á la institución de la milicia, fué en el hijo amor á los combates por las libertades de los pueblos. Y aunque el niño poeta, burlando los ensueños de su padre, ahorcase un día los uniformes de guardia de corps y de cadete de artillería, no es posible negar que fué soldado y que lo fué toda su vida, de la legión espléndida, que con más audacia que fortuna quiso anticipar á la nación el goce de su soberanía.

Ráfagas de tempestad balancearon la cuna del poeta. Aún desechando la leyenda que nos pinta á la madre dando á luz á Espronceda en el coche que la conducía, huyendo de los peligros de la guerra, hacia la primera población que le brinda-

se asilo y que fué, por azar, Almendralejo (1), es indudable que la época era tormentosa. La generación que venía al mundo cuando la epopeya napoleónica violentamente lo agitaba, ha sido retratada por Musset en la *Confesión de un hijo del siglo*. Era una generación nerviosa, febril y apasionada. De esta generación, andando el tiempo salieron los vates que fueron, cada uno en su nación, los más grandes del siglo: en Alemania, Heine; en Italia, Leopardi; en Francia, Víctor Hugo; en España, Espronceda.

Todos ellos necesitaban, para las heridas de su alma, el bálsamo de un cariño tierno. Heine y Espronceda lo tuvieron. Los dos poseyeron una madre que les acompañó en la sombra, mientras ellos, á la faz del mundo, resplandecían triunfantes. «Cuidad de mi pobre viejecita,» decía Enrique Heine moribundo. La viejecita le sobrevivió. La madre de Espronceda, falleció antes que él.

¿De dónde ha sacado un distinguidísimo biógrafo que la joven esposa de D. Juan de Espronceda, siguió á éste de cerca en la campaña, llevando á su hijo?

(1) El escritor, muy distinguido aparte de esto, que trazó esta escena, puramente fantástica, hacía nacer á Espronceda en «un hermoso día de primavera de 1809», cuando en efecto ardía la guerra en toda España; pero, realmente, como queda dicho, el poeta había nacido el año anterior, en el mes de marzo, cuando la guerra de la independencia — que dió principio con los sucesos del Dos de Mayo de 1808 en Madrid — no había estallado aun.—*N. del A.*

Nada menos exacto. Doña Cármen Delgado, desde el mismo momento en que fué madre, cuando apenas tendría unos veinte años, sólo vivió para aquel niño que fué su único consuelo en medio de la inseguridad de la vida angustiosa que había que soportar en aquel tiempo. Pero aparte de esto, con los medios de locomoción de que á la sazón se disponía, tal vez no era fácil realizar la aventura de seguir á un ejército en campaña.

No hace falta tampoco este episodio en la vida vulgar—si es que son vulgares las virtudes puramente domésticas—de esta mujer acaso excepcional. No la estorbaba ciertamente, en los lances difíciles, el traje de su sexo. Tenía una entereza de carácter, rayana en la violencia. ¿Para qué ocultarlo si Espronceda, en algunos actos de su vida, demostró con exceso que, con el talento de su madre, recibió en herencia la energía, desaforada á veces? Como su madre, fué violento, y estas violencias de carácter hicieronle injusto, según se observa, por desdicha, en ciertos pasajes de sus obras.

Sin estas energías de doña Cármen, la irascible y la buena, el pobre poeta que decía haciendo examen de conciencia:

«Siempre juguete fui de mis pasiones»,

se hubiese torpemente malogrado. Hubiese sucumbido como Rolla, el héroe de Musset, con quien tuvo, en sus primeros años, tanto parentesco, ó arrastrado una vida miserable, en vez de ser un

«gentleman», como lo fué con gran orgullo^s de la animosa anciana, que administraba sabiamente su hacienda cuantiosa, siendo feliz con que su hijo, trajeado ricamente, brillase en los salones.

Aquella singular mujer no tenía ilustración. ¡Cómo habiendo nacido en Pinos del Valle y á fines del siglo XVIII, había de tenerla! Cuando doña Cármen era moza, y moza casadera, estaban muy en boga las doctrinas del bueno de José de Maire, que, en materias de educación femenina, no abría mucho la mano. «Una mujer — escribía el conde — no puede adquirir más superioridad que la que es propia de su sexo. Cuando aspira á imitar al hombre, se convierte en un mono». Eran las opiniones de la época. Nadie se rebelaba contra ellas, y doña Cármen, como todas sus contemporáneas, aprendió á hacer calceta, á manejar el huso y á redactar con mala ortografía y en papel gordo cartas que se pegaban con obleas. Las hermosas, en aquel tiempo, perfumaban su cabellera con aceite de macasar; las ancianas sorbían rapé. Se leía en malas traducciones — aunque notan malas ciertamente como las que ahora se publican — la *Atala*, de Chateaubriand, los *Viajes del joven Anacarsis*, del abate Barthélemy, y el *Pablo y Virginia*, de Bernardino de Saint-Pierre. Se aplaudían en el teatro el *Delincuente honrado*, de Jovellanos, y los sainetes de Ramón de la Cruz.

Si algunas ideas transcendentales sobre los negocios de este mundo, tuvo la madre de Espronceda, en este ambiente se formaron. Y, sin embar-

go, la conducta del cínico y brutal Fernando VII fué tan inícuca, que aquella mujer, de suyo refractaria á todo arranque subversivo, sintióse revolucionaria, infundiendo en el pecho de su hijo el odio hacia el déspota. No por retórico artificio, sino expresando sencillamente la verdad, dice Espronceda en su poesía el *Dos de Mayo*:

«¡Oh, de sangre y valor glorioso día!
mis padres, cuando niño, me contaron
sus hechos ¡ay! y en la memoria mía,
santo recuerdo de virtud, quedaron.

Entonces, indignados me decían,
cayó el cetro e-pañol pedazos hecho;
por precio vil, á extraños nos vendían,
desde el de Carlos profanado lecho.

La corte del monarca disoluta,
prosternada á las plantas de un privado,
sobre el seno de impura prostituta,
al trono de los reyes ensalzado».

En efecto, los padres del poeta solían narrarle estas historias, que aún no se leen sin repugnancia. Cuando Espronceda recibía tan rudas lecciones, tendría, á lo sumo, quince años. Estaba á la sazón en su apogeo la autoridad de doña Carmen, soberana, absoluta, indiscutible. Un notable escritor, evocando aquel tiempo, traza este cuadro íntimo:

«En un cuarto bajo de una casa de la calle del Lobo, en Madrid, vivía el brigadier de cuartel Sr. Espronceda con su señora y su hijo José, predestinado á ser el más insigne poeta lírico de nuestra generación y que era por entonces

un muchacho listo y travieso, terror de la vecindad y calentura perpetua de su madre, señora tan virtuosa como severa, en la cual había abdicado el bizarro brigadier toda su autoridad doméstica, la que ella ejercía, imponiéndose á su hijo y á cuantos la rodeaban »

Años después, volvemos á encontrar á doña Carmen, siempre laboriosa, siempre enérgica y siempre desempeñando su papel de angel tutelar.

-Habitaba entonces Espronceda —dice un escritor— en la casa de la calle de San Miguel, en que su buena madre había montado un gran establecimiento de coches, deseosa de aumentar el patrimonio de su hijo, que era, por fortuna, más que regular. Al frente de aquella industria, tan poco en armonía con las facultades de una señora, mostró doña Carmen las grandes cualidades de energía y valor que ya admiramos en ella durante la época de la guerra. Madre cariñosa, aunque severa, teniendo por su hijo verdadera idolatría, y habiendo pasado los siete años de su emigración lejos de él, dedicó casi por entero á Espronceda todos los productos del establecimiento, así como las rentas de las dos casas que poseía en las calles de la Cruz y de Majaderitos, deseosa de que su hijo, si era el primero en las Academias y en las revoluciones, lo fuese también en el vestir y en el gastar.»

En 1834 perdió doña Carmen á su esposo. Seis años después fallecía ella. No era aún vieja del todo; pero había vivido lo bastante para ver célebre á su hijo, para ser testigo de sus triunfos y para asociarse á las tristezas con que una pasión desenfrenada atormentó su espíritu. Fruto de esa pasión que Fausto hubiera llamado «un dulce

error» y que el satanismo literario ni aun conceptuaba como ilícita, fué un ser nacido en hora aciaga... Y un día al hogar en que el poeta vivía con su madre, llevó él una cuna, junto á la cual la vieja mezcló sus rezos con sus lágrimas. ¡Insensateces, desvaríos, disparates de su pobre hijo que había nacido loco!... Pero la niña blanca y dulce, que á la sazón tenía dos años, y á quien una madre que aun vivía, había dejado, bien á pesar suyo, abandonada y huérfana, solicitaba de su abuela una limosna de piedad... Y aquella mujer que ya sabía soportar la carga del deber, y que jamás quiso alejarse de ningún sacrificio ni de ninguna abnegación, fué abuela ejemplar. A su lado creció la pobre niña, que hubo de llamarse Blanca, porque su padre, al nacer ella, escribía su *Blanca de Borbón*.

Aún durante el tiempo en que sostuvo las relaciones íntimas que toda la villa comentaba como un asunto de novela, Espronceda vivió bajo el mismo techo que su madre. Esta le prodigaba sus sermones, que alguna vez le convencían. No logró, sin embargo, uncir á aquel rebelde al yugo del matrimonio, y se fué de la vida, tal vez pensando con angustia ¡Cómo podrá vivir sin mí este niño enfermo!...

En 1834, teniendo á la sazón veintiseis años, había él publicado una novela histórica con el título de *Sancho Saldaña ó el Castellano de Cuéllar*. Este primer libro de Espronceda—ese primer libro cuyas páginas colorea la ilusión, y donde canta el

alma virgen su esperanza y su fe—está dedicado á la mujer que calladamente, tristemente, sin entusiasmarse con los libros, le protegía en la sombra. La dedicatoria sólo contiene estas palabras: *A mi madre. José de Espronceda.*





CAPÍTULO III

El maestro.

Estamos en 1821. Espronceda, que reside en Madrid con su familia y que tiene veinte años, comienza á estudiar humanidades en el mejor centro de enseñanza que á la sazón se conocía; en el *Colegio de San Mateo*, dirigido por el presbítero D. Juan M. Calleja y del que eran profesores don José Gómez Hermosilla y D. Alberto Lista y Aragón.

En aquel colegio se educaban los jóvenes más distinguidos de la clase media, y compartían con Espronceda las tareas escolares algunos que, al andar el tiempo, habían de brillar en la política, en la literatura y en las armas. Soportando la férula del severo presbítero, del preceptista intransigente y del poeta pedagogo, que disimulaba que era clérigo, eran compañeros de infortunio Pezuela, Ventura de la Vega, Escosura (Patricio) y Roca de Togores, nombres que después habían de ser en la literatura castellana más ó menos ilustres.

Hermosilla, que entonces frisaba en los cincuenta, no había publicado todavía su *Arte de hablar en prosa y verso*, que fué durante mucho tiempo en la República de las letras una especie de Código, muy parecido, si no igual, al que había dado á los franceses el rígido Boileau. Pero era conocido y estimado como escritor castizo, como prosista irreprochable, bien que algún tanto seco, y la posteridad le ha colocado con razón y justicia entre las autoridades de la lengua. Fué además helenista y tradujo la *Iliada* en verso libre, con verdadero amor. Afrancesado en la política, clásico en las letras, tuvo la suerte de morir antes que la legión de los románticos arrinconase sus preceptos y se burlase, despiadada, de su ominosa dictadura.

Hermosilla, enemigo acérrimo de toda libertad, así en política como en literatura, presintió en Espronceda al revolucionario y le trató con su habitual intransigencia. Lista, en cambio, apreció desde muy temprano las grandes dotes del poeta, de quien decía, riéndose: «Tiene un talento inmenso; pero como la plaza de toros, lleno de populacho».

Ingresó Espronceda en el colegio de San Mateo á su fundación (1821) y no salió de él hasta que fué extinguido de Real orden á fines del aciago año de 1823, porque Hermosilla mismo parecía revolucionario á los gobernantes de aquella época.

Según los partes del profesor Calleja, á los diez y seis meses de estar en el colegio,— contando catorce años (fines de 1822), con buena salud y más que mediana estatura—, el talento de Espronceda

es bueno, su aplicación *regular* y su carácter *dulce*.

Una vez terminada su educación primera, resulta *sobresaliente* en el tercer año de latinidad; *aprovechado* en el estudio de las Matemáticas y del griego, y aun más en Mitología, Historia y Geografía; y lo propio en lengua inglesa y en elementos de música. Á pesar de lo cual, y de haber ganado aquel año *el primer premio* en la traducción de los clásicos latinos en verso, para el severo Calleja su talento no pasa de *bueno*.

En Marzo de 1823, se le conceptúa en el parte del colegio *flojo* en su aplicación, que aprovecha, sin embargo, por tener *un talento muy despejado*.

Al fin, la evidencia triunfó de la ceguedad pedagógica, y á fines de Diciembre ya se dice de él:

«Estudia poco, hace continuas faltas y sólo ha aprovechado en este trimestre en el francés, porque es estudio de fácil trabajo. *Está malogrado el talento más delicado*, y también la mejor ocasión de aprovechar los conocimientos de sus distinguidos profesores».

En 1823, el despotismo del gobierno cerró aquel centro de enseñanza. El bueno de Gómez Hermosilla, se consagró á sus traducciones del griego y del latín, mientras el venerable Alberto Lista tomaba la vuelta de Bayona para publicar allí un periódico.

No estuvo en Bayona mucho tiempo. Dos años después, de regreso en Madrid, funda en la calle de Valverde un colegio de humanidades. Allí figu-

ran otra vez los antiguos alumnos del Colegio de San Mateo. Allí están Espronceda, de la Vega y Escosura. Falta solo un antiguo profesor: D. José Gómez Hermosilla.

D. Patricio de la Escosura ha hecho este retrato de Espronceda, á la sazón de diez y siete años;

«Era de gallarda presencia, fiero continente, rizado y negro cabello, mirada de águila, amarga sonrisa, cabeza digna del cincel de Fidias. No era un muchacho de esos inteligentes, aplicados, que hacen con razón las delicias de sus maestros, para quienes, y no sin fundamento, las modestas dotes de la medianía sumisa y laboriosa, valen más que los destellos del genio, para la pedagogia siempre incomprendibles. Así, mientras ya Lista adivinaba en el turbulento mozuelo al futuro poeta, los inspectores del colegio en sus notas oficiales ven más las travesuras y desaplicación de Espronceda que su talento poderoso.»

No porque Escosura lo haya dicho, sino porque en la obra del poeta se advierte con toda claridad, hay que considerar á Alberto Lista como al maestro que alentó los primeros pasos de Espronceda y le inició en la vida literaria. Contaba Lista á la sazón unos cincuenta años, y en Sevilla, su patria, en el colegio de San Telmo, y en otros institutos había enseñado matemáticas, elocuencia y poesía. Había sido adicto al rey José, siendo cruelmente perseguido por los gobiernos de Fernando VII, con quien, sin embargo, andando el tiempo, llegó á hacer las paces, aceptando del déspota algunos favores.

D. Patricio de la Escosura, evocando recuerdos juveniles, traza el siguiente cuadro:

«Una criada, lugareña cerril, nos abría la puerta y daba paso franco á una pequeña sala, casi cuadrada, esterada de esparto blanco en invierno, y desnudo el piso, de mal ladrillo, en verano, y cuyos muebles consistían en una sille-



D. ALBERTO LISTA

ría de Vitoria en torno de las paredes, y en el centro una clásica camilla, con su tapete de hule con falda de balleta verde, en torno de la cual tomábamos asiento, después de saludar á nuestro sabio maestro.

»Figuraos, los que no habeis tenido la fortuna de cono-

cerle personalmente: figuraos un hombre de cincuenta años entonces y aparentando una decena más acaso, de baja estatura, cargado un poco de espaldas, vistiendo un traje negro, cuya prenda más característica era una levita ancha y larga, que nunca pudo ser de moda: tocada siempre la cabeza con un gorro de seda negro, con su borla por remate, y rarísima vez colocado á derechas, sino ya de través, ya cerca de la nuca, ya tapándole la frente.

»Corto de vista excesivamente, no sé bien si de nacimiento ó si por efecto de su laboriosa vida, pues á los trece años de su edad comenzó, para mantener á su madre viuda y á su hermana huérfana, el ejercicio del profesorado, en que gloriosamente ha muerto en edad muy avanzada; corto de vista, repito, con exceso, al sentir nuestros pasos, alzaba los ojos del libro que generalmente hallábamos en sus manos, mirábanos sin distinguirnos y decíanos de ordinario: «Beso á usted la mano. Venga usted con Dios», como si le fuéramos desconocidos.

»Sacábanle de su error nuestras voces al saludarle, y entonces exclamaba: «¡Ah! ¿sois vosotros, angelitos?... Vamos, sentaos y veremos si os habeis venido *inocentes* de la lección!»

»Inocente significaba en sus labios, tratándose de lecciones, *ignorante*, y no otra cosa.

»Tengo que confesaros, y me pesa, que el rostro de aquel sabio, no solamente no era bello, sino que á primera vista tenía algo de repugnante, algo de incompleto, de obra sin terminar, de boceto de fisonomía humana más que de fisonomía real y efectiva.

»Y, sin embargo, apenas comenzaba á hablar, ó más bien á disertar, sobre cualquier asunto, íbase aquella masa, al parecer informe, animando y armonizándose, ocupando cada facción su lugar respectivo, y resultando, en fin, un conjunto imponente y simpático, un rostro, en suma, muy semejante al de Sócrates, según más de un grabado de los muchos que pretenden representar al gran filósofo ateniense.

»Su palabra misma, siempre docta y dogmática, era como

su rostro, escabrosa y difícil al comenzar el discurso; el pronunciadísimo acento andaluz, de que nunca pudo desprenderse, tenía algo y aún algos de antiliterario; pronunciaba mal el idioma francés, que poseía perfectamente; españolizaba siempre los nombres extranjeros, como el de *Walter Scott*, por ejemplo, á quien llamaba *Gualtero Escoto*, logrando á veces hacerse incomprensible; y en suma, eran negativas al parecer todas sus dotes oratorias.

¿Quién, sin embargo, quién como él supo nunca poner al alcance de las más medianas inteligencias, ya las abstractas verdades de las ciencias exactas, ya las especulaciones filosóficas de la metafísica, ora los preceptos teóricos de las bellas letras, ora las sutilezas del derecho?

«Porque matemáticas, filosofía, literatura, historia, legislación, lenguas sabias y modernos idiomas, todo eso lo enseñaba fácil y profundo á un tiempo; de todo eso daba lecciones en el mismo día, saltando sin preparación ni esfuerzo, de Heicnecio á Virgilio, de Lacroix ó de Poisson á Calderón ó á Moratín, el inolvidable maestro, cuya pérdida no será nunca bastante deplorada.»

Este era Lista por los años de 1825 á 1826. Este último año desaparece para siempre el colegio famoso. Se dispersan los jóvenes alumnos, y el profesor emigra á Londres. De allí pasa á París. En 1833, después de morir Fernando VII, se restituye á España, y se encarga en Madrid de la dirección de la *Gaceta*. Ve, sucesivamente, nacer y desplegarse las dos Regencias, y muere en 1848, á los setenta y tres años, siendo á la sazón canónigo de la catedral de Sevilla. Su amado discípulo no hubo de alcanzar, ni mucho menos, una tan feliz longevidad. El pobre Espronceda se fué temprano de la vida. Qué importa! En la historia de las letras su nombre es inmortal.

Y este lo debió, singularmente, á Lista, el sacerdote bondadoso; á Lista, el padre intelectual; á Lista el crítico juicioso, tolerante y ecléctico que sin renegar de los preceptos que en su juventud había aprendido y que fueron su norma, hizo justicia sin embozos á nuestra antigua literatura romántica y aplaudió con simpático alborozo el advenimiento de la nueva, en cuanto tuvo de acertado. No acertó él al practicar, como acertaba al discurrir; pero sus poesías, siempre correctas, impecables por su buen gusto, llenas de nobles ideas y de sentimientos elevados, rayan á veces, ya que no se confunden, por lo bien escritas y pensadas, con obras de verdadera inspiración.

El primer ensayo de Espronceda, la oda *Al siete de Julio*, data de los tiempos en que Lista fué su profesor de humanidades. •

El amable maestro, que más que maestro, era un amigo, leyó aquel ensayo, y alentó con su sincero aplauso al genio que nacía. De allí en lo adelante, no cesó de mantener en aquel niño de alma tan inquieta, la fe y la esperanza. Y es sabido que entre los fragmentos del poema *El Pelayo*, que su autor no pudo concluir, hay ciertas octavas que Alberto Lista intercaló y que se confunden con las otras que compuso Espronceda: tan grande era en aquel tiempo el parentesco intelectual del alumno con su profesor.

Esta colaboración del dulce *Anfriso* en el *Ensayo épico*, la proclamó García Villalta, sin duda por encargo de Espronceda, en el prefacio que escribió

para la edición de sus *Poesías* que hubo de publicarse en Mayo de 1840. De esta edición, que es la primera, no subsiste actualmente ni un solo ejemplar; pero en una de las posteriores, la de 1857, se reproduce el mal escrito, aunque breve prefacio de aquel señor cuyo buen nombre no ha confirmado el tiempo, y allí se leen estas palabras, en que se ve la estimación que los literatos de la época profesaban á Lista:

«Permítasenos antes de concluir esta brevisima introducción, tributar el homenaje de nuestra gratitud al hombre cuyo profundo saber, delicado gusto y complaciente benevolencia ha contribuido tanto á cultivar el alto ingenio de nuestro amigo. El Sr. D. Alberto Lista cuenta á Espronceda como á uno de sus más aventajados alumnos; y entre las octavas del *Ensayo épico* que se publican, hay algunas de aquel eminente profesor, á quien la mano de la política puede separar momentáneamente del trato, pero no del corazón de los que le debemos atenciones ó enseñanza».

Si la mano de la política separó á Lista y á Villalta, fué lamentable ciertamente. Pero Espronceda y Lista ni hubieron jamás de separarse, ni su mútuo afecto se entibió. A todas las empresas literarias y á veces hasta á las políticas que Espronceda inició, coadyuvó D. Alberto. En 1834, al fundar con Vega y Ros de Olano el periódico *El Siglo*, le prestó Lista su concurso. En los días que corren, cuando los jóvenes que escriben no reconocen padre alguno y gustan de pasar por incluseros, grato, muy grato es recordar que el insigne autor del *Diablo Mundo* no renegó de Alberto Lista y que

á su vez Alberto Lista tuvo á gala decir que era el maestro del insigne autor del *Diablo Mundo*.

¡Y qué galardón tan merecido, y qué satisfacción tan pura para el bondadoso D. Alberto, el poder contemplar á su discípulo en medio de su fama tumultuosa! *Tu Marcellus eris*, le había dicho, y la profecía se realizaba. Cuando se publicaron en un tomo las *Poesías* de Espronceda, tenía Lista sesenta y cinco años y era un patriarca al que acudían solicitando sus consejos los literatos jóvenes. Había influido como nadie en la nueva dirección de las ideas estéticas; había realizado sus proyectos, vivido heroicos años y conservado su fervor por el arte y las letras. En su tranquilidad meditativa, á la sombra de su biblioteca, el gran anciano sintió un día resonar en su pecho los hurras de la juventud que repetía frenética el *Canto del cosaco*... ¿Pensó tal vez que la poesía robusta y penetrante que enardecía á la juventud no era la poesía que él cultivaba, plácida y anémica? ¿Pensó que el épico clarín que hacía resonar la juventud, venía á apagar los dulces sonos de la flauta de *Anfriso*? ¿Pensó tal vez que los Atilas de la escuela romántica iban á asolar con su corcel el jardín encantado de la antigua poética? Si estos pensamientos le asaltaron, no fueron parte á que en su espíritu ardiese la llama del despecho. Con ingénuo alborozo, con paternal cariño asistió al triunfo de Espronceda y lo sancionó con una crítica, en la que entre líneas, se veía el noble orgullo del maestro. «A pesar—escribía—de las muchas razones que

personalmente nos asisten para no dar elogios á estas poesías, cuyo autor y cuyo editor han querido que las miremos en cierto modo como nuestras, ha sido preciso ceder á la impresión que nos causa su lectura.» Y á renglón seguido elogia sin reservas el *Pelayo*, celebra jubiloso el *Estudiante*, y si á tal ó cual composición como el *Reo de muerte* ó el *Verdugo*, pone tachas ligeras, se desquita después, entusiasmándose, con el canto *A Jarifa*, cuya intención moral y recta no se le oculta.

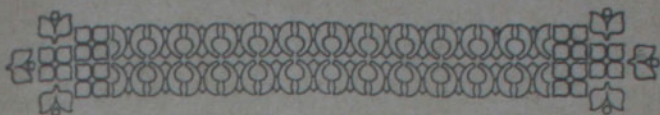
Su modestia le vedó el decir, al hacer el elogio del poeta, que en los fragmentos del *Pelayo*, en la poesía *La Serenata* y en la elegía *A la Patria*, que Espronceda hizo en Londres, se ve la enseñanza recibida en el inolvidable «San Mateo». Espronceda, como tantos otros de sus contemporáneos, fué un tráfuga del clasicismo; en sus primeros tiempos, como clásico, lo fué hasta la médula. Era la huella que en su espíritu había dejado el profesor.

Este profesor á quien con saña persiguió el despotismo fué, sin embargo, un hombre bueno. Se había señalado una misión y la cumplió perfectamente. No aspiró nunca á un papel más brillante; lo que había concebido, como el objeto de su actividad, lo poseyó.

Sin duda, al leer su historia triste, se siente un poco de amargura, porque esta historia es la de un largo sacrificio. Desde la edad de trece años comienza á trabajar para mantener á su madre viuda y á su hermana huérfana, y muere trabajando. Se ve que á haber sido menos esclavo del de-

ber, hubiese sacado más partido de sus singulares aptitudes, alcanzando más gloria, vivido más holgadamente. Pero había en su alma bastante fervor para contentarse con su suerte. Amaba su tiempo, creía en lo porvenir. Esperaba para la humanidad un destino semejante al suyo, que se desarrolla armoniosamente, que evoluciona con regularidad, que se encamina siempre hacia un mundo mejor. Poeta en su obra y en su vida, no es desapacible su recuerdo. Y si ahora cae sobre sus versos un poco de olvido, él mismo lo aceptaría tan de buen grado, que haría difícil la protesta. Sería justa, no obstante, porque Lista, sin haber sido un gran poeta, fué un buen humanista.





CAPÍTULO IV

Cómo se formó el patriota.

En el colegio de San Mateo, estudiando, leyendo, comparando el tiempo extragado en que vivía, con los tiempos heróicos de que hablaban viejos y empolvados libros, se formó el alma de Espronceda. Es indiscutible la virtud educadora de las letras. Estas hacen al hombre, al hombre libre y generoso, de espíritu abierto, apto para realizar todos los empeños de la vida, dándole en su juventud, por un comercio asídúo con las más bellas obras de los poetas, de los historiadores, de los moralistas, la revelación de su humanidad.

El apasionado adolescente, sentado con sus compañeros en torno de la clásica camilla que describe Escosura, pensaba en los héroes de Grecia y de Roma. Soñaba con la libertad, y la veía, imitando en esto á los franceses de 1789, en las Repúblicas antiguas, que habían mantenido y disculpado la infame esclavitud. Se juzgaba alternativamente, un Catón ó un Demóstenes. En su fan-

tasía ardorosa, los recuerdos de la antigüedad se mezclaban y se confundían con los de los héroes y los mártires, los poetas y los pensadores de la Revolución francesa. El amor á la patria salía de su pecho por súbita explosión. Tenía la inspiración desaforada, el desarreglo y el delirio de las revoluciones incesantes por aquel tiempo en toda Europa. Los espectáculos sangrientos que rodearon su cuna, se repetían en su imaginación con el acento trágico de los coros de Sofócles y de Eurípides. Aborrecer la tiranía, combatir contra ella en todas partes, y así en Madrid como en Atenas, he aquí su misión. Griego, llegaba respirando aún el aire patrio, desde las ruinas de Argos, inmortal Orestes, atormentado desde hacía tres mil años por las Euménides. Español, resurgía de las soledades de Covadonga, para reconstruir la patria. Triste con afectación, esperando alguna cosa desconocida, pero ya decretada por el injusto cielo, avanzaba, empujado por el destino, inexorablemente encadenado entre la fatalidad y el deber...

Muchos años después, en estos versos admirables, recordará su noble ensueño de la edad juvenil:

«Yo amaba todo: un noble sentimiento
Exaltaba mi ánimo, y sentía
En mi pecho un secreto movimiento,
De grandes hechos generoso guía:
La libertad con su inmortal aliento,
Santa diosa, mi espíritu encendía,
Contino imaginando en mi fe pura
Sueños de gloria al mundo y de ventura.

»El puñal de Catón, la adusta frente
Del noble Bruto, la constancia fiera
Y el arrojo de Scévola valiente,
La doctrina de Sócrates severa,
La voz atronadora y elocuente
Del orador de Atenas, la bandera
Contra el tirano Macedonio alzando,
Y al espantado pueblo arrebatando:

»A un tiempo mismo en rápida tormenta
Mi alma arrebataban de continuo,
Cual las olas que azota con violenta
Cólera impetuoso torbellino:
Soñaba al héroe ya, la plebe atenta
En mi voz escuchaba su destino;
Ya al caballero, al trovador soñaba
Y de gloria y de amores suspiraba.»

Se ve al hombre que surge de las lecturas clásicas, entreveradas con las modernas. Plutarco, Epitecto, Raynal eran sus autores favoritos. El libro crea al hombre. Plutarco, ese guía de las almas predestinadas para la gloria, le mostró, como un dechado que imitar, las vidas de los grandes capitanes y de los grandes repúblicos de las edades heroicas. Epitecto, el gran estóico, el mísero esclavo, sembrando en su espíritu los gérmenes de una moral pura, y á la que en el curso de su vida no siempre el poeta se ajustó, le dió aquella braveza que tanto había menester para luchar con indomable brío, vencedor nunca, vencido tampoco, contra el comediante cuya púrpura fué mortaja sangrienta del país. Raynal, el escritor más popular del siglo XVIII y el más olvidado en nuestros días;

R aynal, con sus vértigos, con su fanatismo generoso, con su locura sublime, le hizo sentir esas aspiraciones á un ideal indefinido, que siempre se persigue y que nunca llega. Estas lecturas formaron su alma. Las obras filosóficas de Condorcet, los libros de los enciclopedistas, las brillantes estrofas de Chenier, llovían por entonces sobre España. Se hablaba mucho, con entusiasmo vocinglero, de los *derechos naturales del hombre*. Y el niño poeta, cuya vida había de ser un ditirambo, oyendo rugir la tempestad que se desencadenaba sobre Europa, y «soñando al heroe,» como él dice, pensó en España, en la infeliz nación, vendida primero por el déspota, perseguida después en sus anhelos de libertad y de justicia, sometida más tarde á la tutela que se llamó la «Santa Alianza» y siempre sumida en el oprobio y sin cesar escarnecida; y él, que había nacido soñador y que aceptaba con orgullo su misión de poeta, tal vez se persuadió á que la Providencia, en quien adoraba y creía, le designaba para guiar á su pueblo hacia la tierra de promisión, dando la existencia moral á una raza de siervos...

Era el tiempo de combate rudo en que la poesía desempeñaba una misión social. Apóstol de la libertad, misionero amoroso de la «causa del pueblo»,—que, al menos en España no existía—y proeta de las grandes justicias, aún no llamadas «reivindicaciones», era el literato por entonces ó se figuraba ser un hombre excepcional y que estaba muy por encima del *vulgum pecus*. Se juzgaba la

literatura como el instrumento universal con que todos pretendían armarse. Orgullosos de su vocación, convencidos de que ejercían una especie de sacerdocio, el poeta, singularmente, llevaba al exceso ese culto del yo, que no han inventado ciertamente los muchachos del día. A pesar de la soberbia cómica que ocultaba tal vez esta actitud, algún tanto teatral, el poeta era útil, dejando algún rastro de su espíritu, de su inspiración y de sus quimeras en la juventud que aplaudía sus cantos; y ejercía influencia en la opinión porque él mismo comenzaba por hacerse eco de los sentimientos dominantes en el medio social. Cada generación tenía su heraldo, y Espronceda, dentro de la suya, pisó las huellas de Quintana que había adoptado aquella «pose» en la generación antecedente.

Del mismo modo que era exótico el idealismo de los hombres que discurrían á lo Rousseau y que hubiesen muerto en el cadalso por asemejarse á Andrés Chenier, lo era también la moda del estudiante belicoso que ahorcaba sus libros para ir á encararse con los déspotas. Un día, en Berlín, el autor del *Discurso á la nación alemana*, el filósofo Fichte, daba una lección sobre el *deber*; habló de las desventuras de Alemania, y terminó así: «El curso que lará, pues, suspendido hasta el fin de la campaña, y lo continuaremos en nuestra patria ya libre, ó habremos muerto por reconquistar la libertad». Los jóvenes oyentes se levantan y prorumpen en gritos: Fichte baja de su cátedra, sale á la calle, atraviesa la multitud y va, seguido de

sus discípulos, á inscribir su nombre en el registro de un cuerpo que salía para la campaña. Era la misma época en que Koerner, el Tirteo de Alemania, sólo tenía un temor: el de *morir en prosa*. «¡Poesía! ¡Poesía!—exclamaba; dame la muerte á la claridad del sol!» Y escribía en el campamento el himno de la *lira y la espada*.

Esta adhesión de los cultivadores de las letras á la causa de las libertades públicas, era universal entonces. Llegó hasta el delirio por los años de 1823 á 1824, cuando Espronceda, bajo la inspiración de Alberto Lista, leía las obras de la antigüedad, admiraba á sus héroes y se parecía por imitarlos. Los escritores de aquel tiempo no combatían únicamente por la libertad de su país: atravesaban las fronteras, con desinterés magnánimo é iban á combatir en cualquier parte donde hiciera falta su concurso ó donde arreciase el despotismo. En 1823, un escritor francés, mil veces insigne, Armand Carrel, viene á España como voluntario, para pelear heroicamente contra sus mismos compatriotas que amparaban á Fernando VII. Y un año después, en 1824, luchando por la resurrección de la noble patria de las Musas, muere Byron en Grecia. Del mismo modo, andando el tiempo, fiel á este hermoso sentimiento de solidaridad entre los hombres que defienden el mismo ideal, ciudadano en todas las naciones, patriota en todas las patrias, intentará nuestro poeta ir en auxilio de Polonia, aherreojada por Nicolás de Rusia, y esgrimirá el acero en las jornadas de

la Revolución de Julio, que aplastó en Francia para siempre la rama primogénita de los Borbones.

Mas antes de esto, su enemigo y el blanco de sus odios, no es otro que Fernando VII. Este odio al tirano, que al poeta le infunden sus padres, se lo agrandan luego sus maestros. Pero ¿necesitaba, por ventura, que sus profesores ó sus padres despertasen en su corazón, sincero y juvenil, la encendida protesta del patriota? Él vió con sus ojos el negro cuadro de ignominia. Vió á Riego, arrastrado en un serón para morir en la horca de la plaza de la Cebada; al Empecinado, luchando á brazo partido con el verdugo; á Torrijos y Flórez Calderón cayendo en la infame celada del gobernador de Málaga; á los realistas poblando las ciudades, y las *bandas de la fé* talando los campos en persecución de los liberales, de los *negros*, condenados hasta la cuarta generación por el *Restaurador* del fraile Martínez y por el *Angel exterminador*, organizado bajo los auspicios del Obispo de Osma.

Añádanse á esto los decretos de muerte contra todos cuantos tomaron parte en los sucesos de 1820 á 1823, y las *comisiones militares y ejecutivas* de Chaperon, y la Inquisición restaurada con otro nombre en Orihuela, Tarragona y Valencia, y el *Indice de policia* y el favor de Regato, y las pesquisas y visitas domiciliarias del clero en demanda de los libros venidos del extranjero, y la creación de la Escuela de Tauromaquia, y el plan de estudios de Calomarde, y las *veinte mil* víctimas

del *furor apostólico*, y el espanto y las excitaciones de la Santa Alianza para atajar la saña de la clerecía y los odios del Monarca, y en fin, la súplica humilde, insistente, calurosa de Fernando VII para que se prolongase hasta 1827 la ocupación de España por los cien mil hijos de San Luis; esto es, la ignominia de la humillación, emulando, eclipsando, si dable fuera, el crimen del traidor.

Ante degradación tan repugnante, sólo correspondía á los españoles uno de estos dos papeles: el de vengador de la ignominia ó el de cómplice de ella. El futuro autor del *Diablo Mundo* quiso ser lo primero, y aceptó aquel papel que estaba conforme con la estética y que se ajustaba exactamente á sus particulares aptitudes, sintiéndolo en muchas ocasiones, y desempeñándolo en no pocas como actor consumado.





CAPITULO V

Dieciocho años de política.

Era por el tiempo en que brillaban en todo su magnífico esplendor las Asociaciones secretas, y singularmente la masonería. Espronceda, que por su edad—tenía á la sazón diez y seis años—no podía aún ser masón, pero que se juzgaba en el deber de inmolar su vida por la patria, funda con otros compañeros la sociedad los *Numantinos*, cuyo solo nombre ya revela la casta de heroismos de que adolescentes tan precoces se sentían capaces. Era su objeto principal el de jugar á la política. Usando de una fraseología, desconocida ciertamente de los defensores de Numancia, querían restablecer al pueblo en su soberanía sagrada, combatiendo sin tregua la reacción de fines de 1823.

La sociedad los *Numantinos* se componía en su mayor parte de niños de catorce á diez y seis años, pues sólo dos ó tres llegaban á veinte. Escosura y Miguel Ortiz concibieron la idea; Vega y Espron-

ceda la llevaron al terreno de la realidad, y alteraron los cuatro, sin reñir, en la presidencia. Los doce que componían la sociedad se reunían, al principio, en los cerros próximos al Observatorio astronómico, y después en la pradera del Canal. Más tarde consiguieron un sótano, que recibía la luz por dos angostos tragaluces, en el que colocaron una tarima, mesa y sillas para el presidente y secretario, y taburetes para los otros, todo ello vestido de negros paños, simbolizando el luto del país.

Un día, el infausto día 7 de Noviembre de 1823, Espronceda, Vega y Escosura, desde la puerta principal de los Estudios de San Isidro, presenciaron la ejecución de Riego en la plaza de la Cebada. El luctuoso espectáculo indignó á aquellos niños. Al día siguiente, la sociedad los *Numantinos* se reunió en sesión extraordinaria. Espronceda declamó un discurso irritado y patético, y todos juraron no omitir medios de ninguna clase para vengar la muerte de aquel mártir en todos sus autores, «comenzando por el más alto». Y ¡oh audacia increíble! en un documento que autorizaron con su firma, quedó consignado el juramento de la andante chiquillería, vengadora del héroe.

Tan peligrosos juegos, tenían que alarmar forzosamente á la buena madre de aquel niño, ganso de imitar de cualquier modo

«...la constancia fiera
y el arrojo de Scévola valiente.»

Por fortuna, el ministro Cea Bermúdez, aparen-

tando perseguir al revolucionario temprano, le puso en salvo. Delatada la sociedad *Los Numantinos*, Espronceda fué condenado por la Sala de Alcaldes á cinco años de reclusión en el convento de Franciscanos de Guadalajara. (1) Le hizo, sin duda, un gran favor el gobierno del tirano. En la misteriosa soledad del convento apacible, escribió trozos de un poema. Sus guardianes, los monjes, le trataron siempre con cariño, y al cabo, y demostrando en esto que no eran muy severas las instrucciones que tenían con respecto al héroe de Numancia, acordaron su excarcelación.

Al salir de su encierro, que no fué muy largo ni afflictivo, pues los frailes de Guadalajara trataron con ternura á aquel mancebo que hacía octavas reales y recitaba sáficos adónicos, el poeta, trayendo el manuscrito de *El Pelayo*, vuelve á Madrid. No está mucho tiempo en la corte de España. Fuese porque su buena madre, cauta y previsora, queriendo preservarle de los riesgos á que constantemente le empujaba su genio revoltoso, le animase á partir, ó porque Espronceda, sin sus compañeros de aventuras, que andaban á la sazón dispersos, se aburriese en la inacción, lo cierto es que emprendió un viaje á Gibraltar. Allí se embarcó para Lisboa en «un balandra sarda cargada excesivamente de trigo, y sumergida en la mar hasta los entrepuentes», co-

(1) En esta ciudad residía por entonces el padre del poeta. (N. del A.)

mo dice en la página festiva que consagró á aquel viaje y en la que transmite á la posteridad este «gesto» afectado de un señorito de fortuna, con disfraz de bohemio:

«En fin, llegamos á Lisboa, que yo creí que no llegáramos nunca. Hicimos cuarentena, que fué también divertida; visitónos la Sanidad, y nos pidieron no sé qué dinero. Yo saqué un duro, único que tenía, y me devolvieron dos pesetas, que arrojé al río Tajo, porque no quería entrar en tan gran capital con tan poco dinero.»

Él lo dice, y hay que creerlo; pero ese rasgo del poeta, que con tanto arte pone á fin á la pintoresca narración ¿no da por tierra con la fama que de inteligente y previsora tenía la madre de Espronceda? ¡Cómo! Una señora, si no rica, bien acomodada, ve partir á su hijo, á su hijo único, hacia un país extraño, y no le ofrece un taleguillo estofado de onzas relucientes? No se comprende tal descuido en tan buena señora. Preferible es creer—y así se concilian buenamente la sinceridad del hijo y el rumbo de la madre—que Espronceda, en efecto, tenía un solo duro; pero llevaba, de reserva, acaso en interior bolsillo cosido por piadosa mano, algunas onzas con la efigie del «narizotas» de Madrid.

No había de ser el «vil metal,» tan desdeñado entonces por la bohemia literaria, lo que aquel bohemio voluntario echase de menos en Lisboa. Don Miguel de Braganza, que gobernaba en Portugal como rey absoluto, hospeda gratis á Espronceda en el castillo de San Jorge, donde el azar pone en el camino del poeta aquella aparición fan-

tástica, vaga al principio como un sueño, tentadora después como el pecado, luego sombría como un remordimiento y que había de llenar toda la vida del que tanto la amó. Desde el mismo instante en que Espronceda conoce á la niña apasionada, á quien después, en inmortales versos, recordará así:

«Aun cercaba tu frente el blanco velo
del serafín, y en ondas fulguroso
rayos al mundo tu esplendor vertía
y otro cielo el amor te prometía,

da tregua á la política, arrinconada el tabuco demagógico, y hace el papel, cómodo y grato, del más feliz de los Romeos en el mejor de los mundos posibles. Cuando el gobierno portugués obliga á embarcar para Inglaterra al padre de Teresa, que había estado preso hasta aquel día en el Castillo de San Jorge, y su bella hija le acompaña, Espronceda, atormentado, como Orfeo por las euménides furiosas, no se defiende con su lira, y él, que en las soledades de un convento había escrito el *Pelayo*, deja ocioso el laúd cuando su amada parte del castillo que fué cuna de su inocente amor. Otro ensueño más grande y más hermoso que el ensueño político, se albergaba en su alma. Ha comenzado para él el poema en acción, del que únicamente escribirá, con rencorosa pluma, la página postrera...

Libre al fin el poeta, busca á orillas del Támesis, nebuloso y sombrío, á la sirena fugitiva del Tajo

rumoroso. La encuentra; pero...--¡qué cosas pasan á estos pobres poetas!—«en brazos de otro hombre», que, para que el oprobio sea más grande, tiene dinero...

«¿Dónde volaron ¡ay! aquellas horas
de juventud, de amor y de ventura,
regaladas de músicas sonoras,
adornadas de luz y de hermosura?

Verdaderamente, habían volado. Los juramentos dulces que se pronunciaron en Lisboa, tomando por testigo al río que Luis de León había cantado y que, sin duda, para oírlos, «el pecho sacó fuera,» se habían helado, con las brumas del invierno de Londres. Un olvido glacial acabó por romper la ligadura de dos manos, que se habían buscado, temblorosas, entre el misterioso claro obscuro de una noche de estrellas, y la mujer encantadora que no cumplió sus juramentos y que se fué en la sombra, resurgía, prosáica, entre las náuseas que denunciaban la preñez...

¡Maldición! ¡Maldición! Mientras el poeta, allá en Lisboa, soñaba con Teresa, la Laura ideal, la Beatriz incorpórea, descendía al mundo miserable y «bajaba despeñada al suelo», á fin de consagrarse á las vulgaridades de las nupcias corrientes y de gustar en compañía de un esposo, deplorablemente legítimo, el confortable sabor del puchero conyugal...

Mas entorpecimiento tan liviano ¿había de detener al hombre que osado fué á «firmar» cuando era

niño, la sentencia de muerte del monarca español? Espronceda se sabía sus clásicos, y recordaba á aquel poeta que, relamiéndose de gusto, había escrito estos versos:

«Flérida para mí dulce y sabrosa
más que la fruta del cercado ajeno.»

Y ¿cómo esperar del que era mozo, y mozo atolondrado y díscolo, que pudiese aceptar como un doctrino las conveniencias sociales? Hombre maduro será un día, y satirizando el matrimonio, en una digresión del *Diablo Mundo*, dirá el empecatado:

«Y al contemplar las formas magestuosas,
la robustez del loco y carnes blancas,
recordó suspirando las garrosas
del pobre regidor groseras zancas;
son las comparaciones siempre odiosas,
siempre, y en el archive de Simancas,
si no me engaño, pienso haber leído
que en el símil perdió siempre el marido.»

Mal tiempo era aquel para que en conflictos de esta clase triunfase la moral plebeya. El romanticismo proclamaba los Derechos del Poeta, como la Revolución había proclamado los Derechos del Hombre. Byron acababa de morir; pero la peregrinación de *Childe-Harold* la reanudaban sus discípulos de todas las naciones; se respiraban en el ambiente el satanismo, la impiedad, la protesta implacable del excéntrico lord. No era Espronceda todavía un romántico en la literatura; pero en la

vida, en la conducta, lo había sido desde que nació. Reclamó, pues, la inmunidad que el romanticismo concedía á los poetas revolucionarios, y bebió sorbo á sorbo en la vedada copa, el funesto licor del adulterio, que encontró tan dulce y exquisito como tal vez debió de serlo la histórica manzana que aun no ha digerido la proterva descendencia de Adán...

Y ¡adiós valor del caballero, doctrina de Sócrates y puñal de Catón!... El poeta, dormido en las delicias de Cápua, se olvida de Fernando VII, y arrincona y deja que se empolve el maniquí del héroe redentor de su patria. Por aquellos días están en Londres los emigrados españoles que habían de importar, andando el tiempo, al restituirse á la patria, con el romanticismo literario, el espíritu liberal del gran pueblo inglés. Allí están, entre otros, Calatrava, Mina, Torrijos y el famoso *cojo de Málaga*. Allí se publican dos periódicos, que escriben algunos emigrados, y Flórez Estrada el primero. Allí, en fin, disfrutando de hospitalidad cariñosísima, con el ejemplo de las libertades inglesas, con aquella enseñanza de la vida pública y aquel conocimiento, inmediato y práctico, de las virtudes de la libertad, y aquella evidencia de la virtualidad de las nuevas ideas, se educan los hombres que, después, desde 1834, habían de empuñar en la Península el gobernalle del Estado.

Un biógrafo del poeta — uno de esos biógrafos que enamorados de su héroe le ven grande en

todo—echa á mala parte que el autor de las *Memorias de un anciano*, hablando de aquella emigración, no cite el nombre de Espronceda. ¿Qué prueba mejor de que el poeta se recluyó en su paraíso, sin asociarse á las porfías de sus compañeros de la emigración? Espronceda, por otra parte, bien que se entregue en alma y cuerpo á la Inglaterra literaria y quiera asemejarse—esto mástarde—á sus poetas, á sus humoristas y á sus noveladores, en política no comprende el espíritu inglés, tan contrario á la Revolución francesa. Su pasión por la causa de las libertades populares, ha de ser forzosamente heroica, heroica en grado sumo, y ha de cantar como la lira del desventurado Andrés Chénier y ha de rugir con el rugido trágico de la palabra de Dantón.

Y así, cuando llega á realizar con premeditación y alevosía, el rapto de Teresa, viéndose obligado á abandonar la capital del Reino Unido, se encuentra en París como el pez en el agua. No era un extraño en la nación que hubo de inventar las barricadas y donde el viejo Chateaubriand, que había conocido á Robespierre y oído el cañón de Waterlóo, aún paseaba, solitario y mudo, el dolor de René. Y ¡en qué ocasión tan favorable para sus empeños de político le arroja su destino trágico á orillas del Sena! La monarquía, representada en Carlos X va á caer al embate de la Revolución de Julio. 1830 continuará la obra de 1789. Europa, de un extremo á otro, será redimida, y esta redención se deberá á la inmortal nación francesa, apóstol de la

Libertad y del Derecho, y especie de ángel tutelar de todos los pueblos oprimidos... «Con el trono francés—decía tristemente el autor de los *Mártires*— caerán todos los tronos.»

Esta opinión, que tenía entonces mucho séquito y que quizás lo tiene aun, es la que hace que Espronceda figure combatiendo como un bravo en las célebres jornadas de Julio. Como español ¿qué le importaba que siguiese reinando Carlos X? ¿Podrían darle ni calor ni frío las ordenanzas y decretos con que el ministerio Polignac reformaba la ley electoral y abolía la libertad de imprenta? Lafayette, «el héroe de ambos mundos», tan en decadencia entonces, que dejó escapar de entre sus manos la Libertad y la República ¿era santo de su devoción? No; el pleito entablado era exclusivamente francés. Los intrigantes que á la postre dieron el tono á los sucesos, no tenían talla épica. Pero Espronceda, al convertirse en paladín de Francia, arremetía contra un Borbón, aborrecible para él, con sólo ser Borbón, sin preveer— ¿quién entonces hubiese podido sospecharlo?—el desenlace insólito de la Revolución de Julio, que hizo surgir un nuevo trono, envilecido y mendigado...

En ese trono, sin embargo, hubieron de fundar sus esperanzas los emigrados españoles que, unos en París, otros en Londres conspiraban contra Fernando VII. ¿Era que el rey que había surgido de las barricadas de París, creado por la astucia de Laffite y la cobardía de Lafayette, veía con buenos ojos el programa de los liberales españo-

les, de los impenitentes *doceañistas*, que no querían reconocer que el pueblo español de aquella época, por la teocracia embrutecido, no entendía su lenguaje? Ni mucho menos. Pero Fernando VII, con más lógica que los revolucionarios de París, se había negado en absoluto á reconocer á Luis Felipe, para quien no trajo el óleo santo la paloma del cielo, y en reciprocidad, el rey de Francia hizo con Fernando VII lo mismo exactamente que después hizo con Nicolás de Rusia; alentar, proteger á los que, emigrados en París, conspiraban contra ellos. Y así apadrinó y hasta auxilió con su dinero al coronel Joaquín de Pablo, el célebre *Chapalangarra*, que, al frente de 100 hombres, entró en España, pretendiendo sublevar el país, que no respondió, ni mucho menos, al llamamiento del caudillo. Del mismo modo aplaudirá aquella cruzada generosa que se organizó en París para libertar á los polacos del yugo de Nicolás I, y en la que Espronceda se alistó, ganoso de imitar el ademán de Byron en Grecia.

Tiempos como el tiempo aquel en que nada menos que un filósofo y un historiador como Guizot, dirigiéndose á los agiotistas que sostenían el trono, les decía; «¡Enriquecéos!» no eran ciertamente muy propicios á empeños revolucionarios. La revolución, por aquel tiempo, está en otra parte. Son sus caudillos Víctor Hugo, Musset, Quinet, Lamartine; forman su escolta los bohemios que inmortaliza Enrique Mürger. El poeta español, impotente para la acción política, vuelve á su laúd, y canta á

Chapalangarra, y á Torrijos, sacrificado en Málaga, y busca y encuentra en el amor un consuelo al dolor que le producen los infortunios de su patria. No hay que olvidar que en esta época tiene veinticuatro años, y que en cierta casita misteriosa del barrio de Passy se desarrolla el dulce idilio inmortalizado en estos versos:

«Y alegre, audaz, ansioso, enamorado,
en tus brazos, en lánguido abandono,
de glorias y deleite rodeado,
levantar para ti soñé yo un trono;
y allí, tú venturosa y yo á tu lado,
vencer del mundo el implacable encono
y en un tiempo sin horas ni medida
ver como un sueño resbalar la vida.»

¡No podía ser!... Aquende el Pirineo, la libertad le llama, y hay que recomenzar con mayor brío y con esperanza más segura el épico combate. Ha ocurrido en España uno de esos sucesos, en los que la inteligencia de Bossuet veía el poder de Dios, y Schopenhauer la ironía de la inconsciente voluntad que rige y que gobierna el mundo: ha muerto en Madrid el 27 de Septiembre de 1833, el monarca sobre cuya tumba no cayó ni una lágrima. España respira. Parece que al fin, tras tanto sufrimiento, el ángel de la misericordia va á extender sus alas protectoras sobre la nación á la que en vano una minoría de hombres honrados se obstinaba en salvar y en redimir...

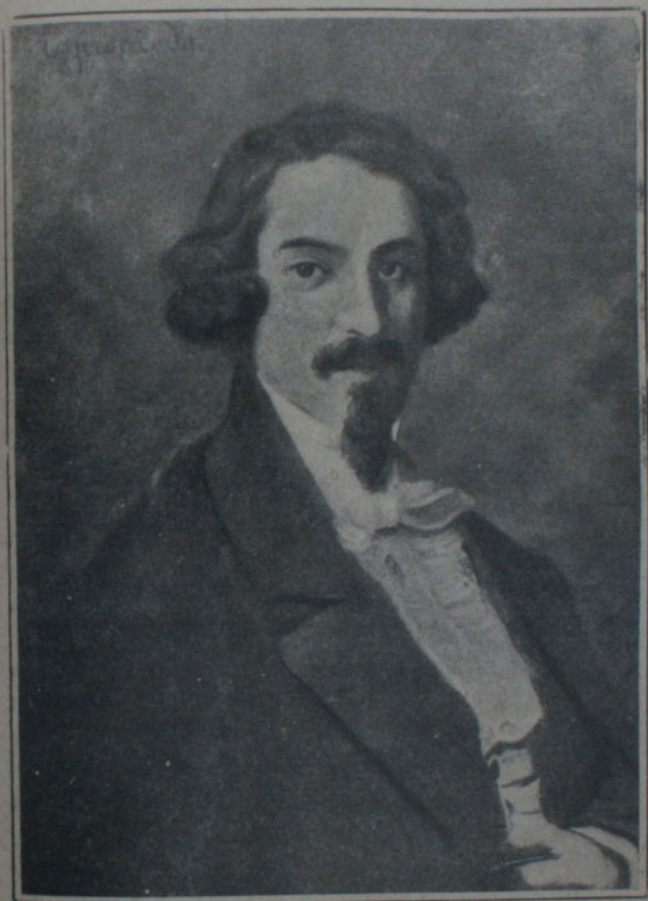
Espronceda se acoge á una amnistía y se restituye á la patria. Y aquí aparece un dato histórico

que los admiradores del poeta se explican con dificultad. ¡Espronceda guardia de corps!... ¡El presidente de los *Numantinos* guardia de corps!... ¡El autor de la *Elegía á la patria* guardia de corps!... ¡El proscrito de Londres y el barricadero de París guardia de corps!... Uno de sus biógrafos, naturalmente sorprendido ante esta gran contradicción en la conducta de Espronceda, asegura que si aceptó la entrada en los Guardias, fué con el principal objeto de vengarse, amparado con el uniforme, de los insultos que un realista, estando en la emigración el poeta, dirigió á mansalva á sus ancianos padres. Pero esta explicación del hecho ¿no es aún más extraña que el hecho mismo? Espronceda tenía el valor salvaje del Sigfrido de la germánica leyenda, y no era hombre de dobleces ni astucias. ¿Saber él que cualquiera injuriaba á los suyos, y esperar paciente, año tras año, el momento de la reparación? ¿Apelar él, para vengarse, para castigar con justa cólera una cobarde ofensa, á medios ilegítimos? No; tal historia, digna de un folletín patibulario, es inverosímil. Preferible es creer—y esto es más lógico en un sentimental—que el poeta, como tantos otros que se enamoraban por entonces de la viuda de Fernando VII, por una ligereza de carácter, no única en él, quiso estar cerca de su ídolo, vistiendo, para conseguirlo, las libreas de Palacio.

Pero la plateada bandolera no le hace olvidar, ni mucho menos, que tiene el deber de protestar ó con el acero ó con la lira contra las demasías del

poder público, y el guardia de corps sale, á lo mejor, con unas décimas combatiendo á las autoridades. Expulsado del Cuerpo, desterrado á Segovia, donde está algunos meses, se entrega en lo absoluto á la política, y ora escribiendo en los periódicos, ora echando discursos en las asociaciones clandestinas, no cesa un instante de mantener con decisión, aunque sin un fin determinado, su lírica protesta. Y oportuno es decir, ya que al periodismo y la oratoria se dedicó Espronceda en esta etapa de su vida, que ni en el uno ni en la otra alcanzó relieve extraordinario. Será porque hoy, en negocios de prensa, se hila muy delgado, ó porque al periodista de aquel tiempo le maniataba la censura, lo cierto es que en la actualidad— con la excepción de los trabajos del malogrado *Figaro*, que imitaba á *Courier*—no se encuentra nada que deslumbrase en las colecciones de periódicos que nuestros abuelos nos dejaron. La elocuencia política, gozando de más libre ambiente, brilló algo más. Pero los discursos de Espronceda en el Congreso de los diputados, pueden compararse con cualquiera de los que se pronuncian á estas horas ante el presidente que dormita y los maceros que se aburren, desde «el banco de la Comisión»...

El audaz cartel de desafío que Espronceda lanzó á los gobernantes, no fué por estos recibido con la misma fiereza. Mas de lo justo se ha alabado el heroísmo de Espronceda; se ha abultado su liberalismo; se le ha señalado como víctima de incessantes persecuciones.



RETRATO DE ESPRONCEDA

Era natural que el hombre que hacía continuo alarde de sus opiniones subversivas y que desde 1834 hasta 1839—fecha del convenio de Vergara y época en la cual se tranquiliza—no cesó jamás de conspirar, no saliese á buen parto de la preñez de su conspiración. Sus andanzas políticas provocaron, como era lógico, las represalias del Gobierno. Estas no fueron despiadadas, ni aún muy enérgicas. En la sombra, los deudos del poeta velaban por él para salvarle en los momentos críticos. Era su padre un brigadier, con relaciones é influencias en la alta sociedad. Entre sus parientes más cercanos se contaba un obispo. Sin comprender cómo un poeta de tanto valer era tan loco, y cómo un señor tan bien nacido, adulaba á la plebe, se le perdonaban de buen grado, en gracia de sus lindos versos, sus lamentables extravíos.

Pero, además, la acción del vate no era tan demoleadora que pudiese alarmar á los gobiernos. Además de no haber sido nunca jefe de motín, sino combatiente del montón, se le ve con frecuencia asociarse á algaradas, donde más es el ruido que las nueces. Teniente de la Milicia urbana, va con ella á la sublevación contra el ministerio que preside el conde de Toreno. Un año después, siempre coadyuvando á empresas que inician los demás, se subleva contra Istúriz. Pero la insurrección del 15 de Agosto de 1835 y la del 3 de Agosto de 1836, no fueron, ni con mucho, hazañas dignas de cantarse en aleluyas. Estuvo reducida la primera á una manifestación armada en la plaza

Mayor, disuelta sin que sonase un tiro, y de la cual sólo ha quedado un incoloro documento, parto del periodista Andrés Borrego y en el que pedían los sublevados, entre multitud de adulaciones á la reina Cristina, reformas tan modestas, que no se comprende cómo el pícaro del conde de Toreno las rechazó de plano. El año siguiente, en la insurrección de la Milicia contra el Ministerio Istúriz, tampoco llegó la sangre al río: echarse al arroyo los urbanos, percatarse, con el asombro consabido, de que la guarnición no contestaba al grito rebelde, y esconderse, azorados, todo fué obra de un momento.

Y ya que se cita, por azar, al conde de Toreno, y ya que su nombre en estas páginas no volverá á escribirse, es ocasión de recordar las dos octavas reales que en el canto primero del *Diablo Mundo* dedica su autor

«al ilustre asturiano; al gran talento,
flor de la Historia y de la hacienda espuma:
al necio audaz de corazón de cieno
á quien llaman el conde de Toreno.»

Biógrafos y críticos se han entretenido averiguando el motivo secreto de un ultraje que, realmente, es injusto. Con la intención, tal vez piadosa, de dorar una píldora que los descendientes de Toreno no han podido menos de tragar al heredar el nobiliario título, ha habido interés en insinuar, sin afirmarlo claramente, que el desahogo del poeta obedecía á una causa personal, á un rencor íntimo. El padre Blanco, en su no siempre discreta

ni imparcial Historia, dice que el conde de Toreno, en cierta ocasión, devolvió á Espronceda el manuscrito que, conteniendo sus poesías, le había aquél enviado solicitando su opinión, y dándola el conde en estos términos: «Ya conocía los originales.» Pero esta versión raya en lo absurdo: el hue-no del señor Queipo de Llano, aunque hacendista deplorable é historiador mediocre, era hombre cortés. Precisamente por entonces la reina Cristina le hacía grande de España, y de primera clase nada menos. ¿Cómo admitir la pequeñez que le atribuye el padre Blanco? Si el prócer ilustre hu-biese tenido, en realidad, el desapacible genio con que en este lance se nos pinta, de los dieciseis en-decasílabos que le hicieron famoso, merecería, á lo menos, unos cuantos...

¿Quién ha inventado esta historieta? Los contem-poráneos de Espronceda no han dicho jamás que éste tuviese amistad con el conde. Patricio de la Escosura y Miguel de los Santos Alvarez, que tra-jeron al mundo la misión de contarnos á todos la vida y milagros de Espronceda, no han referido el caso. El primero, en discurso leído á la Academia, por el año de 1870, alude á la agresión «torenici-da» y la atribuye, disculpándola, á «las circuns-tancias políticas de la época y al espíritu de parti-do». Y así fué, en efecto. Conviene no perder de vista, para explicarse las violencias y los radica-lismos de Espronceda, que fué siempre un fanáti-co: fanático en la política, en el amor, en la amis-tad. Que veía en el conde de Toreno á un vulgar y

mezquino gobernante, queda demostrado con el hecho de haberse sublevado contra él. Además, tal vez le desplazaba que un político de tan bajo vuelo se colase en el mundo literario, metiéndose á historiador. Si á esto se añade que Toreno, en el Congreso de los diputados, «tuvo la llaneza de decir que había erigido á la gloria de su patria un monumento en su Historia de la Revolución de 1808» (1), resulta explicada con exceso la iracundia del vate. Y obedeciendo á su carácter, que le hacía amar ó aborrecer, siempre sin medida, en el canto primero del *Diablo Mundo*, atacó á un enemigo. Del mismo modo, aunque en sentido inverso, en el canto segundo del mismo poema, hará célebre á Alvarez, poniendo como epígrafe á ese canto ciertos renglones desiguales de aquel buen señor, que no tenía nada de poeta, pero que era por entonces uno de sus íntimos...

Y así era en todo. No se movía sino guiado por las impresiones del momento. En 1840, después del pronunciamiento de Septiembre, alcanza un éxito ruidoso al defender al *Huracán*, periódico en el que Olavarría sostenía vagamente la idea de la República. Críticos que ven las cosas con vidrios de aumento, han encontrado en el discurso que pronunció Espronceda, una inflexible y categórica profesión de fe republicana. En efecto, el defensor del *Huracán* (nombre que por sí sólo asusta) había

(1) Así lo hace constar Espronceda en la nota con que aumenta en prosa la injuria hecha en verso.—(N. del A.)

lanzado, entre otros aforismos, éste, que es puramente gedeónico: «Si todos los hombres se persuadieran de la excelencia del gobierno republicano y se tratara luego de imponer castigo á sus defensores, habría que *fusilar á la humanidad entera*». No hay aquí afirmación republicana, sino una verdad de Perogrullo, que, tomada al pie de la letra, daría motivo á preguntar: Si la *humanidad entera* fuese republicana ¿quién ordenaría el fusilamiento, y dónde encontrar ejecutores? No es ocioso añadir, para explicarse la fogosidad del orador, que cuando publicaba el *Huracán* la frase referida, había ya triunfado en el país el movimiento sedicioso, era ya jefe del gobierno el héroe de Luchana, y la reina gobernadora, refugiada en Valencia, preparaba á España la sorpresa de su despedida y su renuncia.

Espartero, el caudillo afortunado; Espartero el pacificador; Espartero el gobernante óptimo, «más liberal que Riego», llena con su nombre, con su fama, con las esperanzas que despierta la escena política. Á su carro de triunfo va uncido Espronceda. Los que le han visto con asombro lucir años atrás, el uniforme pintoresco del guardia de corps, volverán á asombrarse: ahora va á lucir fuera de España la casaca solemne de la diplomacia misteriosa. Acepta la secretaría de la modesta legación de España en La Haya. Solían desempeñar en otro tiempo estos cargos tranquilos, los literatos que entendían de idiomas, y Nicolás Fernández Moratín, por la protección de Jovellanos, había pertene-

cido á la embajada española en París. Espronceda sabía ó, mejor dicho, dominaba el inglés y el francés; pero un Espronceda diplomático, sólo se explica suponiendo que su gran amigo el general, quiso que en los Países Bajos y entre sus numerosos diques, hallasen, por azar, alguno las intemperancias del poeta.

No está en La Haya mucho tiempo. Al convocar las nuevas Cortes la segunda Regencia, pensó sin duda el General que un escritor como Espronceda, ya renombrado entonces, no estaría mal perteneciendo á una de esas mayorías que hacen la dicha y el contento de cualquier gobernante. Y el poeta, que no se acostumbraba á pasarse la vida entre flamencos, más ó menos acuáticos, y que ni aún se parecían á los que nos dejó el pintor Velázquez en su famoso lienzo, se vió, de la noche á la mañana, agradablemente sorprendido al saber su elección. Era diputado á Cortes por la provincia de Almería, como hubiese podido serlo por cualquiera otra. El Gobierno le favoreció generosamente con el cargo de representante del país en el Parlamento nacional—que no era nacional, ni Parlamento, ni lo elegía el país—y el poeta no tuvo que agradecer la distinción á electores que nunca se hubiesen acordado de él—que tal es la suerte reservada al genio que se encharca en la política—á no ir patrocinado por el hombre que había exterminado á los carlistas y abierto para la nación, según entonces se decía «la era del progreso.»

A principios de 1842, cuando Espronceda juró el

cargo de diputado á Cortes —sin renunciar al puesto que en La Haya tenía—regía en España la Constitución de 1837, que había sido una transacción con el espíritu doceañista. Aquel Congreso, con la sola excepción de un diputado, formáballo los progresistas, que se dividían en tres fracciones, acaudilladas por tres hombres de singular valer Don Joaquín María López, el sucesor en la oratoria del *divino* Argüelles; D. Salustiano Olózaga, un maestro, no solamente en discursar, sino también en las intrigas con que se iniciaba á la sazón el régimen parlamentario; y D. Manuel Cortina, el primer bufete de Madrid. En aquella legislatura apuntó en España la primera semilla del republicanismo, aún no definido francamente, pero ya muy bien representado por Méndez Vigo, Uzal y Patricio Olavarría, redactor que había sido el último de aquel *Huracán*, de que Espronceda fué tan exaltado defensor. Esta trinidad republicana se anticipó al ilustre Orense, que fué más tarde, en las siguientes Cortes, el definidor de la doctrina. La diminuta lista se ha aumentado caprichosamente con dos nombres más: el conde de las Navas y Espronceda. Pero el buen diputado por la provincia de Almería, lejos de tener tal filiación, en los tres meses mal contados que duró su aventura, se limitó á ser un progresista de oposición templada al gobierno de entonces. Esta es su actitud en un Congreso, donde Olavarría, demócrata, se vió obligado á renunciar la representación que poseía, porque en el recinto de las Cortes — ¡oh

puritanismo que á estas horas quizás no se comprenda!—no podía defender como deseaba su bello ideal de la República.

Sin duda el parlamentarismo, como el legendario Orfeo, amansa á las fieras con su música. Los revolucionarios de otro tiempo se parecían en esto á algunos de los contemporáneos. Con el cabello aborrascado y la garganta en carne viva á fuerza de dar voces, llegaba un hombre al Parlamento, y de la noche á la mañana, por arte de birlibirloque, se convertía en un ciudadano apacible y correcto. Aquella situación política, amparada por un espaldón—verdad es que el Regente no había aun cometido las crueldades que precipitaron su caída—era para el novel representante de la provincia de Almería, si no precisamente un paraíso, al menos su antesala. Dos años hacía que, al defender al *Huracán*, había dicho, iracundo: «La nación ha visto que sus representantes se han arrojado sobre ella para devorarla como una horda de cosacos.» Aquella horda de cosacos no había huído al desierto. Aún figuraba en los partidos. No era por entonces el Congreso ningún Sinaí de los derechos de la personalidad humana: era tan sólo la tribuna de la clase media, ya engrandecida y fortificada por la desamortización. Y desde esa tribuna, el gran poeta, el antiguo orador desaforado, el trompetero de motines, lanza estas ideas opacas y estas palabras comedidas, en un discurso que pronuncia diez días después de su admisión y de su entrada en el Congreso:

«No me guía ninguna oposición sistemática al Gobierno. No traigo aquí rencores ni odios. Creo que estamos muy lejos de ese estado crítico en que se necesita llamar al arma á toda la nación, y pienso que, no sólo estamos afortunadamente lejos de él, sino que lo que necesita la nación es reposo, tranquilidad, un gobierno, un pensamiento que dirigiendo el movimiento del general pueblo, abra las fuentes estancadas de la riqueza pública. Cuando la guerra ha concluido; cuando la libertad ha triunfado de todos sus enemigos; cuando estos enemigos se encuentran muchos en tierra extraña maldiciendo la hora en que se sublevaron, tal vez contra sus propios intereses creyendo favorecerlos cuando se presenta á la nación un porvenir de felicidad y de ventura y cuando todo el mundo se da la enhorabuena de haber conquistado esta paz, no se debía esperar del Gobierno que viniese á pedir 50.000 nacionales. Debía esperarse que el Gobierno ofreciese garantías de paz á los capitalistas, que necesitan seguridades para emplear hábilmente su riqueza.»

Se verá después en el poeta, á medida que irá tomando gusto á su bendito cargo, algo tal vez más asombroso que esa sintáxis pésima y que ese terrible chaparrón de lugares comunes; algo tal vez más asombroso que ese entusiasmo por la paz y que ese interés con que habla en nombre de los capitalistas; algo tal vez más asombroso que la alusión á los proscritos (1) que «maldecían la hora en que se sublevaron», y será el amor con que Espronceda desempeña el papel de diputado, como si únicamente para ello hubiese nacido. Des-

(1) Entre estos se contaba su condiscípulo Patricio de la Escosura, antiguo presidente del club de los *Numantinos*.—
(N. del A.)

de que jura el cargo, no falta á una sesión; habla acerca de todo, y demostrando que ha estudiado el asunto; se sabe de memoria el reglamento; emplea sin cesar los eufemismos, y al contender con un ministro, reconoce en él las condiciones de inteligencia que le adornan; y no desdeña trabajar en el seno de las Comisiones, y á veces defiende algún dictamen, y á veces apoya, grave y serio, algún voto particular. Y no es—¡qué ha de ser!--diputado idealista, ni sentimental, ni soñador. La Economía política, que para ciertos literatos es tan sólo una ciencia de síndicos municipales y de tenderos de comestibles, inspira al poeta diputado sus mejores discursos. Y es de oír cuando habla de la Deuda interior ó de la cuestión arancelaria ó de la industria algodonera, y cuando contienda con Madóz, en cuyos discursos ya aparece la voz irritada que no cesa, durante más de medio siglo, de defender los privilegios de cierta región. Y en todo esto el gran poeta que escribió *A Jarifa en una orgía*, se muestra tan parlamentario, que ni Jarifa, al contemplarle, reconociera á su cantor. Y de tal modo le avasalla su amor al Congreso, que un día, por no perder una sesión, regresa en viaje rapidísimo y mortalmente fatigoso, del pueblo de Aranjuez, á donde había hecho una escapada para negocios íntimos, y adquiere así la enfermedad que le lleva al sepulcro. Y aquel eterno sublevado, que así en España como en Francia, peleando bravamente, había logrado hurtar el cuerpo al plomo homicida, cae un día vulgarmente, ¡por no perder una sesión!

Hay en la vida de Espronceda, desde su vuelta de la emigración, una serie de contradicciones que dejarían perplejo á un apologista sistemático, aunque no á un crítico sereno. Aquél que con patriótico coraje, había atravesado la frontera siguiendo al coronel De Pablo, y que había hecho resonar ante la fosa del caudillo esta vengativa estrofa:

«Y vosotros, ¡oh nobles guerreros,
de la patria sostén y esperanza!
abrasados en sed de venganza,
odio eterno al tirano jurad»,

regresa á Madrid, y, de allí á poco, se le ve plácido y sereno hollando las alfombras palatinas, como sumiso servidor de la viuda de Fernando VII. Lanzado á la política menuda y en un escenario que contrasta con la grandeza del Pirene, testigo de su antiguo arrojo, es benévolo con Martínez de la Rosa, y escribe, en cambio, contra Mendizábal, el revolucionario de la época, un irritado opúsculo. Detenido como conspirador en la cárcel de Corte, y sabiendo que se había acordado que saliese para Badajoz, en cuya provincia había nacido, pero con la cual no le ligaba ningún afecto, sólo se le ocurre dirigir una lastimosa exposición á la reina gobernadora, la cual le pone en libertad. Sin protesta alguna por su parte, entraba en docena con los jóvenes más descreídos de la época, pasando por racionalista; y sin embargo, en su poema el *Diablo Mundo*, cuando saca á la escena á un eclesiástico—de estos que en los actuales tiempos

hacen las delicias de *El Motín*— atenúa su delito publicando una tímida nota, en que declara que el «mayor número de nuestros sacerdotes, son modelo y dechado de todas las virtudes». Y por si esto no bastaba para desarrugar el ceño de su buen tío el prelado, en el mismo poema se burla de los racionalistas, haciendo esta satírica silueta de un señor de esa casta:

«Leyendo está las *Ruinas de Palmira*
detrás del mostrador á aquellas horas
que cuenta libres, y á educarse aspira
en la buena moral,
y á la patria ser útil en su oficio,
habiendo ya elegido en su buen juicio,
en cuanto á religión, la natural».

Pero entre las sátiras más finas del empecatado *Diablo Mundo*, hay otra que merece subrayarse: Espronceda, como se ha dicho, era dignísimo oficial de la Milicia Nacional. Con ella se sublevó más de una vez. Los insurrectos del 15 de Agosto de 1835, entre los cuales figuró, pedían, entre otras cosas, que se restituyese á la Milicia, entonces titulada «urbana», su antiguo y prestigioso nombre de milicia nacional. Era Espronceda un miliciano fogoso y convencido, y esto no obstante, en una de las muchas digresiones del inmortal poema, dirige á la Milicia Nacional esta alusión festiva:

«Oh gloria, oh gloria! Lisonjero engaño
que á tanta gente honrada precipitas!
Tú al mercader pacífico en extraño
guerrero truecas, y á lidiar le excitas;

su rostro vuelves bigotudo, huraño,
con entusiasmo militar le agitas
y haces que sea su mirada horrenda
susto de su familia y de su tienda.*

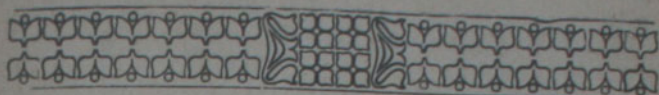
Si á la hora de ahora, algún poeta escribiese esas barrabasadas, no podría, de seguro, y menos con pompa democrática, ser candidato para concejal del Ayuntamiento de Madrid. Se le tendría, seguramente por un «sospechoso.» Sin embargo, Espronceda guardia de corps; Espronceda simpaticizando con ministros poetas; Espronceda doliéndose de que lo metan en la cárcel; Espronceda satirizando á la honrada Milicia, y bendiciendo á la fortuna que le hizo diputado, resulta mil veces más sincero que el Espronceda impresionable de la primera juventud. El falso era el otro, el que parecía un romano de los primeros días del Monte Aventino, ó un tribuno de 1789, ó algo como un Camilo Desmoulins, á quien temían los hombres y amaban las mujeres. Personaje á quien Taine, de haberle conocido, hubiese aplicado con fortuna sus métodos para la crítica, nadie era, en el fondo, más hijo de su tiempo, de su país y de su raza; pero el romanticismo, poniendo en su rostro un antifáz, hizo de Espronceda, que había nacido generoso, y á quien indignaban las vergüenzas que la nación sufría, un combatiente de las barricadas y un demagogo de guante blanco, que hace sonreír. Buscó en la política, donde no era más que un «dilettante» los grandes remedios salvadores, y, siendo, en el fondo, un aristócrata, pasó, á ve-

ces, por un servidor de todas las «tontolatrías» de la gente ignorante. Encanta y á la vez hastía por su movilidad; arrebatada y disgustada; sería un insensato, si no fuese tan noble; se le podría llamar apóstata, si no hubiese demostrado siempre el desinterés más absoluto. Puede observarse, en medio de sus radicalismos, que desdeñaba muchas cosas que en los partidos liberales son objeto de culto. Tuvo la desgracia de pasar su vida en medio de una turba de medianías literarias, que, siempre dispuestas á aplaudirle, no se atrevían á censurarle, y que ponderando sus talentos de hombre político, buscaban acaso, por envidia, que se alejase de las letras. Y su amor propio le llevó á representar toda su vida un papel para el cual no había nacido y al cual era muy superior. Sus tradiciones de familia, la elegancia de sus costumbres, sus finos modales, su afición á la sociedad, y especialmente su carácter humanitario, le habrían hecho, probablemente, en tiempos mejores, un enemigo de los pronunciamientos. Pero el despotismo de Fernando VII, tuerce su rumbo natural, y amando la libertad y la justicia bajo la forma aceptada en su tiempo, inflamada su alma por el fuego de los acontecimientos públicos, agitada por el soplo ardiente de las catástrofes, pero sin dirección, sin norte fijo, sin disciplina, sin perseverancia, apóstol tímido y estéril de una redención que no lo era sino para unos pocos, subyuga un momento con a fogosa elocuencia de su corazón, y sucumbe, lejos de su ensueño, en medio de una asamblea de

charlatanes, charlatán él también, tal vez arrepentido de su obra, y que no deja tras de sí, en la histórica política, más que algún insípido dictámen de una comisión de presupuestos...

Lamentan algunos que Espronceda haya muerto tan joven, cuando acababa de cumplir los treinta y cuatro años. Pero no debe lamentarlo quién ame su memoria. Al irse tan temprano de la vida, tiene hoy la suerte de dormir, como los antiguos caballeros con sus mohosas armaduras, con el ideal que acarició en su primera juventud, aún no mancillado por el tiempo. Cuando le sorprendió la muerte, comenzaba á rehacer su vida, á modificar su carácter, á moderar sus ardimientos. Hastiado de una vida mundana de excepticismo y de placeres, se disponía á ingresar como un bendito en el gremio de los casados. Comensal del Regente, diputado optimista, discutiendo en las Cortes sobre la cuestión arancelaria, se juzgaba dichoso. Hubiera tenido, andando el tiempo, la misma fortuna que sus alegres condiscípulos del Colegio de San Mateo, llegando á ser, como Escosura, ministro de la Gobernación, ó, como Roca de Togores, embajador en París, ó, como Pezuela, presidente de la real Academia Española. Y ¡quién sabe si él mismo no hubiese quemado sus poemas y cambiado su nombre por un título de conde ó de marqués!...





CAPÍTULO VI

«El Pelayo».

Tenía diecisiete primaveras, y era poeta y español. Estaba preso como el Tasso, aunque era su prisión menos horrible que el lóbrego hospital de locos en que gimió, pobre y enfermo, el Homero italiano. Los frailes de Guadalajara, más piadosos que los carceleros del cantor de Leonora, no rehusaban á su joven huésped, plumas, papel y tinta. Se creía entonces, se cree aún--preocupación muy digna de la maldad del tiempo — que las obras maestras se escriben en la adversidad. El mismo Tasso había compuesto algunas estancias del poema que le hizo famoso, cuando se albergaba entre los muros de una abadía de Francia... ¿No bastaban estos «precedentes», para inducir á un mozo bien quisto de las Musas, y que además era español, á afrontar la epopeya? Por aquel tiempo, cualquier joven que sentía arder en su cacúmen la «llama de la inspiración», se estrenaba con un

poema en quince ó veinte cantos, y en octavas reales, por supuesto...

Discípulo de Lista y de Hermosilla, Espronceda entonces era clásico y respetaba, á fuer de clásico, los cánones en uso. Era una regla indiscutible que el poeta épico debía trabajar sobre un fondo antiguo, y que, en el caso de elegir una historia moderna, no podía salir de su nación. Asuntos antiguos, muy antiguos y nacionales á la vez, no han faltado nunca á un español aficionado á la epopeya. ¡Numancia, Covadonga, Méjico! ¿Quién, siendo niño, se sustrajo á la mágica fascinación de esos tres nombres vivideros? Numancia, Covadonga y Méjico, con su recuerdo heróico, han hecho de la pobre España una tierra de locos, dejando en la literatura un reguero de octavas y de ripios. Á los esforzados númantinos, desde el día en que Cervantes les tomó por su cuenta, no se los deja en paz, y Mosquera de Barnuevo y Ayala, en los siglos XVII y XVIII, echaron versos y más versos sobre la ciudad cuyas proezas son actualmente el gran blasón de la tierra de la mantequilla. En la cueva de Covadonga, hallaron siempre inspiración los poetas y los dramaturgos de todas las edades: Alfonso López, el *Pinciano*, en 1605, nos presenta á Pelayo caminando hacia Jerusalém y haciendo mil cosas que el poeta narra en 600 páginas. A mediados del siglo XVIII, un señor que se firma nada menos que D. Alonso de Solís Folch de Cardona, Rodríguez de las Varillas, conde de Saldueña etc., etc., hace otra epopeya á que da nom-

bre el héroe de la Reconquista. Al terminar dicha centuria va á las tablas el héroe, resucitado nuevamente por el gran patriota Jovellanos. Y con el *Pelayo*, la tragedia de D. Manuel José Quintana, comienza el siglo XIX. Pero el caudillo que inició en las montañas asturianas la áspera y larguísima contienda contra el invasor del suelo patrio, había de quedar obscurecido por un recién llegado, que se llamaba Hernán Cortés y cuyas hazañas increíbles, pedían á voces un Homero que las divulgase por el mundo en versos de once sílabas. Los conquistadores de América llenaban el mundo con su fama, y reclamaban en la metrópoli una parte del interés que había inspirado á la nación la guerra de la Reconquista. Los honores poéticos se repartían con profusión, y era natural que Hernán Cortés, el aventurero más famoso, recibiese su parte. Y el siglo en que vivió el conquistador, el siglo XVI, soportó ya pacientemente el *Cortés valeroso*, de Lasso de la Vega y *El Peregrino indiano*, de Saavedra, donde se narra en 16.000 versos la vida y milagros del caudillo. Los poemas que el siglo XIII—los hubo acaso á centenares—consagró á Hernán Cortés, no han pasado—así serían de flojos—á los anales de las letras; pero, en cambio, el siglo XVIII paga su tributo fervoroso al valiente de Medellín, y aparecen la *Hernandia*, de Ruiz de León, y *Méjico conquistado*, de Escoiquíz y el muy bien escrito *Canto épico*, de Moratín (el padre), donde se ensalza y trompeta el episodio archisublime, de los buques quemados por Cortés, para obligar á sus

soldados, de cuyo ardimiento, por lo visto, no estaba muy seguro, á sucumbir como patriotas ó á nadar como peces...

Espronceda, en talle de cantor de glorias nacionales, tenía donde escoger. La historia de España es como esas cajas de sorpresa, que encantan á los niños; no bien se la abre, salta un héroe. Pelayo, el Cid, Hernán Cortés, Gonzalo de Córdoba, y el modelo de padres, conocido por Guzmán el bueno, están ahí constantemente, en expectación de endecasílabos... No se sabe de cierto; pero es casi seguro que Espronceda se decidió desde el primer momento por el héroe asturiano, el más antiguo, el ilustre decano de los héroes. Su gran rival, Hernán Cortés, desconsolado y mustio, con la cara roja de vergüenza, se restituía á la obscuridad, de donde había salido en mala hora. Cuando Espronceda, en guisa de cantar, templaba su lira, Méjico se había ya emancipado, dejándonos aquende el mar á su conquistador, en situación de héroe excedente y poco menos que inservible. Así la Historia vino á enseñar á los poetas, y á los que no lo son, que en la epopeya formidable del nuevo mundo, el único héroe de verdad, era el padre Las Casas, á quien la poesía no celebró, pero que supo protestar, en medio de la agrura de los tiempos, contra la sinrazón de la conquista y las violencias de los conquistadores.

El héroe de la reconquista, más afortunado que el de Méjico, permanecía en pie. Además, á principios del siglo XIX, el patriota de Asturias, casi

era un hombre de la época. Cuando Quintana, en su tragedia, lo sacó á luz, tenía, al hacerlo, un gran propósito: el de excitar á sus compatriotas á la resistencia contra la opresión extranjera, por un glorioso ejemplo sacado de su historia misma. El poeta tocaba una cuerda sensible. Por boca del protagonista de la tragedia de Quintana, quien hablaba era el pueblo del 2 de Mayo. Con tal obra, el popular poeta y ciudadano íntegro, hacía su campaña generosa, cumpliendo la misión social reservada á las letras y á la que Espronceda, niño aún, quería asimismo consagrar todas las fuerzas de su espíritu. Pero el vate incipiente, al ejecutar tan desidioso como al concebir audáz, pretendió encerrar al héroe astur en el marco grandioso de un poema de más inspiración que la *Araucana*, y que tuviese lo que Ercilla no consiguió jamás; lectores espontáneos, no aburridos y, á ser posible, numerosos.

Y á esto aspiró, sin desviarse de los preceptos admitidos. Clásico desertor del Olimpo, pero clásico al fin, no es, como Milton, un reformador de la epopeya. De allí donde Tasso se detuvo, no pasa Espronceda. Siguió dócilmente al poeta italiano, por quien tuvo sincera admiración, y al cual, en un discreto estudio que escribió estando en Londres, elogió y defendió de los ataques de Voltaire. No puede establecerse un parangón entre los fragmentos del *Pelayo*, sin relación alguna unos con otros, y la *Jerusalém*. Mas tienen, sin duda, las dos obras cierta semejanza. La literatura italiana, en

los tiempos del clasicismo, solía servir de pauta á la literatura europea. La *Araucana*, de Ercilla, y el *Pelayo*, de Espronceda están escritos en octavas como el *Orlando* y la *Jerusalém*. No hay en el *Pelayo* más que unas cuantas descripciones y dos ó tres discursos. En ellos, á tiro de ballesta, se ve surgir á Tasso. En el *Pelayo* y en la *Jerusalém*, los cuadros más salientes son los mismos: el con-sabido sueño, el campamento, la batalla, la procesión, el Consejo, etc., etc.,

El *Pelayo* de Espronceda, como su *Diablo Mudo* y como su *Sancho Saldaña*, quedó sin concluir. Por su movilidad de espíritu, que hacía imposible para él el dedicarse mucho tiempo á una misma labor, Espronceda dejó sin terminar sus obras de mayor empeño. Para colmo de males, se ha perdido no pequeña parte de los originales del poema. Cuando se publicaron los fragmentos, los precedía esta nota:

«Este poema, comenzado muchos años há, estaba ya muy cerca de su término; pero los trastornos y vicisitudes que el autor ha sufrido, han extraviado la mayor parte de los manuscritos, y sólo le es dado ofrecer al público, como muestra, estos fragmentos. Sin embargo, prendado de la belleza del asunto, no desconfía de dar cumplido remate á una obra que ha ocupado los primeros años de su vida.»

Desde que comenzó su obra, hasta que publicó sus trozos sueltos en la colección de sus *Poesías*, habían transcurrido quince años. Tuvo el autor sobrado tiempo para darle remate. No la terminó,

sencillamente, porque las fuerzas le faltaron. Mas ¿era lícito al poeta dar á luz por propia voluntad una obra que aparecía incompleta? De un poeta difunto, si fué grande, puede y debe la posteridad, en sus devociones insaciable, recoger los esbozos, los apuntes, los trozos dispersos. Pero un poeta vivo y sano, dotado de fuerza y juventud, á no querer graduarse de vanidoso y de soberbio, debe publicar como Dios manda las obras que escriba. La familiaridad con que Espronceda solía tratar al público, fué siempre asaz irrespetuosa, y en esta ocasión más que en ninguna. Y así, no se halla en el poeta que nos dió un *Pelayo* sin *Pelayo*, nada que absuelva ó justifique esta aventura heroica: ni la modestia personal, que, á pesar de la nota con que explica la publicación de los fragmentos, brilla por su ausencia en el autor; ni el ser Espronceda casi un niño cuando empezó el poema, pues, para la crítica, las obras nacen cuando se publican, y al salir el *Pelayo*, ya su autor era hombre maduro, y había podido holgadamente perfeccionar su obra.

Pero en esta obra, aunque incompleta, hay tanta elevación, tanta poesía, tanta sublimidad á veces, que el crítico más grave y cejijunto, olvida su misión transcendental, da rienda suelta á su entusiasmo, y se convierte en un lector ingénuo y sencillo, que no quiere saber ni una palabra de legislaciones, ni de escuelas, ni de modelos, ni de cánones. Poetas, y poetas grandes, desde el lejano autor de la *Profecía del Tajo*, hasta el autor popula-

risimo de el *Puñal del Godo*, han traído y llevado la leyenda de Florinda, violada por el rey que «folgaba del Tajo en la ribera...» Pero así todo, en Espronceda, revive la leyenda con nuevos colores y adquiere nuevo y dulce encanto. El poeta, en una pincelada, describe la corte del rey godo, con su enamorada juventud, que danza á la sombra de los árboles, tañe el laúd ó liba en áureo vaso el oloroso néctar:

«Al blando son de la armoniosa lira
Oigo la voz de alegres trovadores,
El aura siento que fragancia aspira,
Y al eco escucho murmurando amores:
Al sol centemplo que á Occidente gira
Reverberando fulgidos colores,
Do la córte del godó poderío
Se alza orgullosa sobre el áureo río.

•Toledo, que de mágicos jardines
Cercada, eleva su muralla altiva,
No guardada de fuertes paladines,
Ornada sí de juventud festiva;
Allí entregado á espléndidos festines,
Rodrigo alegre y descuidado liba
Copas de néctar de fragancia pura,
Al deleite brindando y la hermosura.

Allí con ojos lánguidos respira
Dulce placer beldad voluptuosa,
Y aroma exhala, si feliz suspira,
Del puro lábio de encarnada rosa:
Rodrigo en ella codicioso mira
La que á su amor se muestra desdenosa,
Que más que todas es candida y linda
La dulce, bella, celestial Florinda.

El ruido crece del festín en tanto,
Y el grato néctar al deleite llama;
Su pecho inunda deleitoso encanto
Y el fuego impuro del amor le inflama:
Ebrio Rodrigo, desceñido el manto,
Alza la mano trémula, derrama
El áureo vaso, y atrevido sella
Dulce beso en el rostro á la doncella.-

Todo es placer: de su mansión de rosa
La primavera cándida descende,
Y en el regazo de la tierra ansiosa
El fuego animador de vida enciende:
Templa del mar la furia procelosa,
El viento en calma plácido suspende,
Y derrama la aurora en sus albores
Luz regalada y regaladas flores.

Abre la flor naciente el lino seno,
Y recibiendo el encendido rayo,
En la esmeralda del otero ameno
Vierte su dulce olor, gloria del Mayo:
Pasa el arroyo plácido y sereno,
Solicito besándola al soslayo;
Ella en vivos colores se ilumina,
Y al dulce beso la cabeza inclina.

Y en el pensil do con rosada frente
El halagüeño Abril pasa riendo,
A la sombra de un árbol eminente
Está la juventud danzas tejiendo;
Cual á la margen de la herbosa fuente
Canta, blando laud diestro tañendo,
Y cual del baile y del cantor se aleja,
Y á su dulce beldad tierno se queja.

Allí Rodrigo con incierta huella
Lascivo sigue á la fatal Florinda:
Ciego, arrastrado de ominosa estrella,
Intenta audaz que á su furor se rinda.

No oye ¡infeliz! su misera querella;
 La ve humilde á sus pies, la ve más linda
 Y con lascivos ojos, con desdoro
 Mancha la hermosa flor de su decoro.»

Después de estas escenas voluptuosas en que el libertinaje se poetiza de modo tan suave, que ni el injusto «forzador» parece aborrecible, el poeta rinde su tributo á las reglas. Salta á escena lo maravilloso; ruge, de pronto, el trueno; se desencadena el huracán y se oye, colérica, la voz de Jehová, de quien ya se sabe que es señor que gasta malas pulgas:

«En tanto encubre pavorosa nube
 El cielo en ántes transparente y terso,
 Y relumbra la espada del querube,
 Ministro del Señor del Universo:
 Que ya la voz de la inocencia sube
 Que en llanto el gozo trocará al perverso,
 Yá la luz del relámpago se muestra
 Del rayo armada la divina diestra.

«Súbito un trueno retumbar se siente:
 «¡Himnos, vivas al Rey! la danza siga,
 Y nuestra dicha y júbilo acreciente
 El mútuo amor que nuestras almas liga.»
 Tal grita aquella juventud demente,
 Y al Rey ensalza que Jehová castiga.
 «¡Himnos, vivas al Rey!» Súbito un rayo
 Heló sus pechos con mortal desmayo.

Envuelto en noche tenebrosa el mundo,
 Las densas nubes agitando, ondean
 Con sus alas los genios del profundo,
 Que con cárdeno surco centellean;
 Y al ronco trueno, al eco tremebundo
 De los opuestos vientos que pelean,

Se oye la voz de la celeste saña:
«¡Ay Rodrigo infeliz! ¡Ay triste España!»

Todo desapareció: lóbrego luto
Reina y silencio do el placer ardia;
Do el mísero monarca disoluto
En vil torpeza y embriaguez yacia;
Guerra y desolación el triste fruto
Al fin será de su lascivia impía,
Y horrenda esclavitud: Rodrigo en tanto
Verterá entre sus hembras débil llanto.

¡Maldición, maldición! Yertas las flores,
Del huracán violento arrebatadas,
El alegre pensil de los amores
Verá sus hojas por do quier sembradas;
La música, el banquete, los favores
Dulces de amor, las danzas animadas.
El canto de las damas y galanes
Trocados miro en lágrimas y afanes.

Tal otro tiempo en la soberbia cena
Donde mofaba de Jehová el impío,
Ya la medida al sufrimiento llena,
Rebosó de ira caudaloso río;
Y el rey asirio con amarga pena
Vió en el muro de mármol con sombrío
Fuego animarse escrito sobrehumano,
Trazado allí por invisible mano.»

En el trozo que sigue, según el orden de publicación, Rodrigo está soñando—el sueño imprescindible en todo personaje épico—con cosas muy desapacibles y, claro está, incoherentes. Sale el ángel de las tinieblas. El autor, para hacer un símil, anticipa en tiempos de los godos, el descubrimiento del Chimborazo. Surge Florinda dulcemente, y de allí á poco D. Julián, el padre de la

hermosa, que trae la intención de extrangular al que forzó á su niña.

«Era la hora en que el mundano ruido
Calma, en silencio el orbe sepultado;
Yacía el Rey, appena interrumpido
Del dulce sueño su mortal cuidado,
Cuañdo un fúnebre oyó largo alarido
Entre angustiosos sueños congojado,
Triste presagio de su infausta suerte,
Y luego ante sus ojos vió la *Muerte*.

La amarillenta mano descarnada,
Blaciendo al aire la guadaña implía,
La aterradora vista al Rey clavada,
Su cetro y su corona recogía,
Mientras en torno extraña gente armada
Sus despojos alegre dividía:
Y oyó sus quejas y escuchó sus voces
Y sus semblantes contempló feroces.

Y el ángel de tinieblas levantarse
Súbbito vió, como la inmensa cumbre
Del alto Chimborazo, y á él llegarse
Lanzando rayos de ominosa lumbre;
Y su mano sintió, que al acercarse
En su frente cargó su pesadumbre,
Grabando allí tremendo sobrescrito
Que le marcara por de Dios maldito.

Y luego oyó rumor de cien cadenas,
Crujir los huesos, rechinar los dientes,
Y abismos contempló de eternas penas
Immensurables, lóbregos y ardientes:
Oyó voces de horror y espanto llenas,
Batieron palmas las precitas gentes,
Y oyó también por mofa en su agonía
Bárbaras carcajadas de alegría.

19/ Est. 2.

Mas luégo el sueño se tróco en su mente,
 Y amantes dichas disfrutar figura
 En brazos de Florinda dulcemente
 Entre flores, aromas y frescura;
 Y cuando más su corazón consiente
 Que estrecha la deidad de la hermosura,
 Se halla en los brazos de Julian fornidos
 Ahogándole á su cuello retorcidos.

Sobre él enhiesto á su garganta apunta
 Fiero puñal que el corazón le hiela:
 Procura desasirse, y más le junta
 Pecho á pecho Julian, que ahogarle anhela
 Así fiero dragon, trilingüe punta
 Vibra y se enlazá al animal que cela
 É hincando en él la ponzoñosa boca,
 Le enrolla, anuda, oprime y le sofoca».

La célebre batalla del Guadalete, donde cae vencido el imperio gótico - toledano, está muy bien descrita, aunque mostrándose el poeta bastante duro y despiadado para con el pobre rey Rodrigo, á quien presenta hecho una lástima, pálido el rostro, vertiendo lágrimas, llevando con fatiga el escudo.

En cambio, su hijo Sancho, es el héroe del día, de ese memorable día que en nuestra historia marca una época.

«En tanto el sol en su carroza de oro
 Vibrando del zénit vívida lumbre,
 Padre y monarca del luciente coro,
 Mediaba el día en la celeste cumbre.
 Dura incierto el combate; altivo un moro
 De entre la espesa, envuelta muchedumbre,
 Aguija su bridon, la lanza agita,
 Y en nosotros audaz se precipita.

Arrolla á Atanagildo: la pujanza
Del fiero Téudis á sus plantas yace,
Rinde de Ervigio la terrible lanza,
Y su cólera en sangre satisface;
Sobre vencidos muertos se avalanza,
Opuestos hierros su furor deshace;
Pavor, desolación, muerte, rüina
Su alfange en alto aterrador fulmina.

Sancho, Sancho le ve, su pecho late
Venturoso en hallar digna contienda;
Tercia su lanza, las ijadas bate,
Y al fogoso bridon suelta la rienda;
Parte á do el moro intrépido combate;
Llámale en alta voz á lid tremenda;
Vuelve el árabe á Sancho, el trotón para,
Responde al grito y su furor prepara.

La lanza en ristre, al pecho el fuerte escudo
Sobre el arzón el cuerpo amenazante,
Al héroe amaga el bárbaro sañudo,
Fijos los ojos, lívido el semblante;
Serenos el rostro, en ademan forzado,
Blande el mancebo el hierro centelleante,
Y envueltos entre el polvo que levantan,
La tierra en torno al embestirse espantan.

No más pronto entre humo y fuego y trueno
Rayo veloz del cielo se desata;
Ni así fiero en la mar de su hondo seno
Las turbias olas Bóreas arrebatá;
Ni montaráz torrente al valle ameno,
Ni súbito huracán, ni catarata
De ondisonante río, ni lava ardiente
Su arranque asemejáran impaciente.

Al encuentro fatal con ruido infando
Las lanzas saltan, la áspera coraza
El rechinante hierro penetrando,
La robusta armadura despedaza

La mitad de la lanza retemblando
El pecho al musulman fiero ataraza;
A torrentes la sangre humeante brota
Por la abertura de la hirviente cota.

«¡Maldición sobre ti!» gritale el moro,
Y ya su alfange en alto resplandece;
Desploma el golpe en el metal sonoro,
Parte á Sancho el arnés y en furia crece.
No así mugiendo fiero andaluz toro
El circo en torno horrisono estremece,
Ni iracundo leon, ni tigre hircano
Iguala en ira al bárbaro africano.

Presto otra vez al héroe se adelanta,
Suelto el veloz caballo en la carrera;
El roto escudo impávido levanta
Sancho, y el golpe poderoso espera;
Descarga el musulmán, rompe y quebranta
Adarga y yelmo y barras y cimera;
Sancho vacila, y de la herida frente
La sangre mana en hervorosa fuente.

Y audaz tirando de la cruda espada,
Que cual cometa cuando deja el lecho
Del mar, resplandeció desenvainada,
La esconde toda en el alarbe pecho.
De los disueltos miembros huye airada
Dando un gemido de mortal despecho
Aquel alma feroz, y vuela impía
Del negro averno á la región sombría.»

El Consejo se intitula otro de los fragmentos del *Pelayo*. De este consejo, convocado, según parece, por Rodrigo para oír la opinión de sus guerreros y que el autor no dice dónde se efectúa, forma parte el arzobispo Opas, otro de los personajes que sacó el poeta de la *Crónica del rey Rodrigo con la*

destrucción de España, publicada en 1511 y en la que aparecen recogidos los viejos romances españoles. El traidor arzobispo de Sevilla, en larga y solemne parrafada, dice, entre otras cosas:

«¡O triunfo ó muerte!» en grito altisonante
 Clamé en pos de él, y á un tiempo resonaron
 Los jóvenes mi voz, y en arrogante
 Aspecto las espadas empuñaron:
 Con muestra humilde y plácido semblante,
 Cuando á la voz del Rey todos callaron,
 Opas el lábio de dulzura lleno
 Abrió, exhalando su infernal veneno.

»¡Con cuánto gozo, dijo, oh! capitanes,
 Miro en vosotros, de la patria escudo,
 El noble ardor que vencen los afanes
 Y el pecho incita á combatir sañudo!
 Tímidas ven las huestes musulmanes
 Vuestro hierro fatal brillar desnudo,
 Y oyendo vuestra voz que rauda vuela,
 Mortal temor sus corazones hiela.

»Y tú, augusto monarca, el pecho inflama
 Y el lauro ciñe de inmortal victoria;
 Goza, heredada al contemplar la llama
 Que hará á tu hijo fatigar la historia;
 Por cuanto ardiente el sol su luz derrama,
 Himnos alzando en tu alabanza y gloria,
 De siglo en siglo esparcirá tu nombre
 La fama en voz que al universo asombre.

»Mas si alcanzaste nombre de esforzado,
 No marchite tu honor puro y radiante
 Volver acaso al riesgo aventurado,
 Cual bisoño adalid, si fué triunfante.
 Muéstrate á par de intrépido soldado,
 Jefe sagaz, y el ánimo arrogante

De tus inclitos jóvenes serena,
Y tu ardimiento generoso enfrena.»

Llegaba aquí, cuando en redor se extiende
Sordo murmullo que al malvado espanta
E interrumpe su voz; que el pecho enciende
En fiera indignación audacia tanta;
El rey, que el miedo amenazante entiende,
En la alta silla adusto se levanta,
Y acallado el tumulto, y todo atento,
Opas siguió con simulado acento».

Con el horror que inspiran las maquinaciones del traidor, contrastan el respeto y la piedad con que los soldados de Rodrigo siguen una procesión. Se ve que el poeta ha estudiado la historia, y que ha advertido exactamente cuánto podía la Religión en los últimos tiempos de la monarquía visigoda.

«Inmenso pueblo el simulacro santo
Atiende en pos del Salvador del mundo
Resuena sólo reverente el canto,
Reina silencio en derredor profundo.
Sublima el pecho religioso encanto,
Y en paz trocando el ánimo iracundo,
La hueste sigue en muestra respetosa,
Y desnuda la frente y humildosa.

Preceden la alta pompa los pastores
Sacros ministros de Jesús divino,
Parte su estola auríferos colores
Sobre la veste cándida de lino:
Orlas de lauro y de vistosas flores
Penden al asta del cruzado sino,
Y allí Rodrigo respetuoso guía
En pos la augusta ceremonia pía.

Las tiendas cercan, y el glorioso acento
 Se siente al eco resonar suave,
 Calma su ruido misterioso el viento,
 Suspende el canto embebecida el ave,
 Bendice el campo de la lid sangriento
 El sacerdote en aparato grave,
 Tornan, y al muro majestuosos giran
 ¡Miseros! ¡ay! y júbilo respiran.

El campo todo venturoso ríe;
 Allí la virgen tímida y atenta
 La vista esparce, y el mancebo engríe
 Su noble pecho, y animarla intenta.
 El padre anciano con placer sonríe
 Si el ternezuelo infante, cuando ostenta
 A sus ojos las armas, temeroso
 Se abriga al seno de su madre ansioso.

Tremola desplegadas las banderas
 Guerreros nuestros en el campo moro,
 Y relumbran gallardas las cimeras
 Y armas y petos enmoldados de oro;
 Suenan confusas voces placenteras,
 Himnos alza tal vez juvenil coro:
 Y fiesta y triunfo y algazara y canto
 Presagios son de esclavitud y llanto.»

En el fragmento que sigue, cambia la decoración. Se ha efectuado con éxito la irrupción de los árabes. Al golpe del alfange musulmán, ha caído, humillada, la tierra andaluza. Á orillas del Bétis, en «alcázar de pórvido luciente,» mora el rey árabe, Aldaimón, que arde en muy justa cólera, porque parece ser que el rey de Murcia le ha inferido un ultraje. ¡Ultrajes á él! Y ¿habían de tolerarlo, silenciosos, sus fieros vasallos? Uno de estos le dice:

«Con ceño adusto un árabe altanero
Y de estatura y miembros de gigante,
Junto á la silla del monarca fiero
Fija en él su mirada centelleante;
El silencio fatal rompe el primero
Con formidable muestra y arrogante,
Y sin respeto y con acento airado
Al fin prorrumpe, de callar cansado.

«Aldaimon, Aldaimon, ¿á dónde el brío
Del musulmán está? ¿dónde la guerra
Y del profeta santo el poderío
Que á las naciones miseras aterró?
Maldiga Alá la paz que da al impío
Segura vida y júbilo en la tierra!
Hunda su reino el Dios de las venganzas,
Y adornen sus cabezas nuestras lanzas.»

«Arma tus fuertes, junta tus varones,
Que yo á su frente por Alá te juro
En un lago de sangre las legiones
Y el odio ahogar del nazareno impuro;
Del profeta los candídos pendones
Brillen de Murcia en el vencido muro,
Y en aquel de su Dios altar maldito
La espada eleve nuestro santo rito. (1).

Aldaimón, por las trazas, á semejanza de Rodrigo, ha menester que sus soldados le infundan valor. También se parece al rey cristiano en su afi

(1) El fanatismo sectario que en este discurso se revela no se compadece con la verdad histórica: los árabes que invadieron la Península en el año 711, ejercían la tolerancia religiosa, hasta el punto de haber dejado á los cristianos, mediante un módico tributo, en absoluta libertad para practicar su religión.—(N. del A.)

ción á las mujeres. El serrallo del moro está montado en toda regla, si es que no miente esta pintura:

«De mágicos jardines rodeado,
Se alza un rico salón, donde descansa
El moro Rey, cuando el fatal cuidado
Y el cortesano estrépito le cansa;
En él ahora al júbilo entregado,
Del fiero pecho la crueldad amansa,
Plácido canto que deleite inspira
Al son de blanda, regalada lira.

Allí cercado del amable coro
Que el de las Houris célicas no iguala,
Quemada en pipa de ambar y de oro,
Planta aromosa el gusto le regala;
Y mientras en hombros de su amada el moro
La sien reclina, de su labio exhala
Humo sūave, que en fragante nube
En leves ondas á perderse sube.

Lánguida acaso mora peregrina
En blando lecho de damasco y flores
Allí voluptuosa se reclina,
Y en sus ojos amor prende de amores;
En tanto que otra de beldad divina
Con aguas de riquísimos olores
Baña la negra cabellera riza,
Que por la airosa espalda se desliza.

Otra de silfas mil tropalasciva
Con diademas de oro y de esmeralda
Saltando en danzas ágiles, festiva
Gira y se enlaza entre gentil guirnalda,
Y deshaciendo el lazo fugitiva,
Desnudo el pecho y la gallarda espalda,
La leve seda, al movimiento vuela
Y sus formas bellisimas revela.

El ojo en vano penetrar desea
La en torno casi trasparente gasa,
Y aunque nada tal vez entre ella vea,
Rápido el pensamiento la traspasa,
Y en tanto en vueltas fáciles ondea
La bella tropa y por las orlas pasa,
Al son sūave de las arpas de oro
Resuena el canto en armonioso coro.

Sonríe acaso y su aspereza olvida
Viéndolas Aldaimón, y tierno lazo
Téjele en tanto su beldad querida
Con dulce beso y con amante abrazo;
A grata calma y á placer convida
Y á deleite suavísimo el regazo
Donde reposa, y por mayor delicia
Blanca y hermosa mano le acaricia».

El cuadro del *Hambre*, tan elogiado por los críticos, es, en efecto, magníficamente aterrador. El cantor sublime de Ugolino tiene en el autor este fragmento un digno rival;

«Mas todo en vano fué; bárbaro estrago
Mientras el hambre en la ciudad hacia;
La muerte ya con silencioso amago
Señalaba sus víctimas impía;
Busca en la madre cariñoso halago
El tierno infante que en su amor confía,
Seco el pecho encontrando: ella le mira,
Y horrorizada el rostro de él retira.

Gime el anciano en lecho de tormento,
Y ya sintiendo la cercana muerte,
Al hijo tiende el brazo amarillento,
Y árido llanto al abrazarlo vierte.
Quién con hórridas muestras de contento,
Feliz creyendo su infelice suerte.

A su padre su misma sangre lleva
Para que de ella se alimente y beba.

Viérase allí grabada en los semblantes
La desesperación: triste suspira
Y eleva aquel las manos suplicantes;
Cuál, mordiendo en sí mismo en ánsia espira,
Tal, clavados los ojos penetrantes,
Morir sus hijos y su esposa mira
Con risa horrible, y muere recrujiendo
Los dientes y las manos retorciendo.

Pálido, y flaco, y lánguido con lento
Paso camina el moribundo hispano:
Sobre su lanza carga el macilento
Cuerpo y se apoya en la derecha mano;
Los ojos con horror, sin movimiento,
Avidos fija sobre el muerto hermano
Y hambriento goza y lo devora, en donde
Avaro cree que á los demás se esconde.

Las calles en silencio sepultadas
Sólo ocupan algunos moribundos,
Las manos reciamente enclavijadas,
Despidiendo tal vez ayes profundos:
Laten en torno entrañas destrozadas
Y miembros de cadáveres inmundos,
Que forzado del hambre asoladora,
Cuál como grato pasto los devora.

Para mayor martirio les presenta
Con recuerdo fatal su fantasía
Los manjares tal vez de la opulenta
Mesa que desdeñaron algún día:
Ora las aves de rapiña ahuyenta,
Avido el moribundo en su agonía
Disputando el festín, y sus gemidos
Se mezclan con los fúnebres graznidos.

Cuál al lanzar el postrimer aliento,
Ve feroz buitre que sobre él se arroja,

Y en la angustia del último momento
Lucha con él en su mortal congoja:
Los dedos hinca con furor violento
En la entraña del pájaro, que, roja
La corva garra en sangre, aleteando,
Va con su pico el pecho barrenando.

El moribundo, lívido el semblante,
Los ojos vuelve en blanco en su agonía,
Mientras tenaz el buitre devorante
Ahonda el pico con mayor porfía;
Mas el hambre le aprieta á cada instante:
El ave más profundizar ansía,
Hasta que así, y el uno al otro junto,
Muertos al fin quedaron en un punto.

En el fragmento último aparece por primera vez el nombre de Pelayo. El fundador del reino de Asturias se esfuerza en consolar á Téudis que llora la pérdida de su hijo y en reanimar al mismo tiempo el valor de sus soldados, algún tanto mohinos.

Comienza una batalla, que bien pudiera ser la de Covadonga:

«—Alto, dije, á la lid: la noche obscura
Protege ¡oh bravos! el intento mío:
O de una vez muramos con bravura,
O camino nos abra nuestro brío;
Tal vez nuestro valor logre ventura,
Tal vez venganza del alarde impío.—
Dije, y al punto un escuadrón formaron
Y en medio á los inermes encerraron.

Con tardo paso, con silencio y calma
A la luz del relámpago partimos,

Llena de angustia y de zozobra el alma,
 Y el ánimo á la muerte apercibimós.
 Del martirio á alcanzar la ilustre palma
 A campo abierto impávidos salimos;
 En torno todo de tinieblas lleno,
 Rugen tansolo el huracán y el trueno.

Entre las densas sombras temerosos
 En cieno y agua hundidos avanzamos,
 Y con ánsia y fatiga, cuidadosos
 Cerca del campo musulmán llegamos:
 Dóblase la zozobra, y silenciosos
 Ante sus tiendas lóbregas paramos;
 Prestas las armas, próximo el combate,
 De miedo el pecho y de esperanza late.»

«Mas á su voz por otra repetida,
 Pronta á su hueste se presenta armada,
 Y con bárbaro ardor, y arremetida
 Fulminase á nosotros agolpada:
 En las cristianas lanzas recibida
 Fué su improvisa cólera estrellada.
 Torna al asalto y dobla la pelea;
 El tercio Ibero resistiendo ondea.

Sigue el rumor, la confusión se aumenta,
 Cuál hunde en las entrañas del amigo,
 Que apartado de él lidiando cuenta,
 El arma destinada al enemigo,
 Este, si descargar el golpe intenta,
 Por alto precipicio dá consigo;
 Tal piensa allí que á su escudron se junta,
 Y halla en el pecho la imprevista punta.»

Por lo que se conoce del *Pelayo*, no es dado afirmar lo que esta obra hubiera sido, de haberla Espronceda continuado, según prometió. «Ensayo»

épico», la llamó él modestamente, y, como ensayo, fué bastante feliz. El plan del poema es imposible adivinarlo. Los caracteres no pasan de esbozos. De la acción, sólo se sabe que comienza á orillas del Tajo; pero es tan sobria, tan bronceína la versificación, hay tanta vida en esos cuadros y anuncian tantas cosas esos héroes, que bien se puede lamentar que el autor del ensayo no persistiese en sus propósitos. El arte con que Espronceda nos conduce de una escena de amor á una batalla, de ésta á un consejo, de una procesión á un alcázar morisco, de un campamento á una ciudad sitiada, es un arte supremo. La poesía en el *Pelayo* no es épica del todo; pero es á trechos elevada, patética y robusta.

¿Tuvo Espronceda la intención de dar una epopeya á España? Acaso y sin acaso, no. El tiempo en que vivía, no era, en verdad, muy á propósito para hacer epopeyas. Es indispensable, si estas obras han de encontrar ambiente, la viva y libre imaginación de las primeras edades; es indispensable que las luces no hayan debilitado aún la fuerza de las creencias, la exaltación de los sentimientos, la variedad y el vigor de los caracteres; sólo puede cantarse la epopeya á pueblos candorosos, á pueblos niños, sensibles á los encantos de las largas narraciones, enamorados de las maravillas, ignorantes de las explicaciones y de los comentarios; sólo entonces el poema épico puede resultar grandioso. Esta fué la razón de la victoria

de Homero y de Tasso. Todo en Homero pertenece á una época vecina de los pueblos pastores; y en Tasso, no solamente la expresión, sino aún las ideas y las imágenes recuerdan la época brillante de la Caballería. Tasso se asemeja á Homero en que ha pintado como él, costumbres verdaderas, usos que no se habían borrado. Los hombres de su tiempo creían en las ideas que él exponía, y sus héroes eran los antepasados de los príncipes que reinaban entonces en Italia. En su poema palpitaban los recuerdos históricos. Y así vemos que los versos de Tasso se han hecho populares. Durante mucho tiempo, los gondoleros de Venecia han cantado las estancias de la *Jerusalém*, como en otro tiempo, sin duda, los pastores de la Arcadia cantaban los versos de la *Iliada* y de la *Odissea*. El pueblo no gusta de las ficciones sabias que exigen cierta erudición; pero repite con placer, de edad en edad, la historia de sus héroes y de sus sacerdotes.

Si á principios del siglo XVI, cuando, con éxito asombroso, se publicaron sucesivamente seis ediciones de la *Crónica del rey don Rodrigo*, atribuida á Eleastres, algún poeta de la época, con inspiración bastante, y suponiendo que el idioma se prestase á este fin, hubiese utilizado aquel asunto para construir una epopeya, esta epopeya hubiera sido verdaderamente popular. El pueblo cantaba por entonces, los viejos romances, donde se referían las malandanzas del último rey godo, y su pasión por la beldad voluptuosa y maldita, fuente

de males para él. Había entonces para la epopeya un ambiente propicio, como lo había para los hechos del caballero andante, cuyo modelo era Amadís. Muy otro el tiempo en que vivía el autor del *Pelayo*, ¡qué lejos estaba Covadonga! Después de la Revolución francesa, habían cambiado totalmente los puntos de vista. Más que el héroe individuo, interesaba el héroe muchedumbre. ¿Qué tenían que ver los pobres súbditos de Fernando VII con el héroe de la Reconquista?

Con ser bastante inoportuna la resurrección del héroe, y á pesar de venir, como diría Musset, «demasiado tarde á un mundo demasiado viejo,» despertó el poema ó la tentativa de poema admiraciones y entusiasmos entre los intelectuales de la época. «Estos fragmentos—decía Alberto Lista—desmienten de la manera más solemne á los que creen ó afectan creer que la epopeya es un género incapaz de interesar á la sociedad actual. Cuando se hacen versos como estos, no se debe desesperar de imprimir interés á una acción grande y que se presta admirablemente á todos los adornos de la novela y de la epopeya.» D. Patricio de la Escosura, entre las obras de Espronceda, prefería los fragmentos del *Pelayo*. Y, en fin, el elocuente y aplaudido D. Joaquín María López, el «pico de oro» de aquel tiempo, al dar su adiós al gran poeta en el cementerio de San Nicolás, lanzaba esta hipérbole: «Como poeta sublime, él ha colocado su pluma al lado de la de Homero y de tantos otros escritores justamente célebres en el género épico.»



CAPITULO VII

En prosa.

Espronceda prosista, es un pariente muy lejano de Espronceda poeta. Cuando el poeta canta, su lira es una orquesta. Mas, á querer loarle en calidad de prosador, se cumple con decir, usando el estilo de su tiempo, que es una «pluma bien cortada». La raza de los editores póstumos, gran calamidad para las letras, se ha ensañado con él: se han desempolvado los trabajos que escribió en las revistas, la mayor parte sobre temas de la política menuda; se le han colgado cosas que se publicaron sin su firma y que, por indicios y barruntos, se juzgó que eran de él; y hasta se ha impreso alguna epístola, no escrita para publicarse, en la que Espronceda, disertando en tono familiar sobre la *Henriada*, de Voltaire y la *Jerusalém*, de Tasso, repite la opinión de Chateaubriand en el *Genio del Cristianismo*.

En la colección de *El Siglo* (1834); en la de *El Español* (1836) y en la de *El Pensamiento* (1841) hay

trabajos en prosa de Espronceda. Discurre á las veces sobre la unidad de tiempo en las obras dramáticas, ó señala, para combatirla, la influencia del Gobierno en las letras, ó ataca, sin hieles en la pluma, á los que juegan á la Bolsa. Ni en estos artículos ni en el folleto titulado *El ministerio Mendizábal* (1836), hay nada que merezca subrayarse ni en las ideas ni en el estilo. Con más dificultad que el verso manejaba la prosa. Y menos mal si hubiese cultivado el género festivo, para el que tenía tal vez algunas condiciones, como se demuestra por las sátiras con que amenizó su *Diablo Mundo*. De aquel período del Renacimiento literario, en el que encontraba tanto eco la risa de Aristófanes, la mejor prosa que ha quedado, es la prosa satírica. Los mejores prosistas eran los que pintaban las costumbres. Lo que más se leía, era el periódico zumbón, intencionado y pendenciero. *Figaro*, *el Solitario*, *Mesonero*, *Gallardo*, *Modesto Lafuente*, y *Santos Alvarez*, que eran entonces los prosistas que iban delanteros, fueron más castizos que Espronceda, más correctos sin duda; pero en la certera observación de tipos y costumbres, no le superaban. ¿Cómo no hubo en aquel tiempo un alma caritativa que le estimulase á cultivar la sátira política ó el cuadro de costumbres ó la pintoresca narración de viajes tan épicos como el que hizo á Portugal? Tal vez no quiso Santos Alvarez, su amigo y consejero y á quien él oía como á un oráculo, tener un rival de tanto fuste.

Su narración del viaje *De Gibraltar á Lisboa* se

publicó en *El Pensamiento*, allá por el año de 1841. Eran los días en que Espronceda gozaba de mayor prestigio, viéndose muy solicitado por los editores de periódicos que buscaban la firma del poeta. Se le pedirían originales, y él, revolviendo sus papeles, ya amarillentos y olvidados, encontraría aquel episodio de su primera juventud, no exento de interés. Solo así se explica de algún modo la publicación algo tardía, de una página escrita desde hacía tanto tiempo. Porque el viaje en cuestión — «Viaje histórico», lo tituló el poeta — es el mismo que emprendió Espronceda después de salir de su encerrona en el convento de Guadalajara, y acerca del cual en esta obra ya se ha discurredo.

Se ve que el autor de las escenas de la balandra sarda no padece aún la enfermedad que en 1830 se llamó «el mal del siglo.» No siente aún el «*taedium vitae*» que fué la marca distintiva de la legión romántica. En medio de los cuadros lastimosos que traza con pincel á lo Velázquez, no se las da de excéptico ni entona salmodias pesimistas. Su tono es jovial, como de un mozo que empieza á vivir, que no ha ahondado aún en el misterio del dolor humano, y que á veces se solaza con el lado risible de las cosas. Hay—es cierto—algún desaliño literario en esas descripciones. Mas la sinceridad y la frescura que halla el lector en esas páginas, tal vez no se vuelvan á encontrar en el Espronceda borrascoso y atormentado por la vida. Desaliñado y todo, el pensador cautiva.

Con desaliño igual, si no mayor, escribían antaño los maestros. Decir sencillamente lo que se ha visto ó creído ver, discurrir poco, no desenvolver el sentimiento ni afectarlo jamás, es lo que hacían los narradores del tiempo viejo.

«Ibamos—dice Espronceda—en una balandra sarda cargada excesivamente de trigo y sumergida en la mar hasta los entrepuentes. Dos marineros, un chico y el capitán, componían toda su tripulación; pero en cambio, encajados y embutidos como guisantes en nuez, tropezábamos unos en otros hasta 29 pasajeros, entre ellos 21 catalanes de lo más rústico y montaráz del Principado; tres mujeres, un comisario de guerra atrabiliario y colérico como un puerco espín y más puntiagudo que una aguja inglesa. Componíamos el resto dos pasajeros tímidos y de humor pacífico y tranquilo, que no podían haber elegido peor compañía para su génio; mi compañero, hombre de pocas penas y aventurero atrevido, y yo, que llevado de mis instintos de ver mundo, había dejado mi casa sin dar cuenta á nadie, y contaba apenas diez y siete años. Una de aquellas mujeres, no he podido averiguar nunca de que país era; solo sí que juraba y maldecía con unción satánica y maestría inimitable en todas las lenguas del mundo. Era una torre de Babel cuando se entretenía en blasfemar, que fué toda la navegación hasta que murió, y llevaba en esto ventaja á los catalanes. Venía enferma y parecía el espíritu maligno. Estaba casada con uno que había hecho la campaña de Rusia con Napoleón, y parecía hombre cachazudo y de empeño. Pocos hombres ha criado Dios de ménos entendimiento. Sin duda en sus viajes encontró en ella la mujer de sus ilusiones y contrajo aquel enlace para sosegar su corazón enamorado. La verdad es que había encontrado su media naranja, como suele decirse. Las otras dos mujeres, si pertenecían al bello sexo, era más por el sexo que por lo bello.

«No he sabido nunca quién ajustó el pasaje ni como nos encontramos reunidos, en tan corto espacio de tablas, tan-

tos hermanos y tan benditos de Dios. Dijéronme que uno se había encargado de todo con la bondad de un padre, que Dios le dé á él tan buenos hijos como allí íbamos, en pago de su buen deseo. Asimismo, aquel hombre bondadoso se había encargado de la provisión de víveres, para nuestro sustento durante la travesía, porque el patrón sólo se encargó de transportarnos como á maletas. Nada hay más santo que la pobreza, y no creo que los lectores no hayan adivinado ya que los que allí íbamos, de todo teníamos ménos dinero. Yo creo que era el más rico, y bien sabe Dios que no me sobraba nada. Pero siempre me he picado de tesón; había emprendido la carrera de emigrado y viajero sin consultar á nadie, y las ilusiones suplían por las cantidades. ¡Loado sea Dios que con tantas ilusiones me echó al mundo, no tanto para mi provecho como para diversión suya, que se ha entretenido en irme las quebrando una por una!»

Con lamentación tan suave y tan discreta, expresa toda la «impiedad» de que era entonces susceptible. Aún no imitaba á Byron ni á Alfredo de Musset. Su jovialidad y su gracejo son puramente castellanos. Su amable ironía no desconsuela. Veán los lectores como pinta, sin abusar del color negro, á sus compañeros de aventuras, y asistamos con él á un episodio que podría acaso titularse «la comida de las fieras.»

«El hombre es animal sociable, y nada hay más grato ni gustoso que una sociedad escogida. De esto sí que no podíamos quejarnos; buscados uno á uno los que allí íbamos con una cerillita, no se podía haber compuesto sociedad mas amable. Verdad es que casi ninguno nos conocíamos ántes; pero, ¡qué importa eso para amarse cuando hay simpatías! Lo mismo fué vernos allí, puesto ya el buque en franquía, empujándonos (tan anchamente íbamos) sobre cubierta, cuando se apoderó de todos nosotros la mas encantadora desespe-

ración, y desplegamos el genio más indulgente y suave que puede imaginarse el de más imaginación. No parecía sino que el mismo demonio nos había engendrado en uno de sus más infernales arrebatos. Mirámonos todos como si nos fuéramos á devorar, y hasta los viajeros pacíficos parecía que les picaban con alfileres de á ochavo. El primero que armó pendencia fué el colérico comisario sobre si había lugar ó nó bastante para estar de pié, y habiéndole respondido uno de los catalanes que podía haber tomado un navio de tres puentes para él sólo, fué tanta la cólera que le dió, que tiró sin más ni más de un espadín de ceremonia que por decoro ceñía, y se arrojó sobre él á atravesarle de parte á parte. Desenvainó el otro una navaja de á cuarta, alborotámonos todos, izó el patrón bandera de socorro, pidiendo favor á los buques que había en el puerto. Sujetamos como pudimos al catalán y al comisario, que ni aún reñir podían por falta de espacio, y esta fué la primera jarana apénas habíamos puesto pié en el buque. Yo, como tenía pocos años y ninguna experiencia, no cesaba de bendecir á Dios que en tan buen camino de aprender me había puesto. Seguimos con el mismo amor, y aquella noche la pasamos como pudimos, unos sobre otros, hasta el siguiente día que la balandra se dió á la vela. Allí fué ella; todos nos mareamos, y, como había tantas comodidades, era aquello una delicia. Los catalanes culpaban al patrón de que hacía vela con rumbo á España para que nos fusilara Fernando VII, y querían matarle; el comisario no podía sufrir que, en lo más mínimo, se le faltase al decoro, y mascaba cólera y reñía á cada paso. Pero lo bueno fué cuando llegó la hora de comer.

«Consistían las provisiones que aquel hombre providencial había comprado para la travesía, en un bacalao que, como suela de zapato, se resistía al diente, y sabroso como una salmuera; en unos saços de unas guindillas para avivar el apetito, que parecían carbones hechos áscua en el color y el sabor, y en unas largas ristras de ajos, que así alegraban la vista como contentaban el ánimo, por si faltaban estimulantes que añadir al arróz, que, mezclado y

compuesto con todo lo dicho, componía un rancho capaz de irritar y convertir en condenado al santo más santo y honrado de toda la corte celestial. Figúrese el lector comida tan semejante cómo pondría á unos hombres que, al entrar en aquel malhadado barco, habían quedado sólo con el bastante amor para no despedazarse unos á otros. Sobre todo considere la ira que se apoderaría del comisario, que aún antes de probar bocado no podía aguantarse á sí mismo. Dividimonos todos en diferentes rancherías, y con cucharas de palo dimos principio, puestos en torno de las cazuelas, á abrasarnos vivos. A cada bocado era de ver el prodigioso trastorno que se operaba en las fisonomías. Las mejillas se ponían rubicundas, los ojos se encandilaban y enfurecían, los labios se hinchaban y encendían, sudábamos copiosísimamente y abríamos carleando las bocas buscando aire que refrescase el paladar. Pues interiormente... cada uno de nosotros llevaba un volcán en el estómago. Comer lava del Vesubio hubiera sido más fresco. Los nervios, rígidos y tirantes, crujieron como cuerdas de guitarra; tal nos apretaba todas las clavijas de nuestra máquina la untura de picante y salmuera con que nós regalábamos. Llegó la hora de beber, y si sana y suave era la comida, la bebida no le iba en zaga. Destaparónse unos frascos de Ginebra, la más torcida, áspera y endiablada que había podido hallar nuestro bendito y paternal abastecedor. Dios no le dé á él jamás otra bebida. Yo estaba aguardando á ver cuándo empezábamos á arrojar llamas, y más de una vez temí la combustión espontánea. En esto, uno de los catalanes dijo que no había comido ni bebido mejor en toda su vida. Respondió el comisario con la lengua trabada, y jadeando de calor, la boca hecha ascua y los ojos fuera ya de sus órbitas, que era menester ser un bestia para decir aquello. Contéstole el otro diciéndole que él le parecía muy delicadito. Repuso el comisario, y todo esto con mucha furia, que no era nadie capaz de resistir más que él, y que, en caso necesario comería pedernales. Respondió el otro, mezclámonos todos en la conversación, y concluimos por tirarnos las cazuelas y aborrecernos más, si era posible. Yo

me fui luego á una cuba y me harté de agua, y ni aún así podía respirar sin quemarme las encías. La mujer cosmopolita, dulce mitad del veterano de Rusia, ya estaba enferma; la comida le produjo una inflamación de vientre. Dijeron todos que aquello no sería nada. A mi compañero se le ocurrió que algunas cataplasmas de harina de linaza la convendrían; pero como no se las hubiese aplicado de ajos molidos y guindillas picadas, no había otra cosa en el barco de que componerlas. Bajarónla al camarote, donde se tendió sobre unos baules. La infeliz juraba, que no parecía sino que se las quería apostar con Satanás en persona. Yo, que tenía entonces muchas más ilusiones por las mujeres que tengo ahora, me convencí con aquello de que el amor y la ternura son dotes naturales del bello sexo. Así pasamos aquel día y el estrecho de Gibraltar. Al anochecer, vuelta al rancho y vuelta á convertirnos en fraguas. Teníamos hambre y temíamos la hora de comer. No sabíamos como hacer para distraernos. Al día siguiente vientos contrarios, y caminábamos bordeando. Pero al tercero fué lo bueno.»

Y en efecto, el tercer día de viaje, hay una borrasca gorda, que no es tan sublime como otras que cantan los poetas ni aun como aquella que el viajero de esa nueva barca de Caronte había descrito en el *Pelayo*, pero que es, sin duda, el fiel traslado de cosas que se han visto. Quién por las zarzuelas y las óperas, sólo conozca las borrascas, verá una muy real y verdadera en el cuadro que sigue:

«Había entrado la noche dos horas ántes á lo menos de lo que debiera, tan cubierto y asombrado de nubes estaba el cielo, y no se veían los dedos de la mano. Las olas de la mar rugían calenturientas, como si hubiesen probado de lo que comíamos. De cuando en cuando nos deslumbraba un

relámpago semejante á los ojos de Lucifer que se asomaba á las nubes. El barco iba tan cargado que navegaba casi debajo del agua. El patron parecia cuidadoso, y yo casi deseaba que nos anegásemos por no volver á comer más picante. Temblaban los palos de la balandra, temerosos de la tempestad. Mandó el patrón recoger rizos y oíase un ruido lejano como el de una populosa ciudad amotinada. Cualquiera otro que no hubiéramos sido nosotros habría sentido temor; solos, en una avellana en medio del Océano, próximos á estrellarnos contra las rocas de San Vicente y amenazando un temporal espantoso. El comisario y yo aquella noche no sabíamos dónde hacer la rueda, como dicen vulgarmente. Parecióle al buen hombre, y me lo comunicó con efecto, porque apesar de sus iras tenía buen fondo, que no había mejor sitio ni más á propósito para descansar que la popa, mientras los otros se habían recogido en la cámara unos sobre otros, como podían, porque en la bodega no cabía mas que el trigo de que iba llena. Seguí su consejo, porque, además de ser hombre de más experiencia que yo, no me atreví á contestarle de miedo de que se irritara.

Poco tiempo permanecimos allí, y no manifestó mucho tino en la elección de sitio. Un maldito palo cruzaba por cima de nuestras cabezas, aforrado en lona, con tanto impetu, que, recogidos y en cuclillas como estábamos, teníamos que bajar las cabezas cada vez que, bramando, pasaba sobre nosotros. A cada paso teníamos que agacharnos para que no nos desbaratara los cráneos con su empuje. Nos entró tal sofocación y angustia con el continuo movimiento, que ni respirar podíamos. Por último, tuvimos que irnos de allí y no sabíamos adónde. Propúsele bajar á la cámara, aunque allí nos ahogáramos de calor, tanto mas, cuanto que la tempestad empezaba ya, y comenzó á diluviar con tal furia, que estábamos ya hechos una sopa y allí estorbábamos para la maniobra. Si permanecemos más tiempo, vamos al mar sin remedio. Las olas se llevaron la obra muerta, y el viento quebró el maldito palo, causa de nuestra agonía. Recogímonos á la cámara, donde estábamos como almas en pena. Había en ella una estampita de San

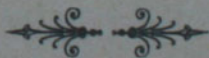
Genaro, y un farolito á sus pies daba una luz moribunda. La enferma, tirada sobre un baul, divertía sus dolores con sus blasfemias; á su lado estaba su marido sin decir palabra, con una cara que no había más que pedir. Los demás, revueltos y enredados unos en otros como los ajos de las ristras. Quedámonos el comisario y yo hechos un ovillo. Uno de los viajeros pacíficos que había entrado gordo y estaba ya acartonado, no hacía sino vomitar. Las otras dos mujeres seguían su ejemp.o. No sé qué se me ocurrió, que se lo comuniqué á mi compañero, y respondiome él algo que me hizo reír. Parecióle esto mal al esposo de la moribunda, y me preguntó si yo creía que aquella era hora de reirse. Contestele con insolencia me dijese á que hora le parecía á él que yo me había de reír, con lo que, sin mas ni más, se dirigió á pegarme con el puño levantado. Los vaivenes del barco, que parecía un zarandillo arrebatado por las olas, la estrechez del sitio y la mucha gente que estaba apiñada, le hicieron perder el equilibrio y sacudir el golpe á uno de los catalanes. Encolerizose éste y sacudió al otro y enredámonos todos á golpes. Rompiose el farol y se apagó la luz. No se oían sino maldiciones y los bramidos del mar. Parecía aquello el castillo encantado de la zarabanda con lo de ande la zarabanda y repiquen las campanas. En fin, sosegámonos, porque no había otro remedio, y fuimos saliendo unos tras otros á la cubierta. Amanecía ya, y había amainado la tempestad, que no fué poca fortuna que durase tan pocas horas. Sacábamos unas caras, que nos mirábamos con horror. En esto el sol salía de las olas brillante de esplendor y belleza; la brisa, fresca y apacible, rizaba las olas mansamente, aunque algo alteradas de la pasada borrasca, y la nubes que quedaban acá y allá se teñían de color de grana. La balandra vogaba lentamente como una boya en medio de aquella sábana inmensa de agua. Respirábamos nosotros con codicia el aire suavísimo de la madrugada. A mí me pareció que habíamos salido del caos. Los sucesos de la noche pasaban por mi cabeza como desvarios de una fiebre. Yo no cesaba de contemplar el sol que poco á poco salía sobre un trono de nubes de fuego es-

parciendo luz y alegría al mundo. Las olas, reflejando sus rayos, parecían de oro. No me acuerdo en toda mi vida de mañana más hermosa. Si no hubiera temido la mofa, en mi arrebató, hubiera corrido á abrazar á mis compañeros. Fué el único momento del viaje en que no los odié. Hacía rato ya que estábamos sobre la cubierta, cuando vimos salir de la cámara, con el cadaver de su mujer al hombro, al esposo que atrapó aquella ganga en Rusia y había hecho la felicidad de su vida. La pobre mujer, sin duda, había espirado entre los apretujones y puñetazos de la quimera de la noche pasada. Quizá habría alguno descargado á bulto sobre ella, precipitando su muerte. Venía tan estirada y tiesa sobre su marido, y tenía tan contraída la boca, que se conocía había muerto profiriendo alguna de aquellas lindezas que tanto la habían agraciado en su vida. La cara del marido parecía de acero, con cierta mezcla de cólera y resignación. La traía á cuestas, y no nos miró á ninguno, y llegando al borde del buque, la cojió en brazos, la miró un momento, le asomó apenas una lágrima que parecía no mojaba, y la tiró al agua diciendo: *al avio*, y arrojóle redondo y seco. Las olas escondieron el cuerpo; volvió el marido tranquilamente la espalda al mar y seguimos nuestra navegación con la misma indiferencia que iba el buque cortando las olas. Yo no sé si envidié la suerte de aquella mujer cuando de allí á poco tiempo nos pusimos á cemar. En fin, llegamos á Lisboa, que yo creí que no llegábamos nunca. Hicimos cuarentena, que fué también divertida; visitónos la sanidad, y nos pidieron no sé que dinero. Yo saqué un duro, único que tenía, y me devolvieron dos pesetas, que arrojé al río Tajo, porque no quería entrar en tan gran capital con tan poco dinero».

De estas interesantes impresiones, el público contemporáneo sólo conoce el ademán que adopta el autor al concluir las. Ferrer del Río, primer biógrafo y apologista del poeta, consignó el rasgo valeroso de las «dos únicas pesetas», arrojadas al río.

Copiando siempre á aquel biógrafo, se repitió la anécdota, merced á la cual se ha conservado la leyenda de un Espronceda hecho una lástima, menesteroso y vagabundo. Por dicha suya, no fué esto. Por el tiempo en que emprendió aquel viaje, era un mozo elegante, de los que se llamaban «lechuguinos,» que se paseaban por el Prado ó lucían el traje en las verbenas, admirados por las damiselas, no menos emperifolladas...

Aparte de esto, en la balandra sarda — que no naufragó, porque llevaba al poeta y su fortuna — todo está visto con certeros ojos y copiado con pluma muy sincera. Hay en el frágil barquichuelo, más realidad que en el velero y archifamoso bergantín que en la célebre *Canción del pirata*, «con diez cañones por banda, no corta el mar, sino vuela.»





CAPÍTULO VIII

En la lírica.

«¿Qué la virtud, la pureza?
¿Qué la verdad y el cariño?
¡Mentida ilusión de niño
que halagó mi juventud!
¡Dadme vino!... En el se ahoguen
mis recuerdos...; aturdida,
sin sentir, huya la vida;
paz me traiga el ataud.»

Quien así solloza es Espronceda, víctima ya del «mal del siglo.» Quien así niega la virtud, posee una madre virtuosa y que por él se sacrifica; quien así blasfema del amor, es bien amado; quien de ese modo se retuerce en el potro de la desesperación; quien en su copa cincelada por el genio de Grecia, vierte el alcohol de los garitos, es un joven para el cual la vida ha sido clemente. Vino á ella ya predestinado para la gloria y la fortuna. Trajo al nacer todos los dones que, al servicio de la voluntad, dan en el combate del vivir, la

prez de la victoria. Nació entre los privilegiados. No conoció nunca la pobreza. Buscó la gloria, y la encontró temprano. Estuvo exento de las dificultades que suelen torcer las vocaciones. Con su negra cabellera riza, jugaron beldades hechiceras, y y hasta aquella que le abandonó, le abandonó adorándole. ¿Cómo entonces nos viene con la historia de que «la vida es un tormento», pretendiendo usurpar la compasión de que debemos ser avaros, ya que los infortunios verdaderos, los que no se cantan ni se lloran á los dulces sonos de la lira, la están reclamando á todas horas con más razón y más derecho á nuestro corazón atormentado por la contemplación eterna de tanto dolor inmerecido, de tantos ensueños malogrados, de tantas lágrimas vertidas en la obscuridad y en el silencio?...

No hay que tomar muy por lo serio la desesperación de este filósofo de la casa llana, que se va á un burdel á descifrar entre los brazos de Jarifa el enigma del destino humano... Su voz es la voz que se oye entonces en toda la Europa literaria. Es la lamentación sonora de la legión romántica, que va paseando por el mundo las quiméricas pompas de su espíritu. Arrulla, es verdad, muy dulcemente el sueño de la vida: pero la audaz y vocinglera legión romántica, se compone principalmente de neurópatas, egoístas, melancólicos y soberbios, homicidas lentos de su propia conciencia y voluntad, que falsifican y corrompen la sincera visión del mundo y cuya acción es un tejido de aspiraciones ideales y de bajezas innobles. Sin

embargo, Espronceda, con ser el primer lírico del romanticismo castellano—el catalán tomó otros rumbos—, no exagera la nota satánica y sombría. Por el canto *A Jarifa*, en el que se dice que es mentira todo,—todo, en efecto, más sin excluir el gesto del cantor—pasa, sin duda, gimoteando, la sombra de Musset. Pero, ¡qué diferencia tan enorme entre el amante temporero de la vulgar Jarifa, y aquel infeliz autor de *Rolla*, á quien llamaba un crítico «mademoiselle Byron!...» Este se encenaga en los placeres, é impotente para luchar contra su propio corazón, se rinde, indefenso, á la fatalidad inexorable. Espronceda no llega á aclimatarse en la sensualidad y el desenfreno, y esa Jarifa en cuyos brazos busca el reposo y el olvido es, en la vida del poeta, una sombra fugaz. Musset, en su suprema angustia, en su infinito desconuelo, como ha observado Taine, «no mintió nunca». La mitad, al menos, de las penas del vate español, son afectadas. Satánico es, como su época; pero es un Satán muy atenuado éste que á vuelta de plantearse el eterno, abrumador conflicto entre la fe y la duda, halla la solución diciéndose:

«Que así castiga Dios al alma osada
que aspira loca en su delirio insano
de la verdad para el mortal velada
á descubrir el insondable arcano.»

Las reflexiones como esta—digna de servir de tema para cualquier sermón de capuchino—en Espronceda no son raras. Á través de las sombras

de su espíritu, descúbrese á las veces un rayo de la luz cristiana que brilló sobre su cuna. Los románticos son profundamente religiosos, y se puede citar, en prueba de ello, la conmovedora *Ave María* que reza Byrón en *Don Juan*. Pero en el *mea culpa* de Espronceda no está el romanticismo. El poeta habla como un cura que acaba de salir del seminario. Es un intransigente neo católico; condena el libre examen; declara que el empleo de la inteligencia, independiente de la fe, en toda especulación é investigación sobre los primeros principios, es una criminal osadía, un *insano delirio*, que nos lleva por fuerza á ruina espantosa, en justo castigo que impone Dios. De esto á la condenación de la «fatal manía de pensar», hay poco camino. Aún reconociendo que en España, como indica Valera, cuando alguien escribe en verso, no tiene plena conciencia de lo que dice, y aún sabiendo también cómo se escribe cuando se busca el sonsonete, importa subrayar esta ortodoxia del vate que pasa por impío. Ha podido verse más atrás, que el radicalismo de Espronceda en la política española, no es tan fiero como se ha pintado; se le ve ahora, en lo tocante á la materia religiosa, casi en olor de santidad...

Se ha dicho que de todas las poesías de José de Espronceda, la que más retrata su pensamiento y su carácter, es *Á Jarifa en una orgía*: acaso es verdad, pero añadiendo — porque Espronceda cambia mucho en el decurso de su vida:—el pensamiento y el carácter del poeta español desde

1836 á 1840, época en la cual su pensamiento y su carácter comienzan á modificarse, esbozándose en él un hombre nuevo. El *canto á Jarifa* marca para él aquel período en que, rota su unión con la mujer que fué el tormento y la delicia de su adolescencia tumultuosa, buscó en la Venus mercenaria un alivio á sus penas. Sólo consiguió, como era lógico, ponerse en la necesidad de hacer alguno que otro viaje á unas termas, ya entonces reputadas, de la provincia de Murcia. Pero el alivio á sus dolores, más imaginarios que efectivos, se lo trajo el tiempo derramando sobre su mudable corazón el agua del Leteo. Otras mujeres, poseídas de una dulce piedad, coadyuvaron á la curación del melancólico poeta, tan joven y ya tan infeliz, y á quien una ingrata había tratado tan inhumanamente. Y aquellas gentes que admiraban en la colección de las *Poesías*, publicada en 1840, el canto *Á Jarifa*, escrito algunos años antes, tal vez ignoraban que el poeta estaba ya restablecido, merced á los cuidados íntimos de una «general» entonces célebre por su hermosura singular, y á quien el poeta, agradecido, dedicó la obra en un soneto, al que precedían dos iniciales, á través de las cuales todo el mundo—menos, naturalmente, el general—vió el nombre y apellido de una dama tan bella y tan caritativa. . . Si alguien deseara remover cenizas amorosas, podría agregarse á este capítulo de los amores de Espronceda, algo que las malas lenguas decían á la sazón, mezclando el nombre del poeta con el ya ilustre

de una hermosa poetisa cubana, llegada entonces á Madrid, y á la que esperaba más de un triunfo en la escena española. Y aún se añadía que estas andanzas amorosas, no eran del todo incompatibles con cierta vaga aspiración á contraer nupcias legítimas, y, á ser preciso, hasta prosaicas, dando la razón al santo que había dicho tan discretamente: «Es mejor casarse que quemarse.»

No ha de contarse ahora cómo trataba á las mujeres de carne mortal el melancólico poeta. A la simbólica *Jarifa* la trató á speramente, y, en vez de ser para con ella el indulgente moralista que lo comprende todo y lo perdona todo, le dice—¡oh gran descubrimiento!...—que su ternura es falsa y que sus besos son mentira... En la canción de *Childe Harold* á Inés, Byron es mil veces más piadoso. Y es que Byron, en todo lo que hace y en todo lo que piensa, es un hombre de mundo, que contempla la miseria humana sin hacer aspavientos. Espronceda, en cambio, es constantemente un niño grande. Hay ciertamente semejanzas entre el autor de *Childe Harold* y el poeta español; pero éste no es, como se ha dicho, un mero imitador del lord aventurero. Y, sin embargo, casi toda la crítica honda consagrada á Espronceda, se reduce á afirmar—sin demostrarlo, por supuesto—, que imitó á Byron. Si Espronceda hubiese confesado estas imitaciones, como hizo con respecto á Ossian en *Oscár y Malvina* ¿en qué hubiesen entonces empleado su intelecto los críticos?

Estas imitaciones son muy vagas: además, son

muy pocas. D. Juan Valera, que es el único que cita los textos imitados, ve entre algunos trozos de lord Byron y otros de Espronceda estas semejanzas: entre la canción de *Childe Harold* á Inés, y la canción *Á Jarifa*; entre el primer párrafo del canto primero de *El Corsario*, y la célebre *Canción del pirata*; entre la carta de Julia á D. Juan, y la de Elvira á D. Félix en *El Estudiante de Salamanca*; y entre las digresiones y genialidades del poema *Don Juan* y las de *El Diablo Mundo*. Con respecto á esto último, basta haber leído el *Tristram Shandy*, de Sterne, para comprender que no fué á Byron, sino al humorista inglés á quien el autor de *El Diablo Mundo* imitó en las festivas digresiones que abundan tanto en su poema. Donde está el espíritu de Byron, más que en ninguna obra de Espronceda, es en Sancho Saldaña, de la novela de este título. Sancho, en efecto, es un personaje lírico de la misma casta y catadura que la mayor parte de los héroes del Olimpo «byrónico».

Estas imitaciones, del mismo modo que las otras que se han visto en *El canto del cosaco* y en la elegía *A la patria* (1) no merman la gloria de Espronceda como poeta original. Los románticos se imitaban los unos á los otros, inconscientemen-

(1) Según Valera, cuyo juicio copia, dándole como suyo, el padre Blanco García, Espronceda, en *El canto del cosaco* imita á Béranger, «aunque igualándole, si es que no le vence.» Y en la elegía *á la Patria*, al decir de Escosura, la primera estrofa de Espronceda recuerda otra de Quintana.—(N. del A.).

te. Chateaubriand, en sus *Memorias de Ultratumba*, acusa á lord Byron de haberle tomado su *René* para convertirlo en *Childe Harold*. Y Goethe, hablando de *Manfredo*, escribía: «Esta tragedia de Manfredo me ha impresionado mucho. Este poeta metafísico se ha apropiado mi *Fausto* para alimentar su hipocondria». Pero Byron no sabía alemán ni había leído el *Fausto*...

Lo cierto del caso es que los vates del romanticismo, los pesimistas de estro indómito, sin que se propusiesen imitarse los unos á los otros, tenían cierto aire de familia. Ya someramente se ha explicado en el capítulo IV, cómo los poetas de aquel tiempo comprendían su misión, que no era por cierto la que cumplen en los tiempos actuales los industriales ó covachuelistas que cultivan las letras, dando á esta noble y pura ocupación del alma el carácter de una profesión prosaicamente lucrativa. El poeta entonces no escribía ni debía escribir por arte, sino por inspiración; su existencia debía tener algo de excepcional y de extravagante; hasta en el vestido se debía diferenciar el poeta de los demás hombres; y el universo mundo le debía considerar como á un apóstol con misión especial que cumplir en la tierra. Víctima de su misión y de su genio, no comprendido por el vulgo, el poeta debía ser infeliz, debía ser una *planta maldita con frutos de bendición*. En sus amores, debía aspirar el poeta á un ideal de perfección que nunca se realizase en el mundo, ni por asomo se hallase en mu er alguna, y sin embargo, amar á

una mujer con delirio, imaginando ver en ella á la maga de sus sueños, á la paloma del diluvio y á la *rosa de Jericó*: mas al cabo debía *palpar* la *realidad*, conocer lo vulgar del objeto de sus amores, maldecirle y menospreciarle, y llorar sus *ilusiones perdidas*; ya blasfemando de Dios y de sus santos, ya echándose á los pies de los altares y entonando plegarias á la Virgen y á Jesucristo.

Otra de las manías de los románticos, presentada de mil maneras diferentes, consecuencia del malestar y agitación de los espíritus y presentimiento del socialismo, era la idealización de los hombres patibularios y la creencia de que sus crímenes se debían imputar, no al destino inflexible, no á alguna divinidad malévola, como ocurría en la familia de Atreo, en Medea, Mirra, Fedra y otros héroes y heroínas del gentilismo, sino á la sociedad mal organizada y á la grandeza de sentimiento de los tales héroes, á quienes esta mezquina sociedad les venía estrecha.

Espronceda no pudo substraerse á la mentalidad romántica, y en poesías cuya acción es más oratoria que poética, como *El Mendigo*, *El Reo de muerte* y *El verdugo* pagó su simpático tributo al humanitarismo de la época.

He aquí la popular composición titulada *El reo de muerte*:

«Reclinado sobre el suelo
Con lenta, amarga agonía,
Pensando en el triste día
Que pronto amanecerá;

En silencio gime el reo
Y el fatal momento espera
En que el sol por vez postrera
En su frente lucirá.

Un altar y un crucifijo
Y la enlutada capilla,
Lánguida vela amarilla
Tiñe en su luz funeral;
Y junto al mísero reo,
Medio encubierto el semblante,
Se oye al fraile agonizante
En son confuso rezar.

El rostro levanta el triste
Y alza los ojos al cielo;
Tal vez eleva en su duelo
La súplica de piedad.
¡Una lágrima! ¿es acaso
De temor, ó de amargura?
¡Ay! ¡A aumentar su tristura
Vino un recuerdo quizá!!!

Es un jóven, y la vida
Llena de sueños de oro,
Pasó ya, cuando aún el lloro
De la niñez no enjugó:
El recuerdo es de la infancia,
¡Y su madre que le llora,
Para morir así ahora
Con tanto amor le crió!!!

Y á par que sin esperanza
Ve ya la muerte en acecho,
Su corazon en su pecho
Siente con fuerza latir;
Al tiempo que mira al fraile,
Que en paz ya duerme á su lado,
Y que, ya viejo y postrado,
Le habrá de sobrevivir.

¿Mas qué rumor á deshora
Rompe el silencio? Resuena
Una alegre cantilena,
Y una guitarra á la par,
Y gritos y de botellas
Que se chocan, el sonido,
Y el amoroso estallido
De los besos y el danzar.
Y tambien pronto en són triste
Lúgubre voz sonará:

*¡Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar!*

Y la voz de los borrachos,
Y sus brindis, sus quimeras,
Y el cantar de las rameras,
Y el desórden bacanal
En la lúgubre capilla
Penetran, y carcajadas,
Cual de léjos arrojadas
De la mansion infernal.
Y tambien pronto en són triste
Lúgubre voz sonará:

*¡Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar!*

II

¡Maldicion! al eco infausto,
El sentenciado maldijo
La madre que, como á hijo,
A sus pechos le crió;
Y maldijo el mundo todo,
Maldijo su suerte impla,
Maldijo el aciago dia
Y la hora en que nació,

Serena la luna
Alumbra en el cielo;
Domina en el suelo
Profunda quietud:
Ni voces se escuchan,
Ni ronco ladrido,
Ni tierno quejido,
De amante laúd.

Madrid yace envuelto en sueño,
Todo al silencio convida,
Y el hombre duerme y no cuida
Del hombre que vá á espirar;
Si tal vez piensa en mañana,
Ni una vez piensa siquiera
En el misero que espera
Para morir, despertar:
Que sin pena ni cuidado
Los hombres oyen gritar:

*¡Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar!*

¡Y el juez tambien en su lecho
Duerme en paz! ¡Y su dinero
El verdugo, placentero,
Entre sueños cuenta ya!
Tan sólo rompe el silencio
En la sangrienta plazuela
El hombre del mal que vela
Un cadalso á levantar.

Loca y confusa la encendida mente,
Sueños de angustia y fiebre y devaneo
El alma envuelven del confuso reo,
Que inclina al pecho la abatida frente.

Y en sueños
Confunde
La muerte,
La vida:

Recuerda
 Y olvida,
 Suspira,
 Respira
 Con hórrido afán.

Y en un mundo de tinieblas
 Vaga, y siente miedo y frío,
 Y en su horrible desvarío
 Palpa en su cuello el dogal;
 Y cuanto más forcejea,
 Cuanto más lucha y porfia,
 Tanto más en su agonía
 Aprieta el nudo fatal.
 Y oye ruido, voces, gentes,
 Y aquella voz que dirá:

*¡Para hacer bien por el alma
 Del que van á ajusticiar!*

O ya libre se contempla,
 Y el aire puro respira,
 Y oye de amor que suspira
 La mujér que un tiempo amó,
 Bella y dulce cual solía,
 Tierna flor de primavera,
 El amor de la pradera
 Que el Abril galan mimó.

Y gozoso á verla vuela,
 Y alcanzarla intenta en vano,
 Que al tender la ansiosa mano
 Su esperanza á realizar,
 Su ilusión la desvanece
 De repente el sueño impío,
 Y halla un cuerpo mudo y frío
 Y un cadalso en su lugar:
 Y oye á su lado en són triste
 Lúgubre voz resonar:

*¡Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar!*

De otro lado, la pasión política inflama su mente, y siguiendo los cánones que había promulgado Víctor Hugo en el preámbulo del *Cromwell*, especie de código de los románticos franceses, combate por la libertad, fustiga á los déspotas y defiende á los desheredados. Este grupo de composiciones por la política inspiradas, é improvisadas las más de ellas, son de un valer muy relativo, y practicando algunas podas en las florestas literarias del poeta político, tal vez se salvarían únicamente el magistral soneto *Á la muerte de Torrijos* y la elegía de corte bíblico que dedicó á la patria. Pero las poesías en que Espronceda llega á la perfección son aquellas que, como el himno *Al Sol*, la *Canción del pirata* y el romance *A la noche*, tienen más imágenes espléndidas que filosofías baratas. Del mismo modo lo entendía el público de aquella época, que aplaudía en los salones y en las veladas del Liceo la *Canción del pirata*, cuyas copias corrían de mano en mano, y que puesta en melodiosa música por un compositor muy distinguido, era cantada en las tertulias de primer rango de la Corte.

Hace setenta años que fué escrita la *Canción del pirata*, y aun está fresca esta poesía, tan soberbiamente concebida, tan armoniosamente versificada, tan bien dispuesta en todas sus partes, tan bella en su material estructura é indefinida variedad de metros.

Oid, oid una vez más el canto de uno de los héroes más gratos al romanticismo:

«Con diez cañones por banda,
Viento en popa á toda vela,
No corta el mar, sino vuela
Un velero bergantín:

Bajel pirata que llaman,
Por su bravura, el *Temido*,
En todo mar conocido
Del uno al otro confín.

La luna en el mar riela,
En la lona gime el viento,
Y alza en blando movimiento
Olas de plata y azul;

Y vé el capitán pirata,
Cantando alegre en la popa,
Asia á un lado, al otro Europa,
Y allá á su frente Stambul.

»Navega, velero mío,
Sin temor,
Que ni enemigo navío,
Ni tormenta, ni bonanza
Tu rumbo á torcer alcanza,
Ni á sujetar tu valor.

«Veinte presas
Hemos hecho,
A despecho
Del inglés,
Y han rendido
Sus pendones
Cien naciones
A mis piés.»

*Qué es mi barco mi tesoro,
Qué es mi Dios la libertad,*

*Mi ley la fuerza y el viento,
Mi única patria la mar.*

«Allá muevan feroz guerra
Ciegos reyes
Por un palmo más de tierra:
Que yo tengo aquí por mío
Cuanto abarca el mar bravío,
A quien nadie impuso leyes.

»Y no hay playa,
Sea cualquiera,
Ni bandera
De esplendor,
Que no sienta
Mi derecho,
Y dé pecho
A mi valor.»

Que es mi barco mi tesoro.....

«A la voz de «¡barco viene!»
Es de ver
Cómo vira y se previene
A todo trapo á escapar;
Que yo soy el rey del mar,
Y mi furia es de temer.

»En las presas
Yo divido
Lo cogido
Por igual:
Sólo quiero
Por riqueza
La belleza
Sin rival.»

Que es mi barco mi tesoro.....

«¡Sentenciado estoy á muerte!
Yo me rio:

No me abandone la suerte
 Y al mismo que me condena,
 Colgaré de alguna entena,
 Quizá en su propio navío.

»Y si caigo,
 ¿Qué es la vida
 Por perdida
 Ya la di,
 Cuando el yugo
 Del esclavo,
 Como un bravo,
 Sacudí.»

Que es mi barco mi tesoro... »

Son mi música mejor
 Aquilones:
 El estrépito y temblor
 De los cables sacudidos,
 Del negro mar los bramidos
 Y el rugir de mis cañones.

»Y del trueno
 Al són violento
 Y del viento
 Al rebramar,
 Yo me duermo
 Sosegado,
 Arrullado
 Por el mar.»

*Que es mi barco mi tesoro,
 Que es mi Dios la libertad,
 Mi ley la fuerza y el viento,
 Mi única patria la mar».*

Nadie, exceptuando solamente al joven Zorrilla, fué más popular que Espronceda. La crítica —¿existía acaso por entonces?— no le estudió hondamente.

pero el poeta consiguió lo que realmente vale más que las alabanzas oficiales de las academias y de las sociedades eruditas: es decir, el homenaje, delicadamente anónimo, de sus amigos signorados, de sus admiradores desconocidos, y de esas multitudes condenadas á la perpetua alternativa de la risa y las lágrimas y entre las cuales dispersó, al azar de su fantasía, el eco de su ironía ó de su entusiasmo, el reflejo de sus metamorfosis sentimentales y el grito de su amor y de su desesperación. Entristecía ese lirismo desolado que resulta de las disonancias profundas que el cantor de Teresa había encontrado en la armonía aparente de la dicha amorosa... Se le seguía, de etapa en etapa, de obra en obra, desde las estrofas del *Pelayo*, en que celebra el heroísmo, hasta las poesías triunfales en que apostrofa al Sol. Del preludio al epílogo, se veía nacer, crecer, desarrollarse, desenvolverse en variaciones, un canto de ternura apasionada y de nostalgia melancólica, entrecortado por sollozos, interrumpido por invectivas, exasperado á veces por la cólera, mezcla única de poesía y de elocuencia, de idealismo y de verdad, de «humour» y de tristeza, de esperanza y de desilusión. Se defendía contra el olvido, contra la amenaza cruel de la frivolidad humana, la sonrisa dulce y candorosa de la *Serenata*, las finas modulaciones de *El Pescador*, el sueño frágil de *Á una estrella*, el sudor de agonía que se destila gota á gota del *Canto á Jarifa*, y no sólo esto, mas también las pequeñas medallas, los fragmentos de metal purísimo donde se grabó la

imagen de un sueño fugaz, los trozos de vida, los centelleos de amor, las ruinas ligeras de la dicha, las llamas furtivas del despecho, y todo, en fin, hasta el más leve átomo de esa ceniza luminosa, parecida al polvo de un diamante destrozado y deshecho...

El poeta mismo que en la *Canción del pirata* hace sonar con tal vigor la trompa épica, sabe, sin embargo, con la suavidad y la ternura de Meléndez decirnos:

«Pescadorcita mía,
Desciende á la ribera,
Y escucha placentera
Mi cántico de amor;
Sentado en su barquilla,
Te canta su cuidado,
Cual nunca enamorado,
Tu tierno pescador.

La noche el cielo encubre,
Y calla manso el viento,
Y el mar sin movimiento
Tambien en calma está;
A mi batel descende,
Mi dulce amada hermosa:
La noche misteriosa
Tu faz alegrará.

Aquí apartados, solos,
Sin otros pescadores,
Suavísimos amores
Felice te diré,
Y en esos dulces lábios
De rosas y claveles,
El ámbar y las mieles
Que vierten, libaré

La mar adentro iremos,
En mi batel cantando,
Al son del viento blando,
Amores y placer;
Regalaréte entonces
Mil varios pececillos,
Que al verte, simplecillos,
De tí se hará prender.

De conchas y corales
Y nácar á tu frente
Guirnalda reluciente,
Mi bien, te ceñiré;
Y eterno amor mil veces
Jurándote, cumplida
En tí, mi dulce vida,
Mi dicha encontraré.

No el hondo mar te espante,
Ni el viento proceloso,
Que al ver tu rostro hermoso
Sus iras calmarán;
Y sílfides y ondinas
Por reina de los mares
Con plácidos cantares
A par te aclamarán.

Vén ¡ay! á mi barquilla:
Completa mi fortuna:
Naciente ya la luna
Refleja al ancho mar.
Sus mansas olas bate
Süave, leve brisa;
Vén ¡ay! mi dulce Elisa.
Mi pecho á consolar».

Pero su obra capital, en cierto modo superior al mismo *Diablo Mundo*, es la leyenda titulada *Eles-*

tudiante de Salamanca, escrita con pensamiento filosófico en el gusto germánico y formas romántico-españolas, y cuyo asunto está tomado de una tradición popular, transmitida sin duda oralmente y conservada tal vez en algún mal romance de ciego. D. Félix de Montemar, el protagonista de la leyenda, está vaciado en la misma turquesa, de donde han salido para nuestro teatro y nuestros cuentos antiguos, tantas damas burladas y tantos atrevidos é insolentes burladores, empezando por *Don Juan Tenorio*. Así lo reconoce y lo declara el mismo Espronceda en esta bella descripción de su héroe;

•Segundo Don Juan Tenorio,
 alma fiera é insolente,
 irreligioso y valiente,
 altanero y reñidor;
 siempre el insulto en los ojos,
 en los labios la ironía,
 nada teme, y todo fía
 en su espada y su valor.

Corazón gastado, mofa
 De la mujer que corteja,
 Y, hoy, despreciándola, deja
 La que ayer se le rindió
 Ni el porvenir temió nunca,
 Ni recuerda en lo pasado
 La mujer que ha abandonado,
 Ni el dinero que perdió.

Ni vió el fantasma entre sueños
 Del que mató en desafío,
 Ni turbó jamás su brío
 Recelosa prevision.

Siempre en lances y en amores,
Siempre en báquicas orgias,
Mezcla en palabras impías,
Un chiste á una maldición.

En Salamanca famoso
Por su vida y buen talante,
Al atrevido estudiante
Le señalan entre mil;
Fueros le da su osadía,
Le disculpá su riqueza,
Su generosa nobleza,
Su hermosura varonil.

Que su arrogancia y sus vicios,
Caballescica apostura,
Agilidad y bravura
Ninguno alcanza á igualar.
Que hasta en sus crímenes mismos,
En su impiedad y altiveza,
Pone un sello de grandeza
Don Félix de Montemar.

A este hermoso retrato de Montemar, sigue el de
Elvira:

«Bella y más pura que el azul del cielo,
Con dulces ojos lánguidos y hermosos,
Donde acaso el amor brilló entre el velo
Del pudor que los cubre candorosos;
Tímida estrella que refleja al suelo
Rayos de luz brillantes y dudosos,
Angel puro de amor que amor inspira,
Fué la inocente y desdichada Elvira.

Elvira, amor del estudiante un día,
Tierna y feliz y de su amante ufana,
Cuando al placer su corazón se abría,
Como al rayo del sol, rosa temprana:

Del fingido amador que la mentía,
 La miel falaz que de sus labios mana
 Bebe en su ardiente sed, el pecho ajeno
 De que oculto en la miel hierva el veneno.

Que no descansa de su madre en brazos
 Más descuidado el candoroso infante,
 Que ella en los falsos lisonjeros lazos,
 Que teje astuto el seductor amante:
 Dulces caricias, lánguidos abrazos,
 Placeres ¡ay! que duran un instante,
 Que habrán de ser eternos imagina
 La triste Elvira en su ilusión divina.

Que el alma virgen que halagó un encanto
 Con nacarado sueño en su pureza,
 Todo lo juzga verdadero y santo,
 Presta á todo virtud, presta belleza
 Del cielo azul al tachonado manto,
 Del sol radiante á la inmortal riqueza,
 Al aire, al campo, á las fragantes flores,
 Ella añade esplendor, vida y colores.

Cifró en don Félix la infeliz doncella
 Toda su dicha, de su amor perdida;
 Fueron sus ojos á los ojos de ella
 Astros de gloria, manantial de vida.
 Cuando sus labios con sus labios sella,
 Cuando su voz escucha embebecida,
 Embriagada del Dios que la enamora,
 Dulce le mira, estática le adora »

Las tres [primeras partes de la leyenda *El Es-*
udiente—que se divide en cuatro—están hen-
 chidas de bellezas de primer rango. La carta de
 Elvira, el romance que empieza

Está la noche serena
 de luceros coronada,

y algunas otras estrofas donde pinta el poeta el dolor y la muerte de la infeliz beldad—á quien, exagerando los elogios, han comparado algunos críticos con la Eva de Milton y la Margarita de Goethe—son de lo más hermoso y más sentido que se ha escrito en lengua castellana. La parte tercera—donde la forma dramática es una novedad que Espronceda imita cuerdamente de autores extraños—es un cuadro acabadísimo, rico de verdad y de poesía. Difícil también será encontrar en toda nuestra literatura, tan sobresaliente en lo dramático, nada que supere las escenas de este cuadro. En la última parte decae el talento del autor, aunque es innegable que demuestra una poderosa fantasía, un gran manejo del lenguaje, de la dicción poética, del metro y de la rima. Pero si Espronceda hubiese escrito un centenar de versos más, la visión de Don Félix y todos aquellos lances de su entierro y de sus bodas con el esqueleto diabólico, hubieran hecho mill veces más efecto en el ánimo de los lectores: hubieran tenido más verdad estética: no hubieran parecido un vano capricho y un juego de la fantasía, como parecen.

Pero no queremos terminar la lectura de *El Estudiante* sin invitar á los lectores á admirar estos versos, repetidos y celebrados de generación en generación:

•Murió de amor la desdichada Elvira
Cándida rosa que agostó el dolor,
Süave aroma que el viajero aspira
Y en sus alas el aura arrebató.

Vaso de bendición, ricos colores
 Reflejó en su cristal la luz del día,
 Mas la tierra empañó sus resplandores,
 Y el hombre lo rompió con mano impía.

Una ilusión acarició su mente:
 Alma celeste para amar nacida,
 Era el amor de su vivir la fuente,
 Estaba junta á su ilusión su vida.

Amada del Señor, flor venturosa,
 Llena de amor murió y de juventud:
 Despertó alegre una alborada hermosa
 Y á la tarde durmió en el ataúd.

Mas despertó tambien de su locura
 Al término postrero de su vida,
 Y al abrirse á sus pies la sepultura,
 Volvió á su mente la razón perdida.

¡La razón fría, la verdad amarga
 ¡El bien pasado y el dolor presente!...
 ¡Ella feliz, que de tan dura carga
 Sintió el peso al morir únicamente!

Y conociendo ya su fin cercano,
 Su mejilla una lágrima abrasó;
 Y así al infel con temblorosa mano,
 Moribunda su victima escribió:

«Voy á morir: perdona si mi acento
 Vuela importuno á molestar tu oído:
 Él es, don Félix, el postrer lamento
 De la mujer que tanto te ha querido.

La mano helada de la muerte siento.....
 Adios: ni amor ni compasión te pido...
 Oye y perdona si al dejar el mundo,
 Arranca un ¡ay! su angustia al moribundo

»¡Ah! para siempre adios: por tí mi vida
 Dichosa un tiempo resbalar sentí,

Y la palabra de tu boca oída,
Éxtasis celestial fué para mí.
Mi mente aún goza en la ilusión querida
Que para siempre ¡miser! perdí...
¡Ya todo huyó, desapareció contigo!
¡Dulces horas de amor, yo las bendigo!

»Yo las bendigo, sí, felices horas,
Presentes siempre en la memoria mía,
Imágenes de amor encantadoras,
Que aún vienen á halagarme en mi agonía
Mas ¡ay! volad, huid, engañadoras
Sombras, por siempre: mi postrero día
Ha llegado: perdón, perdón, ¡Dios mío!
Si aún gozo en recordar mi desvarío.

»Y tú, don Félix, si te causa enojos
Que te recuerde yo mi desventura,
Piensa están hartos de llorar mis ojos
Lágrimas silenciosas de amargura,
Y hoy, al tragar la tumba mis despojos,
Concede este consuelo á mi tristura:
Estos renglones compasivo mira,
Y olvida luego para siempre á Elvira.

»Y jamás turbe mi infeliz memoria
Con amargos recuerdos tus placeres;
Goces te dé el vivir, triunfos la gloria,
Dichas el mundo, ¡amor otras mujeres!
Y si tal vez mi lamentable historia
A tu memoria con dolor trajeres,
Llora me, sí; pero palpíte exento
Tu pecho de roedor remordimiento.

»Adios, por siempre adios: un breve instante
Siento de vida, y en mi pecho el fuego
Aun arde de mi amor: mi vista errante
Vaga desvanecida.... calma luego
¡Oh muerte! mi inquietud... ¡Sola... expirante!..
Amame: no, perdona: ¡inútil ruego!

Adios, adios, ¡tu corazón perdí!
¡Todo acabó en el mundo para mí!»

Así escribió su triste despedida
Momentos antes de morir, y al pecho
Se estrechó de su madre dolorida,
Que en tanto inunda en lágrimas su lecho.
Y exhaló luego su postrer aliento,
Y á su madre sus brazos apretaron
Con nervioso y convulso movimiento,
Y sus labios un nombre murmuraron.

Y huyó su alma á la mansion dichosa
Do los ángeles moran... Tristes flores
Brotó la tierra en torno de su losa;
El céfiro lamenta sus amores.
Sobre ella un sauce su ramaje inclina,
Sombra le presta en lánguido desmayo.
Y allá en la tarde, cuando el sol declina,
Baña su tumba en paz su último rayo...»

Y llegamos por fin á *El Diablo Mundo*, que ha sido la obra que á Espronceda ha dado más prestigio. ¿Cuál es el pensamiento de esta obra? Hay un hombre que, en el año de 1840, en que el poeta empieza á escribir su poema, elige entre la muerte que se le presenta y que va ya á llevarsele, y la inmortalidad que se le ofrece. El hombre opta por la inmortalidad, y sale remozado de alma y de cuerpo, dotado de vida inmortal, y tan inocente y limpio de toda experiencia y recuerdo, como si acabara de nacer. Es un nuevo Adán, que, en vez de hallarse en el paraíso y hablar en él con Dios, despierta en una casa de huéspedes, en un piso tercero de la calle de Alcalá, en pleno siglo XIX. Posee el nuevo Adán todas las energías y aptitu-

des que pueden hacer perfecto á un hombre, en el cuerpo y en el alma. Para desplegar tan grandes facultades, para emplearlas bien, ó consumirlas



«SOBRE UNA MESA DE PINTADO PINO...»

(*Diablo Mundo*, cap. I).

Ilustraciones de la edición de Gaspar y Roig.—1852.

malamente, le concede el destino tiempo sin límites.

La idea del hombre que se remoja ó que vive

segunda vida, se había ya ocurrido á muchos, y había sido asunto de famosos poemas, entre los cuales ha sido el más celebrado el de Edgardo Quinet, sobre el Judío errante. Espronceda amasó y fundió las dos ideas, la del rejuvenecimiento y la de la inmortalidad; pero añadió otra nueva, al menos para nosotros, que no recordamos haberla visto en poema ni en leyenda alguna; la del hombre en toda la plenitud de su vida, y tan inocente, sin embargo, y tan candoroso é inexperto, como si acabase de salir de manos de su Criador, lanzado en medio de la sociedad actual. ¿Qué le sucederá á este hombre? Lo que le suceda va á ser el inmenso asunto del poema y á dar ocasión á que Espronceda, como dice su prologuista Ros de Olano, nos enseñe el mundo físico y moral y nos pruebe que la inmortalidad es el hastío y la condenación sobre la tierra. Claro es, pues, que el propósito del poeta era enseñárnoslo todo: lo moral y lo físico; pero ¿lo sabía él? ¿lo imaginaba siquiera? ¿Es posible que en el día lo sepa nadie ó que crea que lo sabe é infunda en los demás hombres su creencia? Esto equivale á preguntar si en nuestros días es posible un libro sagrado nuevo, como la Biblia, los Vedas ó el Zend-Avesta, ó si es posible, por lo menos, algo de la importancia y transcendencia de las epopeyas primitivas, como la *Iliada* de Homero y la *Teogonia* de Hesiodo. Ya el prologuista Ros de Olano tiene sus dudas sobre esta posibilidad y reconoce que ni Virgilio, ni Dante, ni Goethe han atinado á ser lo que Homero. ¿Cómo

había de serlo Espronceda tampoco? Escribir hoy una epopeya es una aspiración que raya en delirio, pero que han tenido muy grandes ingenios, como los ya citados Goethe y Quinet.

Si Espronceda no tenía la ciencia de Goethe, ni su crítica reflexiva tampoco, lo que es en ingenio no le cedía. Así, pues, *El diablo mundo*, considerado en general y en su conjunto, tiene que aparecer-nos como el infeliz resultado de una arrogante locura. ¿Qué nos ha de enseñar sobre los destinos de la humanidad y del universo, quien deja sus estudios á los quince años, se entrega del mundo á los engaños, y cuando escribe lo hace sin ton ni son, sin regla ni compás y donde va su gusto, como él mismo confiesa? La arrogancia de Espronceda es mayor aún si se atiende á que no toma la materia épica ya creada por el pueblo, como han hecho los mejores poetas, incluso Goethe en el *Fausto*, sino que todo quiere que sea suyo: emanación de su rica personalidad.

Tales eran, sin embargo, el ser de poeta que en Espronceda había y su admirable potencia creadora, que en *El diablo mundo*, que aquí, donde debemos ser severos é imparciales historiadores, es fuerza calificar en su plan y propósito de disparate, se contienen, aisladamente considerados, los trozos más bellos y magníficos de poesía que hay en castellano y tal vez en lengua alguna. Consideremos, pues, *El diablo mundo*, no como un todo, sino como una serie de composiciones que publica por cuadernos el editor Boix, dando al

poeta un par de mil reales por el original de cada cuaderno. El poeta escribía al compás que se iban imprimiendo y vendiendo; y aunque estaba seguro de sí mismo, no lo estaba tanto del editor ni del público, como decía al fin de un canto ó cuaderno, prometiendo otro:

«El cual sin falta seguirá, se entiende,
Si este te gusta y la edición se vende».

Miradas ya las cosas así, no hay crítica que valga contra Espronceda: tenemos que ponerle sobre las nubes; es fuerza declararle sobrehumano prodigio. Daba por entregas un tesoro de poesía. Era fuente perenne de inspiración que sólo pudo secar la muerte. El editor no se cansó, la edición fué vendiéndose, y el público gustó de los cuadernos ó cantos, de modo que se publicaron hasta seis, más la introducción, que suman siete.

La introducción ó prólogo—obra maestra en e género fantástico descriptivo—es un torrente desatado de espontánea poesía, que fascina y conmueve. La imaginación se pierde; la crítica no sabe á qué cabello asirse; el entendimiento tiene que arriar pabellón, sin combate, bajo el irresistible, deslumbrante fuego de aquel buque pirata, que ha izado bandera negra contra toda regla y sin misericordia dispara contra toda conveniencia. No pueden ir más lejos las excentricidades ilógicas, ni se ha pintado nunca con tan espantosa verdad el desorden enérgico de una fantasía en el paroxismo del más fantástico delirio.

Aquel á modo de aquelarre de monstruos, demonios y vestiglos, en medio del cual se halla el poeta, está soberbiamente pintado. La figura del demonio colosal que representa al Genio del hombre, es grandiosa y sublime. Los coros y las voces aisladas que oye el poeta encierran gran poesía. El discurso que pronuncia el Genio del hombre, en medio del hondo silencio impuesto por él á voces y coros, tiene bellezas como estas que, á la vuelta de sesenta y cinco años, no se han marchitado aún:

«Tendió una mano al infernal gigante
Y la turba calló; y oyóse sólo
En silencio el estrépito atronante
Del flamígero mar; luégo un acento
Claro, distinto, rápido y sonoro
Por la vaga región cruzó del viento
Con rara melancólica armonía,
Que brotaba doquiera,
Y un éco en derredor lo repetía.

Voz admirable, y vaga, y misteriosa
Viene de allí, y del alto firmamento,
Crece bajo la tierra temblorosa,
Vaga en las alas del callado viento;
Voz de amargo placer, voz dolorosa,
Incomprensible, mágico portento;
Voz que recuerda al alma conmovida
El bien pasado y la ilusión perdida.

«¡Ay!» exclamó con lamentable queja,
Y en torno resonó triste gemido,
Como el recuerdo que en el alma deja
La voz de la mujer que hemos querido.
«¡Ay! ¡cuán terrible condición me aqueja
Para llorar y maldecir nacido.

Victima yo de mi fatal deseo,
Que cumplirse jamás mis ansias veo.

«¿Quién es Dios? ¿Dónde está? Sobre la cumbre
De eterna luz que altísima se ostenta,
Tal vez en trono de celeste lumbre
Su incomprensible majestad se asienta:
De mundos mil la inmensa pesadumbre
Con su mano tal vez rige y sustenta,
Sempiterno, infinito, omnipotente,
Invisible doquier, doquier presente.

•Y allá en la gran Jerusalen divina
Tal vez escucha en holocausto santo
Del querub que á sus pies la frente inclina
Voces que exhalan armonioso canto.
La máquina sonora y cristalina
Del mundo rueda en derredor, en tanto;
Y entre aromas, y gloria, y resplandores,
Recibe humilde adoración y amores.

«*Santo, Santo!* los ángeles le cantan;
Hosanna, Hosanna! en las alturas suena;
Rayos deluz perfilan y abrillantan
Nubes de incienso y trasparencia llena;
Y en ella con murmullo se levantan,
Paz demandando á la mansión serena,
Las preces de los hombres en su duelo,
Y paz les vuelve y bendición el cielo.

•¿Es Dios tal vez el Dios de la venganza,
Y hierva el rayo en su irritada mano,
Y la angustia, el dolor, la muerte lanza
Al inocente que le implora en vano?
¿Es Dios el Dios que arranca la esperanza;
Frívolo, injusto y sin piedad tirano,
Del corazón del hombre, y le encadena,
Y á eterna muerte al pecador condena?

•Embebido en su inmenso poderío,
¿Es Dios el Dios que goza en su hermosura,

Que arrojó el universo en el vacío,
Leyes le dió y abandonó su hechura?
¿Fue vanidad del hombre y desvarío
Soñarse imagen de su imagen pura?
¿Es Dios el Dios que en su eternal sosiego
Ni vió su llanto ni escuchó su ruego?»

En el discurso del Genio del hombre, se diría que el poeta lo adivina todo, aunque algo superficialmente. Cuantas filosofías primeras, cuantos sistemas y teologías son posibles para explicar las relaciones de Dios con el mundo y con el hombre, están allí expuestos y como cifrados. No hay, con todo, afirmación alguna. No hay más que confusiones y arcanos. El Genio no sabe á qué atenerse. El término de su discurso es un ¿quién sabe?

Animado é informado por este excepticismo de la Introducción, está el resto del poema. El primer canto empieza de un modo parecido al *Fausto*. Un viejo, que se llama don Pablo y que, como Fausto, ha estudiado mucho, logrando y alcanzando menos que Fausto, pues vive ignorado y pobre en una casa de huéspedes, se lamenta, como Fausto, de su vejez y de su mala ventura, y vacila entre el deseo de morir y acabar de una vez, y el deseo de nueva juventud y de larga vida.

«Sobre una mesa de pintado pino
Melancólica luz lanza un quiquú,
Y un cuarto, ni lujoso ni mezquino,
A su reflejo pálido se vé.
Suenan las doce en el reloj vecino
Y el libro cierra que anhelante lee

Un hombre ya caduco, y cuenta atento
Del cansado reloj el golpe lento.

Carga despues sobre la diestra mano
La ya rugosa y abrumada frente,
Y un pensamiento fúnebre, tirano,
Fija y domina, al parecer, su mente.
Borrarlo intenta en su ansiedad en vano;
Vuelve á leer, y en tanto que obediente
Se somete á su vista á su porfia,
Lánzase á otra región su fantasía.

«¡Todo es mentira y vanidad, locura!»
Con sonrisa sarcástica exclamó;
Y en la silla tomando otra postura,
De golpe el libro y con desdén cerró.
Lóbrega tempestad su frente oscura
En remolinos densos anubló,
Y los áridos ojos quemó luego
Una sangrienta lágrima de fuego.

»¡Ay! Para siempre—dijo—la ufanía
Pasó ya de la hermosa juventud,
La música del alma y melodía,
Los sueños de entusiasmo y de virtud!...
Pasaron ¡ay! las horas de alegría,
Y abre su seno hambriento el ataud,
Y único porvenir, sola esperanza,
La muerte á pasos de gigante avanza.

«¿Qué es el hombre? Un misterio. ¿Qué es la vida?
Un misterio también!... Corren los años
Su rápida carrera, y escondida
La vejez llega envuelta en sus engaños:
Vano es llorar la juventud perdida,
Vano buscar remedio á nuestros daños;
Un sueño es lo presente de un momento,
Muerte es el porvenir, lo que fué, un cuento...

»Los siglos á los siglos se atropellan,
Los hombres á los hombres se suceden,

En la vejez sus cálculos se estrellan,
 Su pompa y glorias á la muerte ceden;
 La luz que sus espíritus destellan
 Muere en la niebla que vencer no pueden,
 Y es la historia del hombre y su locura
 Una estrecha y hedionda sepultura.

»¡Oh! ¡Si el hombre tal vez lograr pudiera
 Ser para siempre joven é inmortal.
 Y de la vida el sol le sonriera
 Eterno de la vida el manantial!
 ¡Oh! ¡Cómo entonces venturoso fuera!
 Roto un cristal, alzarse otro cristal
 De ilusiones sin fin contemplaría,
 Claro y eterno sol de un nuevo día!...

El viejo se queda dormido. Acude entonces la Muerte, se le presenta en sueños, le canta una bella canción, y le convida á reposar para siempre en su regazo.

«Con lástima y pena, mirando al anciano,
 Vaporosa sombra de un lejano bien,
 De vagos contornos confusa figura,
 Cual bello cadáver, se alzó una mujer.

Y oyóse enseguida lánguida armonía,
 Música suave, y luego una voz
 Cantó, que el oído no la percibía,
 Sino que tan sólo la oyó el corazón:

Débil mortal, no te asuste
 Mi oscuridad ni mi nombre;
 En mi seno encuentra el hombre
 Un término á su pesar,
 Yo compasiva le ofrezco
 Léjos del mundo un asilo,
 Donde á mi sombra tranquilo
 Para siempre duerma en paz.

Isla yo soy del reposo
En medio el mar de la vida,
Y el marinero allí olvida
La tormenta que pasó:
Allí convidan al sueño
Aguas puras sin murmullo,
Allí se duerme al arrullo
De una brisa sin rumor.

Soy melancólico sauce
Que su ramaje doliente
Inclina sobre la frente
Que arrugara el padecer,
Y aduerme al hombre, y sus sienes
Con fresco jugo rocía,
Mientras el ala sombría
Bate el olvido sobre él.

Soy la virgen misteriosa
De los últimos amores,
Y ofrezco un lecho de flores
Sin espinas ni color,
Y amante doy mi cariño
Sin vanidad ni falsía:
No doy placer ni alegría,
Mas es eterno mi amor.

En mí la ciencia enmudece
En mí concluye la duda,
Y árida, clara, desnuda
Enseño yo la verdad;
Y de la vida y la muerte
Al sabio muestro el arcano,
Cuando al fin abre mi mano
La puerta á la eternidad.

Ven y tu ardiente cabeza
Entre mis manos reposa;
Tu sueño, madre amorosa,
Eterno regalaré.

Ven, y yace para siempre
En blanda cama mullida,
Donde el silencio convida
Al reposo y al no sér.

Deja que inquieten al hombre,
Que loco al mundo se lanza,
Mentiras de la esperanza,
Recuerdos del bien que huyó:
Mentira son sus amores,
Mentira son sus victorias,
Y son mentira sus glorias,
Y mentira su ilusión.

Cierre mi mano piadosa
Tus ojos al blando sueño
Y empape suave beleño
Tus lágrimas de dolor:
Yo calmaré tu quebranto
Y tus dolientes gemidos,
Apagando los latidos
De tu herido corazón».

El viejo se rinde al atractivo de la Muerte, y ya va á morir, cuando se rompe el muro de su estancia y se abre á la vista un cielo infinito y luminoso, por donde discurre la pompa espléndida de la Inmortalidad material de los seres; la vida del mundo con todos los deleites, esperanzas, glorias y riquezas que contiene en sí. Naturalmente, el viejo se deja seducir; prefiere volver á ser joven y ser inmortal; y joven é inmortal se vuelve. Tanto la canción de la Muerte como la canción de la Inmortalidad son bellísimas. Y mejor es aún, quizá lo mejor de este poema y de todos los poemas es-



EL TÍO LUCAS Y ADÁN

(*El Diablo Mundo. Canto III*)

(Ilustraciones de la edición de Gaspar y Roig. 1852).

pañoles, la rica descripción del séquito ó comitiva que á la diosa de la inmortalidad circunda.

Sin embargo, así en la Introducción, como en el canto I, se advierte ya el defecto gravísimo; el defecto fundamental de *El diablo mundo*. Los poderes sobrenaturales, que en él intervienen y obran, carecen de consistencia y de ser real. Todavía puede disimularse que la figura alegórica del Genio del hombre, con toda su comitiva de diablos, se muestre vanamente en la Introducción, sin hacer otra cosa que perorar y lamentarse. En la Introducción no hay acción alguna. Si la Introducción no es tan impertinente y extraña, es tan ociosa como el *Canto á Teresa*. Pero en el canto I, fundamento del poema todo, es donde se nota, de modo lastimoso, la vanidad de los poderes sobrenaturales, por cuya energía ha de desarrollarse la acción toda del poema.

La verdad estética es una y la verdad científica, lógica y real, es otra: pero una de las dos es indispensable. Para un poema basta la verdad estética. En la vida real, no creemos en brujas; tal vez seremos tan escépticos que no creamos en diablos; pero nos basta saber que en diablos y en brujas creen ó han creído muchos hombres para que tenga verosimilitud, interés y consistencia, la transformación de Fausto, de mozo en viejo, merced al diablo y á la bebida mágica que la bruja le propina. Sin creer en milagros de santos en una historia, el más volteriano aceptará los milagros de santos en un poema. Sin dar fe á las hadas, nos

deleitaremos con cuentos de hadas. Sin ser ya gentiles, aceptaremos todos los prodigios de los dioses del Olimpo, como los refiere Homero. Hasta la monstruosa mitología india tiene consistencia y eficacia en el *Ramayana* y en el *Mahabarata*. En la acción de un poema puede intervenir todo esto, sin que la acción se desvanezca y como se evapore. Lo que sí desvanece y destruye la acción es la mera alegoría. Pase cuando el poema todo es alegórico, como una loa y como muchos autos sacramentales. Pero cuando el poema quiere ser viva representación de la realidad, no puede ni debe fundarse en mera alegoría. ¿Cómo saltar á la vida real, representada artísticamente, por obra y gracia de una figura retórica? Don Pablo no se transforma de viejo en mozo y de mortal en inmortal, ni por medio de brujas, ni por medio de hadas, ni en virtud de la portentosa operación de diablos, de genios ó de dioses conocidos, sino porque dos figuras retóricas, la Muerte y la Inmortalidad, se le aparecen en sueños personificadas, y él elige la Inmortalidad. Estos fantasmas vanos no ejercen poder alguno. La voluntad de don Pablo es el único poder sobrenatural, cuando opta entre los dos fantasmas y lo que representan, y, apenas opta y elige, logra lo que ha elegido. Ni se diga que esto es muy profundo, que esto es muy filosófico, que esto significa que la voluntad humana es la grande y verdadera diosa, taumaturga, hacedera de prodigios; porque, aun dando de barato que Espronceda tuvo tal pensamiento, el pensamiento

será muy hondo, pero deja de manifestarse con la suficiente virtud poética para que veamos tan claro el milagro del remozamiento, como, por ejemplo en Fausto. Así es que, al saltar del canto I al canto III, ó hacemos un esfuerzo para olvidar el prodigio inverosímil del remozamiento y tomar á Adán por un mozo sin experiencia y por sér vivo, ó seguimos viendo en él un vano capricho de la fantasía, que casi se evapora, y no tiene, ni con mucho, la personalidad de Fausto ó de Ashavero.

De todos modos *El diablo mundo* es, hasta aquí, de una elevadísima poesía. Desde el tercer canto hasta el final de lo que Espronceda dejó escrito, la obra por el asunto decae demasiado; es, como novela de costumbres contemporáneas, algo en el género de las de Eugenio Sue, (1) donde figuran presidiarios, bandidos, rameras y otra gente menuda y perdida; donde son los principales lugares de la escena cárceles, tabernas y lupanares; donde se habla mucho en caló y se dan lecciones dignas de darse en este lenguaje; y donde se cuentan robos y otras cosas por el estilo. Hay, sin embargo, en es-

(1) No puede decirse, sin embargo, como afirma el padre Blanco García, demostrando en esto una ignorancia enorme, que Espronceda se inspirase al trazar ciertos cuadros de *El Diablo Mundo* en los novelones de tendencia socialista «que por entonces» publicaba Eugenio Sue. Por entonces Sue solo había escrito algunas novelas de costumbres marítimas. *Los Misterios de París* y *El Judío Errante*, que son las obras á que hace referencia el pseudo crítico, vieron la luz la primera á fines de 1842 y la segunda en 1844, cuando ya había fallecido Espronceda. (N. del A.

tos cuatro últimos cantos trozos bellísimos, aisladamente considerados: así la pintura de Adan al aparecer convertido en mozo; la de su primera unión amorosa con la Salada, el mejor tipo de mujer que ha creado el poeta; todo el diálogo de la Salada y de Adan en la habitación de aquella, cuando Adan la refiere el sueño que ha tenido; y no pequeña parte de la descripción del palacio de la condesa de Alcira. La desesperación de la Salada al darse cuenta la infeliz de su villana condición; su angustia y su pasión frenética llegan al alma del que escuche estos lastimados gritos:

«Jamás, jamás, Adan, nunca hasta ahora
Mi bajeza en el mundo he conocido:
Mi corazón, que desgarrado llora,
Tan amargo dolor nunca ha sentido.

¡Oh! ¿qué me da mi condición villana,
Despreciable mujer, juguete vil,
Arrojada en el mundo una mañana
Cuando la luz entre miserias vi;

Cuando entre bosques que el viajante ignora
Mi madre moribunda me parió,
Nacida al mundo en maldecida hora,
Fruto podrido, hija de un ladrón?

¿Sabes, Adan, lo que le guarda el mundo
A la que nace como yo nací?
En una cárcel un rincón inmundado,
Y un hospital quizá donde morir.

Una belleza, infame mercancía,
Que una pobre mujer por oro trueca,
Y gozando en su propia villanía
Un corazón que el infortunio seca.

Y en pecado y vergüenza concebida,
Y en la frente el escándalo, marchar
A abrirse campo en su azarosa vida
Con lucha eterna é incesante afán.

¡Miserable de mí! ¡yo había vivido
Contenta con mi orgullo en mi bajeza!
Tú no lo sabes; pero tú has herido
Un a'ma, en fin, que á comprenderse empieza.

Tú, Adán mío, sin querer has hecho
Pedazos mi amargado corazón,
Perdida ya la que guardó mi pecho
Ilusión dulce de un dichoso amor.

¡Oh! ¡ven acá te estreche entre mis brazos;
Déjame en mi dolor llorar así;
Fueran, Adán, eternos estos lazos,
Y yo llorára en mi aflicción feliz!

¡Déjame que te bese con locura,
Déjame que te apriete el corazón!
No sé qué voz secreta en mi amargura,
Adán, me dice, que á perderte voy.

¡Perderte! y ¡para siempre! Y yo, que nada
Quiero ya sino á tí, ¡voy á perderte!
Déjame así morir; así abrazada
Muriendo yo, bendeciré mi muerte!

Mira, Adán mío, alma de mi vida,
Yo no soy más que una infeliz mujer
Pobre en el mundo, una mujer perdida,
Con sólo desventuras que ofrecer.

No tengo nada; ¡pero te amo tanto!
¡Tengo un tesoro para ti de amor!
¡Oh! no me dejes, muévate mi llanto,
Muévate mi afligido corazón.

¡Oh! no me dejes y pues ansías oro
Y dichas que no alcanzo á darte yo,

El mundo te prodigue su tesoro,
Y yo, tu esclava, te daré mi amor.

Yo sufriré en silencio tus desvíos,
Yo, tu criada, partiré tu pan;
Y una mirada de esos ojos míos
Hará mi dicha, premiará mi afán».

El Diablo Mundo, además está lleno de digresiones y de disertaciones y genialidades que interrumpen la narración y en cierto modo la adornan y sazonan. También en estas digresiones hay á veces no poco que alabar. Ya son graciosos epigramas, ya discursos semicómicos, ya pensamientos ó meditaciones de alto vuelo. Los chistes y la gracia abundan allí, como, por ejemplo, en aquel adiós que da el poeta á la juventud y los amores, cuando advierte, una mañana al afeitarse, que tiene ya muchas canas. Hoy al leer esas estrofas se ve que la jovialidad, la naturalidad y la ternura de la escuela de Campoamor, las bebió el autor de las *Doloras* en los manantiales de Espronceda. Los sentimentalismos suaves, las filosofías ligeras, las voluptuosidades embozadas en platonismo, y el estilo insinuante y blandamente sentencioso del gran Campoamor, no hubo de inventarlos él: ya están en estas áureas rimas con que comienza el canto III de *El Diablo Mundo*:

«¡Cuán fugaces los años,
¡Ay, se deslizan, Póstumo!» Gritaba
El lírico latino, que sentía
Como el tiempo crüel le envejecía
Y el animo y las fuerzas le robaba.
Y es triste, á la verdad, ver cómo huyen

Para siempre las horas, y con ellas
Las dulces esperanzas que destruyen
Sin escuchar jamás nuestras querellas.
¡Fatalidad! ¡Fatalidad impía!
Pasa la juventud, la vejez viene,
Y nuestro pie, que nunca se detiene
Recto camina hacia la tumba fría.

Así yo meditaba
En tanto me afeitaba
Esta mañana misma, lamentando
Como mi negra cabellera riza,
Seca ya, como cálida ceniza
Iba por varias partes blanqueando;
Y un triste adiós mi corazón sentido
Daba á mi juventud, mientras la historia
Corría mi memoria
Del tiempo alegre por mi mal perdido,
Y un doliente gemido
Mi dolor tributaba á mis cabellos
Que canos se teñían,
Pensando que ya nunca volverían
Hermosas manos á jugar con ellos.

¡Malditos treinta años,
Funesta edad de amargos desengaños!
Perdonad, hombres graves, mi locura,
Vosotros, los que veis sin amargura,
Como cosa corriente,
Que siga un año al año antecedente,
Y nunca os rebeláis contra el destino.
¡Oh! será un desatino;

Mas yo no me resigno á hallarme viejo
Al mirarme al espejo,
Y la razón averiguar quisiera
Que en este nuestro mundo misterioso,
Sin encontrar reposo,
Nos obliga á viajar de esta manera.

Y luego las mujeres todavía
 Son mi dulce manía:
 Ellas la senda de ásperos abrojos
 De la vida suavizan y coloran,
 Y á las mujeres los llorosos ojos
 Y los cabellos blancos no enamoran.

¡Griegos liceos! Célèbres hospicios
 (Exclamaba también Lope de Vega
 Llorando la vejez de su sotana)
Que apenas de haber sido dais indicios,
 Si moristeis del tiempo en la refriega
 Y ejemplo sois de la locura humana,
 ¡Ah, no es extraño que el que á treinta llega
 Llegue á encontrarse la cabeza cana.

¡Adios amores, juventud, placeres
 ¡Adios, vosotras, las de hermosos ojos,
 Hechiceras mujeres,
 Que en vuestros labios rojos
 Brindais amor al alma enamorada
 ¡Dichoso el que suspira,
 Y oye de vuestra boca regalada
 Siquiera una dulcísima mentira
 En vuestro aliento mágico bañada!
 ¡Ah, para siempre adios! Mi pecho llora
 Al deciros adios: ¡ilusión vana!
 Mi tierno corazón siempre os adora;
 Mas mi cabeza se me vuelve cana.» (1).

(1) El dolor que produce al afligido vate su canicie precóz, es insincero, y responde á una coquetería que hay que disculparle y absolverle. *Un año después* de la publicación de *El Diablo Mundo*, vió Escosura á Espronceda, al pasar éste por París, de vuelta de la Haya, y dá de él estos detalles: «Fué aquella la vez postrera que mis brazos le estrecharon y que mis ojos le vieron. Su hora suprema se acercaba velóz; el ángel de la muerte tenía ya levantada sobre aquella hermosa cabeza, cuyo magnífico cabello todavía no matizaba una sola cana, la segur inexorable, de que todos hemos de ser víctimas.» (N. del A.)

En suma, *El Diablo Mundo*, producción en su título pretenciosa y en su pensamiento metafísica con exceso, es, en su ejecución y desarrollo, un poema tan de veras poético, tan espontáneo, tan vario en estilo y en cuadros, tan rico en tesoros de versificación, tan pródigo en interesantes episodios—todo él no es en realidad más que una serie de episodios—que sólo quien esté dotado de un alma de hielo y de un entendimiento de pedante, podrá resistir á la poderosa magia con que los sentidos fascina.

Al aparecer *El Diablo Mundo*, el público de aquella época aplaudió los cuadros pintorescos y las estrofas brillantísimas, pero sin darse exacta cuenta del pensamiento filosófico que la obra encerraba. Verdaderamente que los contemporáneos del inmortal poeta, no «distinguían de colores.» Le celebraban,—eso sí,—pero instintivamente, á la buena de Dios, pasmados ante la belleza de sus creaciones deslumbrantes, arrullados por la blanda música de aquellas octavas que el poeta, en son de dulce cantilena, solía recitar en los salones, después de haber dado sus primicias á la gente maleante del *Parnasillo* bullicioso. La crítica docta, no acertó á ver en Espronceda al águila potente que en la lírica tenía la misma magnitud que el duque de Rivas en la escena, y que entre la multitud de medianías que siempre le rodeaban, fué el poeta que sintió más hondo y pensó más alto. El mismo don Alberto Lista que le profesaba tanto afecto y que le pegó más de una vez con el incensario en las na-

rices, no comprendió á Espronceda. El insigne Larra falleció antes de que Espronceda publicase la colección de sus *Poesías*, y la única vez que le mentó, fué para censurarle su comedia *Ni el tío ni el sobrino*, que se había estrenado por entonces en el teatro de la Cruz. Zorrilla, al hacer su colección, tiene un prologuista digno de él, pues Pastor Díaz es alguien..... En cambio, Espronceda sale al campo con un lindo par de protectores que han de resultar, andando el tiempo, sus protegidos. Ven la luz sus *Poesías* llevando un prólogo ridículo de un tal García Villalta. Sale el poema *El Diablo Mundo* con un prefacio pedantesco de Antonio Ros de Olano, que fué más tarde un «modernista» de temperamento original, pero que aún no era otra cosa que un excelente militar, aficionado á la literatura. Este mismo señor colaboró con él en la comedia fracasada *Ni el tío ni el sobrino*; colaboración que, al fin y al cabo, se explica mejor que aquella otra, más inverosímil, que engendró el drama titulado *Amor venga sus agravios*, estrenado en el *Príncipe*, y original del gran poeta y... ¡de un señor Moreno López!...

Y luego, el buen público era tan democrático, que no admitía en literatura clases ni jerarquías. Una vez, la *Asociación literaria* de Granada, dispuso una velada esplendorosa y solemnísimá, en loor de Espronceda... y Santos Alvarez, y ambos compartieron por igual aplausos y laureles, siendo nombrados uno y otro socios beneméritos, y aclamados los dos como unos prin-

cipes, después de haber leído el gran poeta trozos de su leyenda *El Estudiante*, inédita aún, y el otro unas coplas tan pedestres como todas las suyas. El mismo Espronceda, que era el hombre más modesto del mundo, no se tenía por superior á aquel enjambre de poetillas que vivían á su sombra, que participaban de su hacienda y entre los cuales, hasta hubo quien, en los dramas amorosos del pobre poeta, hizo el papel de Yago. Siguiendo la moda de aquel tiempo, prodigaba Espronceda los epígrafes, al frente de sus composiciones, y por efecto de esta práctica, ¡qué esfuerzos no han debido de emplearse por el portero de la Gloria para evitar que Santos Alvarez, cosido á los faldones de Espronceda, se colase en el templo consabido, vociferando como un loco:

•¡Bueno es el mundo! ¡Bueno! ¡Bueno! ¡Bueno!•

Merced á estas «malas compañías», que no re-gateaban á Espronceda la capitania del grupo ó «Partida del trueno» ni el honor de pagar el gasto hecho en las mesas del *Parnasillo*, pero que en las letras se juzgaban iguales á él (1), ha quedado en la Historia el gran poeta como el tipo perfecto del bohemio vicioso y extragado. Á esta leyenda dieron pábulo, sus primeros hiógrafos. Cuando un amigo cariñoso publicó la primera biografía ¡qué bien muerto estaba el que yacía en su pobre y ol-

(1) De tal modo, que Alvarez después de la muerte de Espronceda, quiso continuar *El Diablo Mundo*, desvariado propósito que su habitual desidia le impidió realizar. — (N. del A.).

vidado nicho del cementerio de San Nicolás! . . . ¡Qué bien muerto estaba el gran poeta cuando aquel día no despertó para maldecir á sus biógrafos y repetir la carcajada con la que un día acabó, insensato, su *Canto á Teresa!* Aquel retrato que los necios encontraban hermoso, no era ciertamente el suyo... No fué él en el mundo por donde pasó como un relámpago que ilumina un instante la vasta tormenta, un Montemar aborrecible. Montemar él, que lejos de matar á Elvira, estuvo á dos pasos de que Elvira le echase á la fosa!... No era el Montemar de su leyenda, como decía Ferrer del Río. Era sencillamente un hombre, mezcla de cualidades contrapuestas, ayuno de sentido práctico, y juguete, como él mismo dice, de sus pasiones..... Apasionado por instinto, valiente por vanidad, bondadoso de sentimientos, débil de razón, imprevisor por carácter, supersticioso cuando piensa, humanitario cuando escribe, escéptico cuando habla, ligero aún en las cosas más serias y más graves, liberal con exceso en la amistad, demasiado déspota en amor, delicado como una señorita, fuerte como un hombre, franco hasta la indiscreción, servicial sin discernimiento, vagabundo de cuerpo y de alma, cosmopolita por gusto, patriota de opinión, rico en ilusiones y en caprichos, pobre de cordura y de esperanza, y más hipócrita del vicio y de la impiedad que impío y vicioso realmente, así era el hombre sugestivo que se llamó José Espronceda, y que en los años borrascosos de 1834 á 1842, llenó á Ma-

drid con el estruendo de sus poesías de circunstancias, de sus campañas de periódico, de su epopeya de teniente de la Milicia Nacional, de sus discursos en las Cortes, de su *Diablo Mundo* por entregas, de sus lances de amor y de política, y de sus blasfemias y sarcasmos, que salían de una boca desdeñosa, medio oculta entre un fino bigote y una larga perilla...

Polígrafo, como casi todos los escritores de su tiempo, cultiva el drama, la comedia, la novela, la lírica, la sátira política y social, y lo cultiva todo, si no con estricta sujeción á los cánones, con espontaneidad que subyuga y que hace que se le absuelvan sus desbarros. Y en la lírica, á la que libertó para después avasallarla, su lira, más que lira, es orquesta, en cuyos sonidos, ora téticos, ora suaves, ya desgarradores, ya dulcísimos, ya melancólicos, ya alegres, recoge el poeta todas las palpitaciones del alma y todos los ecos de las catástrofes, de los dolores, de las dudas, de los atrevimientos y de las esperanzas del siglo. En sus versos esplendorosos, se ve el oleaje infinito de aquella inspiración oceánica, que se desata, rueda, choca, resuena, llora y ruge como un mar azotado por las tormentas. La Musa soberana del poeta, vestida de púrpura, con la frente coronada de rayos, con los pies hundidos en la abrasadora ceniza de devastador incendio, es la amazona de un ideal de libertad y de justicia que el poeta entrevió y que tal vez no tendrá nunca una completa aplicación sino en los dominios de la idea...

La revolución literaria, hecha con todos nuestros instintos poéticos, como la revolución política se hizo con todas nuestras necesidades sociales, triunfa, sobre todo, por él, sobre todo, en él, ó mejor dicho, triunfa por él solo. Pero la revolución literaria se paraleliza con la revolución política, y Espronceda, como tantos otros, esgrime iracundo la «espada del canto». Por eso no es posible analizar su producción artística sin separar el oro del oropel, sin echar á un lado, sobre todo, los elementos extraños al arte que á aquella producción se mezclaron, haciéndola ser alternativamente admirada y vilipendiada por los partidos más hostiles entre sí, y por las escuelas más diversas. Á los que, siendo libre-pensadores en religión y revolucionarios en política, admiren tal cuadro de Espronceda porque en él se pinta el sensualismo de un hombre de sotana, ó cuáles estrofas porque en ellas ruja la pasión política ó se escupa al déspota en la cara, sería en vano decirles que el poeta, cuando se metía á predicador, no sentía su papel y resultaba inferior á sí mismo. ¿Cómo persuadir, por otra parte, á un ultramontano empedernido, de que Espronceda no es un diablo, con rabo y pezuñas? ¿Cómo convencer á un reaccionario de que el poeta de *El Verdugo*, al decir en generoso arranque:

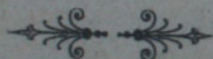
«Al que á muerte condena, le ensalzan.....
¿Quien al hombre del hombre hizo juez?»

no es un demagogo, un anarquista, una especie

de ciudadano Nerón, con el cabello aborascado y la garganta en carne viva, á fuerza de dar voces? No es de los más intransigentes, en calidad de ultramontano, el historiador Blanco y García. Y, sin embargo, al aplaudir «el soberano ingenio con que enriqueció Dios al poeta», no lo hace sino «separándolo del lado con que él lo manchó poniéndolo al servicio de malas causas y de torpes ideales.» Estos «torpes ideales.»—¡Válganos Dios! ¡qué miedo!—fueron los del partido progresista, y el pecado gordo de Espronceda, por el que se le lanza al purgatorio, fué el de aspirar á establecer en la vida pública española estas ficciones de libertad, con las que durante tanto tiempo nos hemos distraído y que aun á estas horas los Gobiernos pretenden quitarnos...

No entra nada de esto en la jurisdicción de la crítica. Para ésta, Espronceda, cualquiera que sea su partido político ó su escuela literaria, es grande y excelso, porque es artista, y artista humano, y profundamente religioso; porque, en medio de una edad positivista, idólatra del oro y sometida á la brutalidad del éxito, sabe derramar sobre nuestras almas agostadas la benéfica lluvia del ideal. Soñador impenitente, su ilusión es bella; su profecía es consoladora. Herido por los abrojos de la senda obscura, hundiéndose en la nieve de las cumbres su planta, pidiendo á un poder desconocido la luz redentora, fijos los ojos en la altura, y, semejante al héroe de la poesía de Longfellow, ¡*Excelsior!* ¡*Excelsior!* va gritando, como si aspirase á

conseguir los galardones del afán terrestre y el perdón prometido á los que amaron mucho, en otras regiones más felices...





CAPÍTULO IX

El «Canto á Teresa».

«Este canto es un desahogo de mi corazón: sáltelo el que no quiera leerlo, sin escrúpulo, pues no está ligado de manera alguna al poema».

Á pesar de la nota antecedente, puesta por el autor de *El Diablo Mundo* en el canto segundo del poema, la inmensa mayoría de los lectores, resignado se habría indudablemente á saltar la obra toda, antes que el canto intruso... Bien sabía el poeta que su público, entre *Adán* y *Espronceda*, entre las ficciones del poema, y aquel paréntesis de vida y de dolor humano, no habría de vacilar en la elección... Los grandes poetas interesan al público. Despiertan curiosidades íntimas. Hacen vibrar en nuestro espíritu las cuerdas más profundas. Entran, cuando han luchado y padecido, en la vida interior de los lectores, que se asocian á sus pesares. Resultan amigos, consoladores, consejeros. Se establece entre ellos y el lector una comunicación directa, prolongada y misteriosa.

Desde Ovidio hasta Becquer, aquellos poetas han grangeado más justo renombre, que han contado más ingenuamente sus desventuras íntimas...

No es posible dudar de que Espronceda, cuando publicó en aquella forma su célebre elegía, se propuso algo más que desahogar su corazón. Quiso también que la mujer que en su existencia tormentosa, le había acompañado, le siguiese á la inmortalidad. Hizo cuanto pudo hacer para que la sociedad contemporánea supiese aquella historia triste, para que el porvenir la recogiese, para que la mujer infortunada, envuelta por él en un sudario de púrpura y de oro, entrase en el coro donde viven con existencia ideal, Leonor y Astarté.....

Con este fin intercaló el *Canto á Teresa* en *El Diablo Mundo* escandaloso, que se publicaba por entregas y en edición barata. Puso además la nota, haciendo constar que aquella historia, no la inventaba él, sino que era un episodio íntimo de su existencia. Y escribió, en fin, con todas sus letras, al frente de la poesía sensacional, el nombre verdadero de la mujer que la inspiró y cuyo apellido se ha salvado del honor de ser célebre, merced quizás á no ser dulce...

Los críticos «discretos,» los que quieren la crítica á puerta cerrada, los que tienen preparado un veló—cuando no un sudario ó una losa—para cubrir cualquier historia en que no se trate de las vírgenes y de los ángeles del cielo, han contribuído á despertar con sus aspavientos cómicos la curiosidad del público en lo tocante á la psicología

del *Canto á Teresa*. Y el meticoloso don Antonio Ferrer del Río decía acerca de esto: «Hay lances en la vida de los hombres que deben envolverse en el sudario del olvido y hay secretos de amistad sobre los cuales cae de repente y á perpetuidad la losa del silencio». Y el señor Escosura, íntimo amigo del poeta y cuyo hermano don Narciso, al correr de los años, hubo de desposarse con la hija de Espronceda y de Teresa (1), decía criticando *El Diablo Mundo*: «Otro canto, el segundo y cuando menos su epígrafe, debiera no haber figurado nunca, ni en *El Diablo Mundo*, ni en obra, fuese la que fuere, de Espronceda. ¡Desahogo de su corazón le llama él! No lo es, no, de su corazón, sino de su rencor, quizá justo, pero que, por mucho que lo fuera, no debió traspasar los límites de la tumba.» Y á renglón seguido don Patricio, asustado de su indiscreción y ansioso de tapar, saca de la prendería de su Retórica, algo que le sirva para el caso, añadiendo: «Tendamos el velo del olvido sobre esa lamentable flaqueza de un gran corazón, y recordemos, de paso, que el sol mismo, ese astro de luz soberana, tan sublimemente cantado por nuestro vate, manchas tiene que si una parte de su esplendor anublan, á eclipsarlo no bastan.»

Fíjese el lector en que los críticos «discretos», á

(1) A este lazo de parentesco aludía, en un discurso, ya otras veces citado, don Patricio de la Escosura, al decir: «Los nietos del autor del *Estudiante* llevan juntamente y antes que el apellido de *Espronceda*, el de *Escosura* —Nota del autor).

pesar de los velos, de los sudarios y las losas, van poco á poco descubriendo el fondo del asunto. Por de pronto, el poeta, aunque se le compare con el sol, no sale muy limpio de las manos de su amigo y pariente. Quizás en esto don Patricio tenía razón... Pero acusaciones como esta, hubieran sido ciertamente mucho más oportunas á raíz de la publicación del *Canto á Teresa*, cuando Espronceda vivía aún y podía defenderse..... En pleitos de amor, para fallar, es justo oír á las dos partes. Ya Espronceda no existe..... No existe tampoco la mujer, á quien si aún después de muerta, guardaba rencor, como afirma Escosura, es porque el rencor convive con el amor ardiente en el fondo del alma..... Seamos misericordiosos con *Ella* y con *El*—con *Ella*, «espíritu indomable, alma violenta»; con *Él*, niño heroico y loco divino—defendiendo al poeta de los cargos de sus parientes póstumos, y disculpando al mismo tiempo, en bien de su amada, las sombras de la última parte del *Canto á Teresa*.

Para la mayor parte de las gentes, estas sombras han sido impenetrables, merced singularmente á que la crítica ha pasado siempre junto á ellas, murmurando: «¡Chitón!» «Procuraremos—decía Rodríguez Solís—tratar este punto con la discreción que el caso requiere, porque hay sucesos en la historia de ciertos privilegiados seres, que merecen la consideración y el respeto de todo hombre honrado». Y el historiador Blanco y García, sin detenerse en circunloquios, con llaneza de

clérigo que tiene bula para todo, dice que Espronceda dió á Teresa «la inmortalidad triste del escándalo». ¡No, reverendo crítico! Los delirios y los arrebatos de un hombre que ha padecido mucho, porque ha amado mucho, no escandalizan nunca á nadie que tenga corazón... La infeliz Teresa, rescatada por el afán humano para el ideal divino y santificada por la augusta dignidad del dolor, no es ejemplo de escándalo á los ojos de los que sepan comprender lo que hay de inconsciente y de fatal en el destino de los seres.....

¿Qué lograban los escritores «discretos» con amontonar tanto silencio sobre un episodio al que, no obstante, todos aludían? ¿Se logró, por ventura, que el secreto no se divulgase? Secreto á voces fué sin duda el de aquella unión extralegal que no ocultaban ni Él ni Ella, y á la que faltaba únicamente, para ser del todo, conocida, el ser anunciada por carteles. Portugal, Inglaterra, Francia y España habían visto pasar aquel amor en su esplendente aurora, en su zenit triunfante, en su anochecer sombrío... Las reyertas de los dos amantes, cuando se establecieron en Madrid, fueron el constante asunto del chismorreo del Parnasillo, y ¡buenos eran los amigos del gran Pepe Espronceda para exigirles que guardasen secretos amorosos!..

Y así, con la trívola murmuración de los amigos del poeta, con la «discreción» de los biógrafos y con la acción del tiempo, se ha ido formando la leyenda de que la niña angelical, á quien Espron-

ceda conoció á orillas del Tajo portugués, llegó, según él, á envilecerse, á manchar sus alas con el lodo de las pasiones más vulgares y á llevar en su frente, antes tan pura, «el signo de los réprobos.» La verdad es que el poeta, en sus octavas, usó frases gruesas y exageró las cosas...

Si se ha leído en los capítulos titulados *La madre*, y *Dieciocho años de política*, lo que de esta historia novelesca se ha anticipado allí, causará asombro que Espronceda increpe así á su amada:

«Y estanque, en fin, de aguas corrompidas
entre fétido fango detenidas.»

.....

«Cuando en tu frente la implacable suerte
grababa de los réprobos el sino.»

.....

«Sola y envilecida y sin ventura
tu corazón secaron las pasiones;
tus hijos ¡ay! de ti se avergonzaran,
y hasta el nombre de madre te negaran.»

.....

«Espíritu indomable, alma violenta,
en tí, mezquina sociedad, lanzada
á romper tus barreras turbulenta.»

.....

Y si la voz de tu conciencia oíste
dentro de tí, gritándote severa;
si, en fin, entonces tú llorar quisiste
y no brotó una lágrima siquiera
tu seco corazón, y á Dios llamaste
y no te escuchó Dios, y blasfemaste.»

.....

«¡Espantosa expiación de tu pecado!
¡Sobre un lecho de espinas, maldiciendo,
morir, el corazón desesperado!
Tus mismas manos de dolor mordiendo,
presente á tu conciencia lo pasado,
buscando en vano con los ojos fijos
y extendiendo los brazos á tus hijos.»

Cuando Teresa falleció, lejos de su amante, la niña que había sido fruto de aquel infausto amor, tenía solamente cinco años; al morir Espronceda, tenía ocho. Andando el tiempo, aquella niña fué una distinguida dama, no menos celebrada por su ingenio que por su hermosura singular y que vivió sesenta años, rindiendo á la memoria de su padre fervoroso tributo. Pero las personas que tuvieron la dicha de tratarla, la oyeron lamentar no haber podido extirpar del poema *El Diablo Mundo*, en las ediciones que siguieron á la que Espronceda publicó, el *Canto á Teresa*.

Arrancar del poema las estrofas, que han conmovido á tantas almas, sería una amputación muy cruel. Explicarlas, contar imparcialmente esa historia tristísima—no menos vulgar que otra cualquiera de las que no llaman la atención—es una obra de piedad. No sería justo que juzgásemos á la mujer infortunada que expió ella sola un error mútuo, por los datos transcritos de las octavas de Espronceda. Con sólo narrar lo sucedido, dejando al lector los comentarios, basta para que Teresa quede, si no rehabilitada en la opinión del mundo frívolo, libre, á lo menos, de las

sombras que han impedido verla en su figura real.

«¿Por qué venis á la memoria mía,
tristes recuerdos del placer perdido?»

Estos recuerdos son los de la primera juventud... El poeta evoca aquellos días de amor y de entusiasmo, de ilusión y de fe, cuando, «llevado de sus instintos de ver mundo»—como él decía—emprendió «la carrera de emigrado y de viajero, sin consultar con nadie»; cuando en la balandra sarda, cargada de trigo, llegaba á Lisboa; cuando arrojaba al río aquellas famosas dos pesetas, que constituían su capital, del mismo modo que arrojaba al mar de las pasiones su alma y su vida enteras; y cuando por salir de Málaga entraba en Malagón viéndose obligado á soportar el despotismo de un Braganza, aventurero y cínico.....

D. Miguel de Braganza, regente del reino, no se contentaba á la sazón con zurrar de lo lindo á los súbditos fieles de doña María II de la Gloria. También perseguía á los españoles que atravesaban la frontera buscando un asilo en Portugal. Fuese por propia iniciativa, natural en un déspota que había inaugurado en el país el reinado del terror y que acabó al fin y á la postre por echar del trono á su sobrina, en cuyo nombre gobernaba, ó fuese por ceder gustoso á las instancias de Fernando VII, lo cierto es que el pícaro Braganza dió con el novel poeta en el castillo de San Jorge, donde han de ofrecerle compañía otros españoles ya curtidos en

la profesión de conspirar y entre ellos un personaje célebre, expansivo y simpático, llamado á hacer con Espronceda muy buenas migas.

Este castillo, que fué cuna de los amores de Espronceda, aún existe en Lisboa. Sobre una eminencia situada en la parte Oriental, se alza el antiguo castillo-fortaleza de San Jorge, construído por los romanos el año 4.000 (cuatro antes de J. C.) en tiempos del emperador Julio César Augusto. Los árabes le restauraron y aumentaron, quedando algunos vestigios de estas obras en las torres del Homenaje y de Albarrán. El rey Don Dionis lo transformó en palacio real. D. Juan I hizo importantes reparaciones y le dió el nombre de «San Jorge». El terremoto de 1755 destruyó toda la parte Sur del castillo, y en su restauración perdió gran parte de su arquitectura primitiva.

Como fortaleza militar carece hoy de importancia; sirve de cuartel y de prisión, y desde sus alturas se disfruta del más completo panorama de Lisboa. El castillo ó fortaleza de San Jorge, domina el río, el mar y la ciudad, cuyas casas dispersas á sus pies semejan una bandada de palomas.

Entre los huéspedes forzosos del viejo castillo, figuraba un sér original, un español castizo, un revolucionario impenitente, que allí había dado con sus huesos, después de haber paseado, valeroso, por uno y otro continente su protesta implacable contra el absolutismo. Hombre recto, honradísimo, corazón excelente, voluntad de bronce, el odio á los déspotas, era en él una monomanía. Su

vida había sido una epopeya. Era por entonces coronel del ejército español. En 1817, por haber tomado parte en el levantamiento de Lacy en Cataluña, había tenido que emigrar á América. Vuelto á España cuando la revolución liberal de 1820, se batió contra la Guardia real el 7 de julio de 1822 con el batallón sagrado, compuesto de oficiales; y luego marchó á Cataluña, donde luchó con gran éxito contra las facciones. En 1823, cuando la entrada de Angulema, salvó con su arrojo la caballería del ejército de Ballesteros, y al capitular éste con los franceses, emigró á Portugal, donde ahora le vemos enjaulado en el castillo de San Jorge. Más tarde, en 1830, tomó parte en el levantamiento que se había preparado por las Juntas de París y de Londres.

El coronel D. Epifanio M.....—nombre é inicial del apellido de este interesante personaje--cuando conoció á su compañero el ex-presidente de los *Numantinos*, encontró con quien hablar. Aunque Espronceda no tenía más que diecisiete años, merecía recibir las enseñanzas de tan sabio maestro. Nunca se aplicó más propiamente el viejo refrán de *Dios los cria*..... Subió de punto el entusiasmo del poeta por el coronel cuando supo que éste se había batido en la jornada del día 7 de Julio. Quizás recuerden los lectores que la primera producción que salió de la pluma de Espronceda, había sido una oda titulada *Al 7 de Julio*.

Quince años después, escribirá el *canto á Teresa*, y recordando aquellas tardes del castillo de San

Jorge, cuando su corazón se abría al culto por la libertad y á la pasión por la mujer, arrancará de su enlutada lira estas armonías épicas:

«Yo amaba todo, un noble sentimiento
Exaltaba mi ánimo, y sentía
En mi pecho un secreto movimiento,
De grandes hechos generoso guía:
La libertad con su inmortal aliento,
Santa diosa mi espíritu encendía,
Contino imaginando en mi fe pura
Sueños de gloria al mundo y de ventura.

El puñal de Catón, la adusta frente
Del noble Bruto, la constancia fiera
Y el arrojo de Scévola valiente,
La doctrina de Sócrates severa,
La voz atronadora y elocuente
Del orador de Atenas, la bandera
Centra el tirano Macedonio alzando,
Y al espantado pueblo arrebatando;

El valor y la fe del caballero,
Del trovador el arpa y los cantares,
Del gótico castillo el altanero
Antiguo torreón, do sus pesares
Cantó tal vez con eco lastimero,
Ay! arrancada de sus pátrios lares,
Joven cautiva, al rayo de la luna,
Contemplando su ausencia y su fortuna.

El dulce anhelo del amor que aguarda,
Tal vez inquieto y con mortal recelo;
La forma bella que cruzó gallarda,
Allá en la noche, entre el medroso velo;
La ansiada cita que en llegar se tarda
Al impaciente y amoroso anhelo:
La mujer y la voz de su dulzura,
Que inspira al alma celestial ternura;

A un tiempo mismo en rápida tormenta
Mi alma alborotaban de contino,
Cual las olas que azota con violenta
Cólera impetuoso torbellino:
Soñaba al héroe ya, la plebe atenta
En mi voz escuchaba su destino;
Ya al caballero, al trovador soñaba,
Y de gloria y de amores suspiraba.»

En Teresa se vistió de carne este puro ideal de la mujer. Teresa, hija amantísima del coronel don Epifanio, iba á visitarle con frecuencia, casi todos los días. Tan hermosa criatura tenía entonces unos quince años. Alta, esbelta y ligera, cautivaba á cuantos la veían por la frescura y transparencia de su tez, por sus largos cabellos de color castaño muy claro, que caían esparcidos sobre sus blancos hombros, por su frente cándida y pura, y sobre todo, por sus ojos, donde se reflejaba el cielo azul de Andalucía, su patria. Su mirada, velada por la sombra de largas pestañas, que había de ser tan expresiva, tan profunda y ardiente, sólo brillaba entonces con una alegría viva y juguetona. Una risa ruidosa y prolongada interrumpía muchas veces sus conversaciones infantiles; pero ya podían notarse en ella cierta energía de voluntad y una especie de malignidad dulce, y sobre todo ese sentimiento exquisito de elegancia, de distinción, de buen gusto, verdadera nobleza nativa, cuyos títulos aparecen impresos en los seres privilegiados.

Su seno se levantaba y descendía como la espuma de las olas. Tenía el brazo escultural y las ma-

nos más hermosas del mundo. Cuando, para lucir sus dientes, pequeños y blanquísimos, mordía hojas de rosas, no se advertía la diferencia entre las rosas y los labios. Su honestidad perfecta, no era del todo incompatible con una especie de coquetería que ella consideraba con razón como una manera de ser cariñosa para con los demás, respetándose á sí misma. Los impulsos de su temperamento se suavizaban por la gracia que se desprendía de su persona. Este dulce encanto que Teresa hubo de conservar toda su vida, era ciertamente más difícil de definir que de probar. Consistía en el gesto, en el andar, desenvuelto y viril, en la música de la voz, en el sortilegio de la sonrisa, en mil detalles, en mil impresiones, al parecer insignificantes, pero que descubrían, sin duda, al observador experto esa indefinible seducción de las mujeres andaluzas. Era en fin, por entonces, una moza arrogante, de una belleza, de una vida, de una salud y, singularmente, de una «individualidad» que tal vez hubiesen inquietado á las dueñas del teatro antiguo, pero que no desagradaban al joven poeta que «de gloria y de amores suspiraba» en el castillo de San Jorge.

Espronceda, con sus diecisiete años, no podía ser en modo alguno un observador del alma humana, y sólo vió en Teresa un cuerpo exquisito, un corazón perfumado y tibio, como el caliz de una magnolia, y un ángel, en fin. El «espíritu indomable» y el «alma violenta», no los descubrió sino después, muy tarde ya para su dicha.

Sin embargo, la hechicera niña que pasó como una Primavera por el castillo de San Jorge, había heredado la entereza y algo del impulso irreflexivo de su excelente padre. En la primera parte de la elegía famosa, se abusa del color azul celeste buscando el contraste con lo negro de las estrofas últimas, y el poeta, arrobado, canta así:

«¿Dónde volaron, ay! aquellas horas
De juventud, de amor y de ventura,
Regaladas de musicas sonoras,
Adornadas de luz y de hermosura?
Imágenes de oro bullidoras,
Sus alas de carmín y nieve pura,
Al son de mi esperanza desplegando,
Pasaban ay! á mi alrededor cantando.

Gorjeaban los dulces ruiseñores,
El sol iluminaba mi alegría,
El aire susurraba entre las flores,
El bosque mansamente respondía,
Las fuentes murmuraban sus amores...
¡Ilusiones que llora el alma mía!
Oh! cuán suave resonó en mi oído
El bullicio del mundo y su ruido!

Mi vida entonces cual guerrera nave
Que al puerto deja, por la vez primera,
Y al soplo de los céfiros suave,
Orgullosa despliega su bandera,
Y al mar dejando que á sus pies alabe
Y triunfo en roncós cantos, va velera
Una ola tras otra bramadora
Hollando y dividiendo vencedora;
Ay! en el mar del mundo, en ansia ardiente
De amor volaba: el sol de la mañana
Llevaba yo sobre mi tersa frente,
Y el alma pura de su dicha ufana;

Dentro de ella el amor, cual rica fuente
Que entre frescuras y arboledas mana,
Brotaba entónces abundante río
De ilusiones y dulce desvarío.

.....

Hay una voz secreta, un dulce canto,
Que el alma sólo recogida entiende,
Un sentimiento misterioso y santo,
Que del barro al espíritu desprende;
Agreste, vago y solitario encanto
Que en inefable amor el alma enciende,
Volando tras la imágen peregrina
El corazón de su ilusión divina.

Yo, desterrado en extranjera playa,
Con los ojos estático seguía
La nave audaz que en argentada raya
Volaba al puerto de la patria mía;
Yo, cuando en Occidente el sol desmaya,
Solo y perdido en la arboleda umbría,
Oír pensaba el armonioso acento
De una mujer, al suspirar del viento.

Una mujer! En el templado rayo
De la mágica luna se colora,
Del sol poniente al lánguido desmayo,
Lejos entre la nube se evapora;
Sobre las cumbres que florece el Mayo
Brilla fugaz al despuntar la aurora,
Cruza tal vez por entre el bosque umbrío,
Juega en las aguas del sereno río.

¡Una mujer! Deslizase en el cielo
Allá en la noche desprendida estrella.
Si aroma el aire recogió en el suelo,
Es el aroma que le presta ella.
Blanca es la nube que en callado vuelo
Cruza la esfera, y en su planta huella,

Y en la tarde la mar olas le ofrece
De plata y de zafir, donde se mece.

Mujer que amor en su ilusion figura,
Mujer que nada dice á los sentidos,
En su ño de suavísima ternura,
Eco que regaló nuestros oídos;
De amor la llama generosa y pura,
Los goces dulces del amor cumplidos,
Que engalana la rica fantasía
Goces que avaro el corazon ansia:

¡Ay! aquella mujer, tan sólo aquella,
Tanto delirio á realizar alcanza,
Y esa mujer tan canida y tan bella
Es mentida ilusion de la esperanza:
Es el alma que vivida destella
Su luz al mundo cuando en él se lanza,
Y el mundo con su magia y galanura
Es espejo no más de su hermosura:

Es el amor que al mismo amor adora,
El que creó las Sílides y Ondinas,
La sacra ninfa que bordando mora
Debajo de las aguas cristalinas;
Es el amor que recordando llora
Las arboledas del Eden divinas;
Amor de allí arrancado, allí nacido,
Que busca en vano aquí su bien perdido.

¡Oh llama santa! ¡celestial anhelo!
¡Sentimiento purísimo! ¡memoria
Araso triste de un perdido cielo,
Quizá esperanza de futura gloria!
¡Huyes y dejas llanto y desconsuelo!
¡Oh mujer! que en imagen ilusoria
Tan pura, tan feliz, tan placentera,
Brindó el amor á mi ilusion primera!.....»

El sueño de amor que acariciaba el joven poeta,

se había convertido en realidad. Allí, junto á él, estaba el *Eterno Femenino*, representado por la niña de ojos azules y cabellos castaños. Teresa, vestida de blanco, envuelta en la dorada nube que la trajo del cielo, respondía al llamamiento de su alma, hambrienta de amor. Margarita y Otelia, Desdémona y Beatriz tenían ya una nueva compañera. La amó el poeta á la manera triste y tímida-mente respetuosa en que los antiguos trovadores pedían una limosna de cariño á la dama de sus pensamientos. No era tan sólo para él el sueño realizado; era una superstición. El alma de Espronceda era pura en su origen: la vida después la mancilló. Amor tan casto respondía á tendencias profundas de la sensibilidad del poeta, en quien jamás el sensualismo, y hasta por motivos fisiológicos, pudo ser natural. Teresa era el «astro de la mañana luminoso.» Su imagen resplandecía para el poeta como la luna sobre el Tajo, que se veía á lo lejos...

La hija del bravo coronel era una mujer sentimental que, á sus quince años no cumplidos, había ya leído, entre otras obras de la biblioteca de su padre — biblioteca terrible, de «esprit fort» — el *Werther* de Goethe y la *Nueva Heloisa*, de Rousseau. Un joven preso cuyo caso no es ciertamente deshonesto y que expía, lejos de su patria, sobre la paja húmeda de los calabozos de un castillo, algunas disculpables imprudencias, hé aquí lo bastante para ocupar la imaginación de una muchacha novelesca, sobre todo durante las veladas, un

tanto aburridas, de Lisboa. Teresa encontró muy fácilmente la ocasión de hacer comprender al joven cautivo el interés naciente que su desdicha le inspiraba. Tuvo para aquella alma de adolescente inquieto, delicadas conmiseraciones. Hay que advertir que el cautiverio, al cual estaban sometidos los pensionistas de San Jorge, no era muy riguroso. El carcelero olvidaba á menudo echar los cerrojos á las puertas de las casamatas. El llavero dejaba sus llaves en las cerraduras. El puente levadizo, bien untado de aceite, solía tenderse él solo...

El amor que Espronceda sintió por la niña de alma heróica y de cuerpo divino, fué correspondido por Teresa..... Y sus almas, ébrias de amor, se lanzaron, temblando, hacia la Quimera. ¡Cuántas veces los dos, sentados en la espaciosa terraza que domina el mar—aquel mar que saludó las velas de Gama y oyó los cánticos de Camoens--ó sentados al pie de los cañones que guardan la entrada del río, aspirando el perfume de las flores que crecen á porfía en todos los jardines de la ciudad, con las manos entrelazadas, cambiando frases amorosas, contemplarían las espumosas ondas del Tajo, cuyas corrientes les hablaban de la patria querida, ó los blancos edificios de la sultana de Occidente, ó las risueñas huertas cuajadas de naranjos y limoneros, soñando con un porvenir de dichas y grandezas! ¡Dichosos, muy dichosos!... La miel del primer beso, recogida de unos labios puros, basta para la dicha de un mortal, aún siendo este mortal poeta.....

Teresa, locamente enamorada de su gallardo caballero, le bordó una preciosa gorra de cadete de artillería, pues Espronceda lo había sido, aunque por corto tiempo, teniendo buen cuidado de decírselo, á fin de conquistar sus simpatías, á su buen amigo el coronel. Aquel obsequio íntimo, obra de las manos de Teresa y recuerdo vivo de la patria, unió más y más á los amantes que, olvidados del mundo, se entregaban á las encantadoras tonterías de un inocente amor que ellos juzgaban invencible y eterno.....

¡La gorra bordada por Teresa!... ¿Quién no suele encontrar en medio de sus recuerdos ó entre sus reliquias alguna de esas ruínas puerilmente adoradas y que nos hacen al mismo tiempo llorar y sonreír? En el santuario oculto que quisiéramos reservar al ídolo imperecedero, conservamos al menos los accesorios sagrados que se relacionan con el objeto de nuestro culto. He aquí, entre dos páginas de un libro, algunas hojas secas, reducidas á polvo cuando las tocan nuestras manos. Vivieron con vida jubilosa sobre la rama que en una tarde de primavera hacía como un cuadro de verdura al rostro de la mujer amada. Y ahora, á la vuelta de la juventud y en el declive de la existencia, se convierten para nosotros en el símbolo de nuestros frágiles amores.....

El mundo y sus infames artificios no existían para los dos amantes, tan apasionados, tan ardientes como las estrofas de Safo... Hubieran debido hospedarse, como dos seres nacidos de una

frente, como dos tórtolas en su armonioso nido, allá en la espesura de los bosques, sin dirigir al tiempo otra inculpación que por pasar demasiado pronto, y hablando sin cesar ese lenguaje, semejante al de los pájaros, que únicamente conocen los enamorados ó que, á lo menos, sólo tiene sentido para ellos; esas frases, en fin, que hacen sonreír y que parecerían absurdas á los que han cesado de escucharlas ó á los que jamás las dijeron...

Causan emoción profunda y son de una belleza ante la cual palidecen todos los encomios, estas estrofas en que el vate evoca el recuerdo de su idilio:

«Aún parece, Teresa, que te veo
Aérea como dorada mariposa,
Ensueño delicioso del deseo,
Sobre tallo gentil temprana rosa;
Del amor venturoso devaneo,
Angélica, purísima y dichosa,
Y oigo tu voz dulcísima, y respiro
Tu aliento perfumado en tu suspiro.

Y aún miro aquellos ojos que robaron
A los cielos su azul, y las rosadas,
Tintas sobre la nieve, que envidiaron
Las de Mayo serenas alboradas:
Y aquellas horas dulces que pasaron
Tan breves, ¡ay! como despues lloradas,
Horas de confianza y de delicias,
De abandono y de amor y de caricias.

Que así las horas rápidas pasaban,
Y pasaba á la par nuestra ventura;
Y nunca nuestras ansias las contaban,
Tú embriagada en mi amor, yo en tu hermosura:

Las horas ¡ay, huyendo nos miraban,
Blanco tal vez vertiendo de ternura,
Que nuestro amor y juventud veían,
Y temblaban las horas que vendrían.

.....

¿Cómo caíste despeñado al suelo,
Astro de la mañana luminoso?
Ángel de luz, ¿quién te arrojó del cielo
A este valle de lágrimas odioso?
Aún cercaba tu frente el blanco velo
Del serafín, y en ondas fulguroso
Rayos al mundo tu esplendor vertía,
Y otro cielo el amor te prometía.

.....

Un recuerdo de amor que nunca muere
Y está en mi corazón; un lastimero
Tierno quejido que en el alma hiere,
Eco suave de su amor primero:
¡Ay! de tu luz, en tanto yo viviere,
Quedará un rayo en mí, blanco lucero
Que iluminaste con tu luz querida
La dorada mañana de mi vida.

Que yo, como una flor que en la mañana
Abre su cáiz al naciente día,
¡Ay! al amor abrí tu alma temprana,
Y exalté tu inocente fantasía,
Yo inocente también: ¡oh! cuán ufana
Al porvenir mi mente sonreía,
Y en alas de mi amor, ¡con cuánto anhelo
Pensé contigo remontarme al cielo!

Y alegre, audaz, ansioso, enamorado,
En tus brazos en lánguido abandono,
De glorias y deleites rodeado
Levantar para ti soñé yo un trono:

Y allí, tú venturosa y yo á tu lado,
Vencer del mundo el implacable encono,
Y en un tiempo, sin horas ni medida,
Ver como un sueño resbalar la vida.»

Pero á deshora el dulce idilio se convierte en prólogo de un drama. El gobierno portugués, no satisfecho con la prisión en que tenía á los emigrados españoles, temeroso aún de su actitud, se apodera violentamente del coronel M. . . . y con otros jefes le traslada en uno de sus buques á Inglaterra. Fué preciso que se separasen Teresa y Espronceda. Y no es necesario remover el polvo del archivo de San Jorge para afirmar que, al despedirse, los dos amantes se juraron fidelidad eterna. Y hay quien supone,—aunque este dato no se ha comprobado oficialmente—, que el bravo coronel, al decir adiós al compañero que se quedaba en el castillo, le gritó con iracundo acento: «¡Muestra el tirano!», á cuyo grito el otro respondió diciendo en voz muy queda á su novia gentil: «¡Viva el amor!»

Aquí el narrador se ve en el caso de decir con absoluta ingenuidad que se han roto algunos eslabones de la cadena de los sucesos... Teresa, cumpliendo el deber de acompañar al autor de sus días, salió para Londres, mientras Espronceda continuaba en su desde entonces dura y espantosa cárcel, tal vez encontrando aborrecible el panorama de Lisboa, insoportable el mar, antipático el río.... ¿Se prolongó por mucho tiempo esta terrible situación? Durante su separación, los dos

amantes ¿se escribían? No se sabe de fijo... Y pasaron dos años, quizás tres...

Llegó un día en que Espronceda pudo romper los hierros de su prisión, y corrió, desolado, en busca de su ídolo. Llegó á Londres... En el capítulo titulado *Dieciocho años de política*, se ha visto la llegada de Espronceda á la ciudad del Támesis. Para completar aquel relato, debe añadirse ahora que al atracar el buque que conducía al poeta, como si la fatalidad se complaciese en perseguirlo, entre las gentes que, atraídas por la curiosidad presenciaban las maniobras de la tripulación y el desembarco de los viajeros, descubrió á Teresa, á quien rodeaba su nueva familia. La niña del castillo de San Jorge había contraído matrimonio con un opulento comerciante, español por más señas, y residente, tiempo hacía, en la ciudad de Londres... Se calla su nombre y su apellido, que empiezan con las iniciales G. B., y se dice sólo en justa loa de esta víctima noble del romanticismo de los tiempos, que fué un verdadero protector para la familia de Teresa, á la que traían á mal traer los fanatismos de Don Epifanio.

¿Cómo había ocurrido aquel suceso? ¿Cómo la niña encantadora que sabía bordar con tanto arte tan lindas gorras de cadete, y que tan vehemente parecía, había faltado á una palabra formal y solemne que se dió tomando por testigo á un río tan serio como el Tajo? ¿Hay quien se atreva á disculpar esta conducta incomprensible cuando se tienen quince años? Hay, sí señor, hay un biógrafo

que se ha atrevido á esto, y es Rodríguez Solís. «Después de todo—dice—quizá la conducta de Teresa tenía disculpa: quizá en aquella boda la necesidad, las privaciones y la miseria de la emigración habían entrado por mucho y su corazón por nada: quizá en aquella unión no había dado más que el cuerpo, mientras su espíritu permanecía fiel y constante á Espronceda, su dueño y señor».

Puede borrarse sin escrúpulo en la parrafada antecedente el adverbio «quizá» y afirmarse en redondo que el matrimonio de Teresa respondió á conveniencias de familia. Era el coronel un personaje que tenía malas pulgas y que, defendiendo con tesón las libertades de los pueblos, no sabía aplicar, como tantos otros de su laya, en el hogar doméstico su buena doctrina. Para él, la autoridad paterna, era en lo absoluto indiscutible. Soñando para su hermosa hija con un enlace ventajoso, fácil de hacer en Londres, que estaba lleno á la sazón de gentes de España, no transigía con que su hija fuese la novia vitalicia de un triste cadete, que cadete y no más era Espronceda para su correligionario. Teresa no supo ó quizá no quiso defenderse contra Don Epifanio. Voluntad tenía, tal vez de sobra, y sin embargo, se entregó sumisa, por una inconsecuencia de carácter de las muchas que tuvo esta mujer, á veces tan extraña é incomprendible.

La energía que no tuvo, cuando, por la justicia de su causa, se hubiese disculpado en ella cualquier sublevación, la tuvo después, y con exceso,

en circunstancias y en sucesos, dignos de censura. ¿De censura? ¡Eso no! El autor de este libro no quiere aplaudir ni censurar á ninguno de los personajes que hacen un papel en esta historia, y menos á su protagonista, tan bella y tan infortunada... El autor de este libro se permite opinar, siguiendo á Taine, que la virtud y el vicio no son más que un producto, como el vitriolo y el azúcar. Y así, en vez de odio, siente una especie de piedad hacia la mujer que, sin estar profundamente corrompida, falta á sus deberes conyugales, impelida á hacerlo, menos por una resolución culpable que por un error del destino. Cuando la autoridad abusiva de un padre, la barbarie de los prejuicios y la tiranía de las leyes, han llegado á crear un conflicto insoluble, violando los instintos naturales por que se rige el corazón, es cruel aumentar con la censura los males que son la consecuencia de toda rebeldía. Si la pobre Teresa, en vez de haber sido torpemente entregada á un hombre excelente, mas por el cual no sentía amor, se hubiese desposado con un joven, inteligente y bondadoso, elegido por ella, hubiera sido, á no dudarlo, merced á la ternura inmensa que su corazón atesoraba, merced á su fidelidad—á su fidelidad, sí—y merced, sobre todo, á sus modestas ambiciones que no pasaban más allá de los límites discretos de una felicidad íntima, un modelo de esposas.

Teresa, inculpada con razón por aquel á quien había jurado en el castillo de San Jorge fidelidad

eterna, quiso rehabilitarse sometiéndose, para demostrarle su pasión, á los mayores sacrificios. Que los amantes se complazcan en hacerse ilusiones ó que sean víctimas realmente de un espejismo, lo cierto es que se miran siempre como seres excepcionales. Han subido á la cumbre, y á sus pies, allá en un abismo tenebroso, está la humanidad, sobre la cual dejan caer una mirada desdeñosa. Se ciernen por encima del planeta, entre esas nubes que se ven en los cuadros y que según las escuelas y los tiempos, llevan una virgen ó una divinidad galante. Siendo para ellos el amor la única dicha de la tierra, desprecian la moral que le refrena y el trabajo que le contraría. Los enamorados casi siempre son los más audaces anarquistas. En su egoísmo bárbaro, no cesan de repetir estas palabras que lisongean su orgullo: «No somos como los demás. Nuestro amor es único en la tierra. Las circunstancias que nos han unido son misteriosas.» Y siendo excepcional su amor, deducen que ese amor puede burlarse de las leyes del tiempo y no extinguirse nunca. ¿Cómo, si dejasen de quererse, podrían vivir? ¿Habrían de mezclarse entre las gentes vulgares y mezquinas y limitarse, como los demás, al cumplimiento del deber y á la práctica imbécil de las rutinas miserables de una sociedad hipócrita?

¡No! Espronceda y Teresa no aceptan, no, con sumisión cobarde las rutinas del mundo y sus bárbaras leyes. Y sus almas no están aun lo bastante corrompidas para aceptar tampoco el *Attela-*

ge à trois, que no era todavía en aquellos tiempos lo que ha sido más tarde: una institución que honra á esta refinada y exquisita civilización moderna. ¡Resignarse ellos á ocultar, como si se tratase de un delito, aquella pasión que había nacido bajo la luz del sol y que el buen Dios, que es todo amor, seguramente apadrinaba!... ¡Solicitar la mediación de cualquier inmunda Celestina, buscar un escondrijo vergonzante donde albergar la dicha, fingir un amor que no se siente, estrechar con baja hipocresía la mano del hombre á quien se ultraja!... Un *modus vivendi* de esa clase, hubiera envilecido una pasión que ellos juzgaban tan legítima como cualquiera otra... Y como las cosas, si han de hacerse, ó se hacen bien ó no se hacen, acordaron poner entre la ley y el corazón, entre el deber y el sentimentalismo, todas las olas tempestuosas del canal de la Mancha.

¡Los raptos de otro tiempo! Ya no son frecuentes, por fortuna, estos episodios inmorales que antes parecían caballerescos y que realmente son impropios de estos tiempos sensatos, en que sólo las viejas con dinero suelen tener adoradores. En nuestros días un raptó puede organizarse fácilmente, merced á la complicidad de la guía de los ferrocarriles y al asilo vulgar de un gran hotel. En el primer tercio del siglo XIX, por aquellos días en que Espronceda tenía veintiún años, antes de la era de los automóviles y de los «*sleeping-cars*», para dar cima á estas empresas, era preciso ser un hombre de una audacia increíble, y contar—cla-

ro es—con una dama de la misma entereza. Las bellas aventuras de otro tiempo, los raptos novelescos en silla de posta, el asalto audaz de los castillos por escalas de seda ó de cuerda, el desenfundado galopar de los aligeros corceles, la persecución desesperada, el fiero chocar de los aceros, los velos desgarrados en las malezas del camino, los retiros donde al fin se ama á despecho de un padre bárbaro ó de un monarca déspota, todo este arsenal de la novela histórica, toda esta decoración magnífica de un pasado bello y elegante, los ha relegado nuestro tiempo á los museos de arqueología... Pero aunque el amor á la moderna no sea capaz de estas hazañas ¿cómo negar que había grandeza en los amantes que arrostraban, por un momento de ventura, la deshonra y la muerte?.....

El rapto en proyecto se evitó durante mucho tiempo por los guardianes de Teresa, por las delaciones de los vecinos, por el secuestro de las cartas y en fin, por todos los obstáculos que en las historias verdaderas, como en las novelas de aventuras, se oponen de ordinario á que se encuentren el héroe y la heroína. Mas al fin se realizó el proyecto, según el programa convenido. Teresa aprovechó el instante en que su esposo recibía, para hablar de cosas de dinero, á algún panzudo comerciante de las novelas de Dickens. De prisa y corriendo, vistió un traje de hombre, lo cubrió después con una capa, descendió al jardín, franqueó el muro por medio de una escala y á

favor de la niebla, y encontró en la calle un individuo, emigrado español que estaba al servicio de Espronceda. Un coche los condujo hacia un pueblo inmediato, donde el poeta, armado hasta los dientes, é impaciente, loco, delirante, esperaba el momento de abrazar á la valerosa fugitiva. Y en varias jornadas, ya á caballo, ya en silla de posta, ganaron al fin la orilla inglesa del canal de la Mancha. En el puerto de Plymouth—allí donde los puritanos se habían embarcado para América—tomaron pasaje en un barco de vela que en medio de una borrasca tétrica, los llevó hasta Cherbourg, en cuya ciudad sólo estuvieron el tiempo preciso para disponer el nuevo viaje hacia el París hospitalario que habían elegido como albergue de su fatal amor...

Á fines del siglo antecedente, Sofía de Ruffey, esposa legítima del marqués de Monnier, por haber huído, en compañía de Mirabeau, del domicilio conyugal, era castigada inicuaamente, como también su ilustre amante, con larga prisión, en la que acabó por suicidarse, ya olvidada por su seductor que por entonces combatía, con su ardiente palabra, el antiguo régimen político. En 1830, ya no se cometían estas crueldades, y Espronceda y Teresa vivieron dichosos en París. Sin embargo, la ventura de ella la obscureció siempre un recuerdo tenaz y sombrío, que nunca pudo desechar: tal vez el recuerdo de una cuna de color de rosa, que había quedado allá en la triste ciudad de las nieblas...

Espronceda y Teresa vivieron en París, primero, en un piso segundo interior en la rotonda del Pasaje de Panoramas, que abandonaron, ansiosos de aire y de luz, trasladándose á una casita de Passy, llena de árboles, de pájaros y flores. En ella vivió aquella pareja de amantes, casi niños, felices y solos entre la inmensidad de las multitudes. Teresa tenía entonces diecinueve años. Espronceda contaba veintiuno, y era un gallardo mozo, de alta estatura, frente espaciosa, ojos negros y brillantes, cabellera negra y rizada, de alma noble y corazón ardiente, y «alegre, audaz, ansioso, enamorado» y soñando para Teresa un trono, más seguro que el de Carlos X, combatido por la Revolución...

París, la ciudad riente y voluptuosa que sepulta en el Sena rumoroso las canciones alegres de Montmartre y los sueños del Barrio Latino: París, asilo del amor, donde Abelardo y Heloísa, duermen entre flores: París, que protege á los que sufren, y alienta á los que esperan, se entregó á los amantes. Desde la cumbre del «Père-Lachaise», hasta el Cerro sagrado, Espronceda y Teresa pasearon su dicha, y las mismas estrellas que habían visto el idilio celeste de Lisboa y la demencia sin igual de Londres, contemplaron las ansias satisfechas, el anhelo cumplido y el sueño ambicioso realizado... Los cinco años que Espronceda vivió en París, son los únicos en que el poeta apuró la copa de la dicha...

Y luego, aquellos días, para Espronceda, eran

verdaderamente genesiacos. Estaba en Francia, en el París de 1830. ¡1830!... Entonces los franceses creaban su patria literaria, como en 1789 habían creado su patria política. Un evangelio singular iba conquistando los espíritus. Víctor Hugo, profeta y gran sacerdote de la nueva religión romántica, publicaba en 1829 sus *Orientales*, y en 1831 sus *Hojas de otoño*, libros que seguían de cerca al célebre prefacio del *Cromwell*. En el teatro, Alfredo de Vigny obtenía la prez de la victoria con el arreglo de *Othello*. Lamartine, ya famoso por sus *Meditaciones* y sus *Armonías*, se encaminaba hacia el Oriente, en barco fletado expresamente para el viaje ostentoso y digno de un monarca... Musset, que aun no conocía personalmente á la novelista *George Sand* — en cuyo trato le inició más tarde Sainte-Beuve — hacía su brillante aparición con sus *Contes d'Espagne et d'Italie*... Y Sainte-Beuve, Júpiter tonante de la crítica nueva, hablaba en amena *causerie*, no siempre literaria, con la mujer de Víctor Hugo, el cual lucía entonces su empaque burgués y su rostro afeitado de notario correcto....

¡Época fecunda y deliciosa! El popular Béranger, en compañía de su Judith Frère, la *Lisette* de sus canciones, solía pasearse jubiloso, aunque lleno de años, por la *Closerie des lilés*... El *chansonnier* había contestado á Luis Felipe, ganoso de atraer á aquel *oiseau craintif*, que huía de la *glu des rois*: que era «demasiado viejo para hacer nuevas amistades...» Heine, alemán de nacimiento

y francés de adopción, atraído por la Revolución de Julio, se instalaba en París como corresponsal de la *Gaceta de Augsburgo*, donde fué el historiador irónico de aquel período de crisis política y social (1). La autora de *Lelia*, vestida de hombre, y fumando con delectación, escandalizaba al viejo Chateaubriand, que por entonces bostezaba la vida, desempeñando su papel de grande hombre incensado, melancólico y desdeñoso... Eugenio Sue bello «dandy,» cuyos ojos azules aún no habían visto cosas negras, se revelaba como novelista trazando escenas deliciosas de la vida del mar, y derrochaba un millonaje que había heredado de su padre... Y Balzac, el insigne, deshauciado por los electores de Cambrai y de Angulema, que no habían querido enviarle, como él pretendía, á la Cámara de diputados, se resignaba á continuar la *Peau de chagrin*...

Hasta 1833, presencié Espronceda grandes cosas en la literatura y en el arte. Vió la gloriosa aparición del pianista Chopín en la sala Pléyel. Presenció en el teatro las primeras tentativas de Dumas. Asistió al estreno del *Luis XI*, de Casimiro Delavigne, en 1833, el mismo año en que la *Revue des Deux-Mondes*, publicaba *Rolla*, de Musset, y en que este poeta libertino, acompañado dulcemente

(1) Enrique Heine y Espronceda residían en París por la misma época, y de Heine hablaban los periodicos todos los días. A pesar de esto, el padre Blanco dice en su Historia, que Espronceda, «aunque *heiniano*, probablemente no había oído nombrar nunca á Heine.»—(N. del A.)

por la novelista *George Sand*, hacía su viaje escandaloso á la inmortal Venecia, donde ¡Ay! vivía un doctor Pagello, con quien no había contado...

Y ¡qué revolución! En el año de gracia de 1833, cuando reinaba en Francia el «toupet» de S. M. Luis Felipe I, soberano constitucional, la literatura nueva se complacía en turbar la beatitud de los burgueses con una impetuosa afectación de fantasía y de indisciplina. Y en vano M. Auger, director de la Academia francesa, hacía resonar bajo la Cúpula esta lamentación solemne.

«Un nuevo cisma literario se manifiesta hoy. Muchos hombres educados en un respeto religioso hacia antiguas doctrinas, consagradas por innumerables obras maestras, se inquietan, se asustan con los progresos de la secta naciente y parecen desear que se les tranquilice. La Academia, ¿permanecerá indiferente á sus alarmas?»

Y dirigiéndose á M. Soumet, á cuyo discurso de recepción contestaba, añadía:

«No, no sois vos, señor, quien creéis imposible la alianza del genio con la razon, de la audacia con el buen gusto, de la originalidad con el respeto á las reglas... No sois vos quien haceis causa comun con esos enamorados de la bella naturaleza que, para hacer revivir la estatua monstruosa, de San Cristobal, darían de buena gana el Apolo de Belvédere».

¡Inútiles lamentaciones! El bueno de Auger, aterrado, predicaba en el desierto. Contra él, contra todos los venerables defensores de! clasicismo decadente, una juventud irrespetuosa empeñaba e!

combate. Los románticos de la segunda generación adoptaron, á modo de reto, una actitud desatorada, en la cual los burgueses vieron con horror juntarse el menosprecio de la regla moral y el desdén de la regla estética. En suma, el romanticismo de Víctor Hugo, ya bien visto por el areópago de los viejos condecorados, concordaba más bien con la regularidad de las costumbres. El poeta de las *Odas* y *Baladas* se había casado joven. Había cantado magníficamente, con ritmos que no eran revolucionarios, la deliciosa poesía de las nupcias. Padre de familia, había celebrado, en estrofas que todo el mundo debiera repetir de memoria, las alegrías de una paternidad precoz y el encanto divino de la infancia adorable. Y de pronto, alrededor de Víctor Hugo, el mundo literario era invadido por una multitud de mozos audaces y violentos.

—¡Jóvenes salvajes!, — gritaron los académicos al ver llegar á los nuevos artistas,

—¡Momias!—, contestaron los románticos.

Y se inició el juego divertido de asustar á las «momias,» de escandalizar á los «burgueses,» para lo cual los jóvenes poetas se tomaban ciertas libertades con el traje, con la moral y con la razón. En odio á las «pelucas» y á las «calvas,» los «jóvenes Francia» olvidaban cortarse los cabellos y lucían barbas terroríficas... Mientras Víctor Hugo ostentaba su levita burguesa y su chaleco á lo propietario, Bouchardy admiraba á sus vecinos en el teatro con «movimientos de pantera negra

de Java». Había un escritor que se alababa de beber licores en un cráneo que había pertenecido á un tambor mayor muerto en la Moskowa. Se preguntaba á Philothée O'Neddy: «Cuándo publicarás tus obras completas?» Y Philothée contestaba: «Cuando no haya burgüeses». Borel, el poeta de las *Rapsodias*, usaba habitualmente «un sombrero de grande de España.» Puerilidades inocentes; pero que á la larga producían cierta estrechez del arte. Los artistas que por su educación burgüesa solían alejarse de estas farsas, se refugiaban en las supremas elegancias del «dandysmo» é imitaban al inglés Brummel. Se hacían célebres por sus sombreros de castor, sus chalecos de pelo de cabra, sus corbatas de andrinópolis y sus pantalones de cachemir. Se exhibían en el café de la Rotonda ó en algunos salones á la moda, donde buscaban preferentemente «mujeres diabólicas», «furias adorables», italianas ó andaluzas...

Era necesario reconstruir este medio literario, lleno de color y de vida, de versos armoniosos, de ideas falsas, de pasiones ardientes y de gritos inolvidables, á fin de comprender cómo influyó, según ya hemos visto, en la obra futura del poeta español y hasta en su manera de comprender la vida. Y así, por este ambiente avasallado, ¡cuán grande no fué su indignación cuando un día al volver de un centro popular, donde se reunían los liberales de varias naciones, para tratar de redimir á la Polonia rusa, supo por Teresa la noticia de que dos personajes, llegados de Londres, querían entablar

negociaciones para hacer que se restituyese al domicilio conyugal!... Aquella proposición, que contenía una solución relativamente saludable para un problema muy difícil, y que hubiese ahorrado á los amantes futuras decepciones, fué rechazada por Teresa con energía indomable. Esta mujer, cuya pasión supo vencer tantos obstáculos y tantas tentaciones, merecía sin duda que Espronceda le hubiese tolerado, años después, los errores de la inteligencia y las violencias del carácter que dieron al traste con su dicha.

Espronceda y Teresa se equivocaban al creer, según ha escrito Augusto Comte, «que la vida no necesita ser arreglada sistemáticamente, y que el sentimiento basta para conducirnos». Este error fué el pecado original del romanticismo. La pasión de Espronceda y de Teresa es un ejemplo extraordinario y único de lo que el espíritu romántico puede hacer de los seres que se convierten en sus víctimas. Cuando buscamos la superioridad y la excepción fuera de la naturaleza, fuera de la verdad, fuera de la razón, la razón, la verdad y la naturaleza suelen vengarse de nosotros condenándonos al sufrimiento, á la vulgaridad y á la parodia.

Era necesario poner fin á la ya larga emigración y volver al suelo de la patria. Al darse en España una amplia amnistía, no debía Espronceda prolongar la estancia en París. Los pobres viejos que en Madrid soñaban con el hijo pródigo, durante ocho años alejado de la casa paterna, ansiosamente le

llamaban. Su padre, anciano y muy enfermo, anhelaba verle y abrazarle antes de morir... La recta é inflexible doña Carmen, que había oído contar las aventuras de Espronceda en Londres y en París, le escribía un día y otro aconsejándole que se restituyese á la razón... ¡Ah! Si aquella mujer hubiese gustado de leer á los autores clásicos, como la madre de Musarion, en los *Diálogos de las cortesanas*, de Luciano, hubiera dicho á su inexperto hijo: «No siempre tendrás dieciséis años... ¿Se acordará siempre Chaereas de sus juramentos, de sus lágrimas y de sus besos?..»

Mas ¿no era cruel pasar la esponja de la duda y del excepticismo por aquel cuadro de ventura, donde había escrito la ilusión su programa sin fin?... No preocupaba á los amantes el fantasma de lo porvenir... Les bastaba el minuto que corría, y que era muy dulce para ellos. Madrid, en voz queda censuraba lo que no estaba muy de acuerdo con la regla admitida en la noble tierra del garbanzo... Pero al ver pasar á aquella moza de singular belleza, que Espronceda, con fortuna loca, había traído de París, se acallaba la murmuración, y todos lisonjeaban al poeta y aplaudían su buen gusto. Y, á la verdad, Teresa, luciendo la mantilla blanca y propagando con sus trajes la moda francesa, estaba en todo el esplendor de la belleza y de la gracia. Tenía entonces veinticuatro años, y no era ya el tierno capullo que perfumaba los vergeles de la gentil Lisboa: era la fruta sabrosísima en su incitante madurez, la mujer que habla á los

sentidos, la hembra arrogante, antela cual hasta á un obispo se le escapa un requiebro en latín... Por aquellos días la retrató el pintor Esquivel, y la contemplación de aquel retrato, en la que alguna vez se ha complacido el autor de esta obra, basta para explicar á los que no la conocieron, la pasión que inspirara la mujer que tuvo, como diría el poeta, la infelicidad de ser hermosa....

También su amante, por entonces, era un mozo gallardo, un «dandy» genial que despertaba innumerables simpatías. Zorrilla, en sus *Recuerdos del tiempo viejo*, hace de Espronceda este retrato: «Su cabeza, rebosaba carácter y originalidad. Su cara, muy pálida, estaba coronada por una cabellera negra, riza y sedosa, dividida por una raya casi en el medio de la cabeza y ahuecada por ambos lados sobre dos orejas pequeñas y finas, cuyos lóbulos inferiores asomaban entre los rizos. Sus cejas negras, finas y rectas, doselaban sus ojos límpidos é inquietos, resguardados como los del león, por riquísimas pestañas; el perfil de su nariz no era muy correcto, y su boca desdeñosa, cuyo labio inferior era algo aborbonado, estaba medio oculto en un fino bigote y una perilla unida á la barba, que se rizaba por ambos lados de la mandíbula inferior. Su frente era espaciosa y sin más rayas que la que de arriba abajo marcaba el fruncimiento de las cejas; su mirada era franca, y su risa, pronta y frecuente, no rompía jamás en descompuesta carcajada. Su cuello era vigoroso y sus manos finas, nerviosas y bien cuidadas. Á mí

me pareció una encarnación de Píndaro en Antinoo». No es ocioso añadir que el rumor público juzgaba á Espronceda como un héroe en asuntos de amor. Y así su prestigio personal, se sazónaba con la sal y pimienta del escándalo, que siempre que no sea muy indiscreto, es necesario para atraer la atención de las señoritas virtuosas...

Y Espronceda, en Madrid, hubo de resultar discreto, aunque solamente en cierto grado. No ocultaba bajo siete llaves, como guardaba Lope los preceptos, á la mujer que era su orgullo, y antes bien la exhibía por calles y pascos; pero él vivía desde que se instaló en Madrid, bajo el mismo techo que sus padres. Y cuando, en 1834, falleció el brigadier ¿cómo había de abandonar entonces á aquella pobre viejecita, viuda, anciana y enferma? Pero Teresa, á quien el poeta había educado en el romanticismo más correcto, más digno y más sano, no entendía ese lenguaje. Y ¡aquellas propagandas disolventes de París y de Londres!... Y ¡aquel desprecio de la regla social!... ¿No había dicho él que la moral es un mero convencionalismo y que los seres superiores— como ellos dos, naturalmente—debían elevarse por encima de una sociedad hipócrita que no es capaz de comprenderlos?...

Como era su destino posponer la verdadera dicha á la quimera de un amor inquebrantable y siempre en éxtasis, la buena ventura de ser padres—que tuvieron en 1834—la obscurecieron ellos mismos en su afán impotente de resistir á la

fatalidad. Teresa no se resignaba á que aquel hombre por el cual lo había sacrificado todo, no fuese de ella, sólo de ella, á despecho del mundo. Sobrado tiempo su buen padre, con el cuento de la tiranía, le había hecho imposible la tranquilidad doméstica. Y ahora Espronceda se lanzaba al torbellino de la corte, comenzando con un destierro en Cuéllar, siguiendo incansable de motín en motín y de calabozo en calabozo, y teniendo que sacrificar hasta su hermosa cabellera para escapar á las pesquisas de la vil chusma policiaca... ¿No había ella aprendido que el amor es el único objeto de la vida?...

Sin embargo, el poeta que le había enseñado ese aforismo, no predicaba ya con el ejemplo. Para él, lo primero eran las Musas; venía después la Libertad, y el Amor, y gracias, en último término. Y así, Teresa aborrecía á las malditas nueve hermanas como si fuesen para ella cuñadas irascibles. Ponía el grito en el cielo al ver á su amante prescindir de todo lo más íntimo y de lo más grato al corazón para correr, desenfrenado, hacia la conquista de la Gloria, otra de las cosas antipáticas que aquella mujer aborrecía. En la época dulce del noviazgo, pueden pasar los versos... Pero, ¿quién soporta á un individuo que, en el plazo de un año, hace miles de renglones cortos, publica una novela histórica, da una obra al teatro, funda un periódico político y, de añadidura, va á la cárcel por conspirador y pendenciero?...

¿Deberá decirse que Teresa no se entusiasmó ja-

más con los laureles que su amante conquistaba en el mundo? ¿Deberá decirse que Espronceda, á imitación de sus congéneres, se equivocó al pensar que basta la gloria literaria para mantener en las mujeres una adhesión sumisa?... Las mujeres de los grandes hombres son á veces tan incomprendibles, que prefieren un beso mal medido á un soneto impecable... ¡Ah! Si las esposas que han sufrido el genio — no siempre literario — de los grandes poetas, hubiesen escrito sus Memorias... Muchas, sin manejar la pluma, han hablado y han dicho alguna frase épica: el día que en Copenhague se erigió la estatua de Andersen, recibió su viuda la visita del rey de Dinamarca, que al felicitarla por la dicha de haber sido compañera amante del gran escritor, oyó esta frase ingénuá, envuelta en un suspiro: «Si supiera V. M. lo fastidioso que era en casa...» La buena señora, por las señas, no daba importancia á los laureles de su ilustre marido. Y leamos ahora al gran soberbio, al gran egoísta Chateaubriand en sus *Memorias de ultratumba*: «Mi esposa — dice — me profesa admiración sin haber leído jamás dos líneas de mis obras; temería encontrar ideas que no son las suyas, ó descubrir que no tiene bastante entusiasmo para lo que yo valgo.»

Á Teresa le ocurría lo propio que á la mujer de Chateaubriand. Además, por su mal, era celosa, celosa hasta lo inverosímil, y con tal furor, que parecía un Othello con faldas. Y hay que decir rindiendo culto á la austera verdad, que el autor

del *Pelayo* no guardaba á Teresa una fidelidad muy absoluta... Sería cruel condenarle con severidad muy excesiva... Joven, bello, elegante, mimado por la buena sociedad, con la bolsa dispuesta para realizar cualquier capricho, ¿iba á convertirse en un señor de bata y con pantuflas, que pasase los días junto al brasero leyendo el *Mensajero de las Cortes*?... No podía ser, y en este punto, sus amigos y sus confidentes le daban la razón... Lo malo era que á Teresa, cuando el amante estaba ausente, también se la daban...

Por estas tonterías y nimiedades que en un matrimonio constituido legalmente suelen ocurrir todos los días, sin producir jamás rupturas, á no ser temporales; por estas cuestiones baladíes—nunca por faltas de otra índole, de las que Teresa era incapaz—se iba poco á poco deshaciendo el lazo amoroso, y se convertían los héroes del idilio de antaño en marido y mujer, pero tan clásicos, que únicamente les faltaba la bendición del padre cura. Iguales en su modo de sentir y en su modo de ser, semejantes en todo, no menos «espíritu indomable» era el uno que el otro... Y de añadidura, les rodeaban, agazapándose en la sombra, el egoísmo y la dobléz...

«El monstruo de los ojos verdes que se engendra y se nutre á sí mismo», como llama Shakespeare á los celos, no dejaba á Teresa un momento de calma. Irritada por la soledad en que Espronceda la dejaba, celosa por estas ausencias que ella juzgaba otras tantas infidelidades y que tal vez lo eran, lle-

gó un día en que Teresa lo quiso *todo ó nada*. Hermosa como era, muchos hombres la galantearon, entre ellos algunos amigos de Espronceda. «Los celos de Teresa llegaron á tal grado de exaltación—dice Rodríguez Solís—que ofreció á uno de esos amigos de su amante huir con él si mataba á Espronceda». Á ser esto exacto, ¿conocía el galanteador la obra de Alfredo de Musset, tan en boga entonces, *Las castañas del fuego* y recordando lo acontecido á Don Desiderio, quien luego de matar á Rafael, el amante de la Camargo, cuando fué á pedirla la recompensa ofrecida por ella á su crimen, ella le despidió burlándose de él?... ¿Temió un desenlace semejante?...

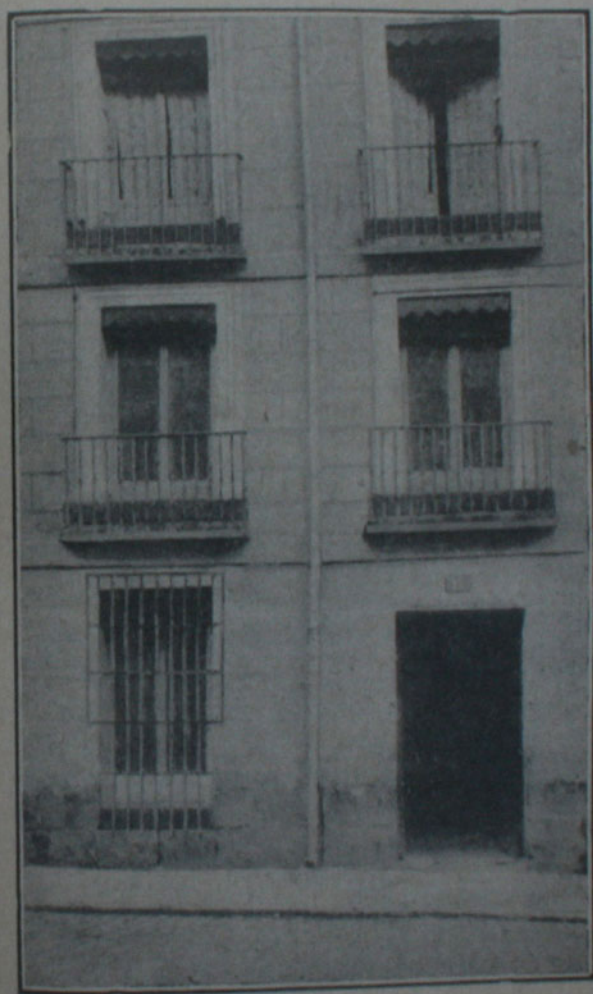
Teresa, mal aconsejada, adoptó un día un partido extremo que creyó para ella salvador. Huyó del lado de Espronceda, fugándose á Valladolid. Espronceda fué en su busca y la trajo de nuevo á su lado. Pero Teresa había jugado con fuego... y después de su fuga, los lazos que la unían á Espronceda quedaron relajados y próximos á romperse. Ya el poeta no tuvo para ella aquellas delicadas atenciones, aquellas ternuras de otros días... Y desde entonces el murciélago que lleva escrita en sus alas la palabra «Fastidio» solía interponerse entre los dos...

¿Cómo se produjo la catástrofe que acabó de barrer lo que quedaba de aquel paraíso en liquidación? Los amantes, ó por mejor decir, los combatientes, vivían entre la pólvora, y vivían casi de milagro. Y la chispa surgió... En un altercado furi-

bundo, una frase dicha con calor, mal interpretada, por Teresa, hizo pensar á ésta que su amante tuvo la intención de despedirla, idea á la que el otro era del todo ajeno; y en un arranque irreflexivo que decidió de su existencia, salió á la calle, y marchó un momento á la ventura, impelida por la fatalidad, pero altiva, resuelta y, en sus cóleras, más bella que nunca... Y así acabó la triste historia de los amantes que supieron vencer tantos obstáculos y que no supieron, sin embargo, vencerse á sí mismos....

Corrieron tres años... El gran poeta los pasó alegre y feliz al parecer, desolado por dentro, y este momento de su vida se refleja muy exactamente en la canción *A Jarifa*. La carcajada de Espronceda, irónica y siniestra como la de Hamlet, aterraba á las gentes... ¿Y ella? Por Teresa, por su pobre vida, que se apagaba entre la sombra, nadie sentía curiosidad... ¿Acaso existía aún? ¿Acarbaría por olvidar aquel amor inmenso y único con que exclusivamente ocupó sus juveniles años y que le había dado tantas penas? Seguramente no. Pero, sin bienes de fortuna y sin familia y sin amparo, vió demostrado en su destino la misteriosa relación que existe entre los actos y sus consecuencias. Y un día, el 18 de Septiembre de 1839, sucumbió en Madrid á una enfermedad de pecho, cuando no había cumplido todavía los veintiocho años...

En el piso bajo de una casa de la calle de Santa Isabel, donde Teresa había vivido, se puso



CASA EN LA CALLE DE SANTA ISABEL.—MADRID, AÑO 1839.

su cadáver de cuerpo presente. Se podía contemplarlo desde afuera. La luz de los blandones llegaba hasta la acera de la calle, oscura y solitaria á las altas horas de la noche. Soplaban un viento frío que calaba los huesos y obligaba á los trasnochadores á apresurar el paso. Algunos, sin embargo, atraídos por la curiosidad, se detenían unos minutos... Asido á la reja de aquel humilde piso bajo, pegada la frente á los barrotes, un hombre de larga cabellera, joven, gallardo y bien vestido, lloraba... El sereno, con voz aguardentosa, cantaba la una, la una y media, las dos..., y el hombre de la reja, sin moverse, seguía sollozando... ¡Las dos!... ¡Las tres!... ¡Las cuatro!..., y el hombre siempre allí. Y los trasnochadores sonreían, y después de haber interrogado y oído al sereno, que explicaba la cosa según su leal saber, se iban á dormir tranquilamente, pensando que quizás no era prudente dejar á los locos andar sueltos por las calles de Madrid.....

Mientras vivió Espronceda, llevó en el fondo de su alma á la muerta inmortal. Aquel recuerdo se enroscó en lo más hondo de su sér, y Teresa habló, gritó, acusó, pidió verdad, pidió justicia... Las pide aún. En la última parte del *Canto á Teresa*, esa muerta resurge, y el poeta, en un espasmo horrible de dolor, evoca el triste epílogo de aquel amor infortunado:

«Oh Teresa! ¡Oh dolor! Lágrimas mías,
Ah ¡dónde estais que no correis á mares!